
ALFREDO DE BRAGANZA
NADA ES LO QUE PARECE...
Y NADIE ES QUIEN DICE SER.
ESPIONAJE
SE ESCRIBE
CON SANGRE
UN THRILLER DE DAVID RIBAS

ESPIONAJE SE ESCRIBE CON SANGRE



ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Espionaje se escribe con sangre*
Copyright © 2026 Alfredo de Braganza
Todos los derechos reservados.

Maquetación: Autopublicamos.com

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/
Web del autor en
Amazon España

Redes sociales del autor:

Para Amit Nakesh
Secreto de uno, de ninguno; de dos, sábelo Dios; de tres, secreto no es.

CITAS

El trabajo de espionaje tiene una sola ley moral: se justifica por los resultados.
—*El espía que surgió del frío*, John Le Carré

No puedes elegir dónde naciste y puede que no tengas mucho que decir sobre dónde mueres, pero puedes y debes intentar pasar los días intermedios siendo una buena persona.
—*Una vez un águila*, Anton Myrer

Siempre mira hacia adelante, pero nunca mires atrás.
—Miles Davis

PREFACIO

Eran las nueve de la noche. Un hombre de aspecto extranjero corría desesperadamente por las calles de Bombay, una ciudad vibrante e implacable que lo observaba mientras él luchaba por abrirse paso entre el tráfico y los transeúntes para salvar su vida.

Su nombre era Bruno Martin, de origen francés. Tenía cuarenta y tres años. Era moreno, de pelo liso y largo, de piel clara y mediana estatura. Vestía una camiseta fina de algodón, un pantalón corto y unas chanclas baratas de goma que le creaban problemas para avanzar.

—Ayuda, por favor —imploró a una madre con un niño en brazos.

La mujer se echó hacia atrás, clavándole una mirada cargada de desconfianza y temor, como si la sola cercanía del extranjero fuese una amenaza.

Bruno continuó abriéndose paso con movimientos nerviosos y jadeos entre la multitud de la calle. Tropezó, pero se incorporó de inmediato.

No se detuvo. Sabía que su vida estaba en juego. Corría para salvarla, con la respiración entrecortada y el corazón golpeándole el pecho como un tambor.

La noche, húmeda y espesa, parecía cerrarse sobre él. El clima no ayudaba.

Giró la cabeza un instante hacia atrás por encima de los hombros. Los vio. Su organismo bombeó adrenalina y el ritmo cardíaco se aceleró. Volvió a concentrarse en su huida.

Entre los bocinazos, gritos de vendedores ambulantes y el rugido constante del tráfico, los cuatro hombres acortaban distancias; parecían no tener prisa por alcanzarlo. Para ellos, la víctima era pan comido. No tenía ninguna posibilidad de escapar.

Alrededor de Bruno, el tráfico nocturno rugía sin descanso. *Autorickshaws*, motocicletas y taxis pasaban a toda velocidad, tocando bocinas que se mezclaban con el murmullo caótico de la ciudad. Zigzagueó entre coches detenidos en una intersección, casi resbaló, y siguió corriendo. Sabía que no podía detenerse.

En un puesto de té pidió ayuda desesperadamente. Pero nadie entendía su inglés con fuerte acento francés. Señaló a los hombres que lo acechaban, pero nadie creyó que el peligro fuera real. Un grupo de jóvenes se rio de su aspecto. Sin duda pensaron que estaba ebrio o drogado. Otras personas le gritaron algo en hindi y maratí que él no entendió.

Nadie le ofreció ayuda. Nadie quería meterse en problemas. Nadie quería inmiscuirse con un extranjero cuyo aspecto y comportamiento eran extraños, lo que daba a entender que era una persona conflictiva, metida en algo peliagudo y que, por tanto, podía acarrear la presencia de la policía.

Las lágrimas de Bruno se confundían con el sudor. Pestañeó varias veces intentando inútilmente tranquilizarse. Sentía los fuertes latidos de su corazón.

La ciudad parecía burlarse de su desesperación.

No quiso rendirse. Miró a todos los lados, tratando de descubrir qué dirección tomar. Se giró sobre sus talones y echó a correr de nuevo con todas sus fuerzas.

Entró en un callejón estrecho. Su aliento se había convertido en jadeos secos.

Se apoyó contra el muro sucio y caliente. Cerró los ojos y comenzó a respirar pausadamente, como si estuviera ahorrando energía y a la vez atento a su entorno por si algo sucedía. Estaba exhausto.

Agachó la mirada y vio sus pies. Las chanclas estaban rotas. No había forma de repararlas. Las tiró y continuó descalzo.

Y entonces... se detuvo.

Al fondo del callejón, una pared sin salida.

El miedo y la angustia le oprimieron el pecho como un peso.

Se dio la vuelta lentamente, los ojos abiertos como platos, el pecho agitado como el de un animal atrapado.

Frente a él aparecieron, sin prisa, los rostros de cuatro hombres cubiertos de penumbra.

Bruno negó con la cabeza con expresión escéptica y al mismo tiempo lleno de terror.

—No, por favor —imploró—. Dejadme ir.

Le bloquearon la salida. Sus intenciones eran claras como el filo de una navaja.

Uno de ellos sacó un arma punzante. Los demás hicieron lo mismo.

Bruno retrocedió hasta que su espalda tocó el muro. Sintió que le temblaban las manos y las cerró con fuerza.

Intentó gritar, pero su voz no salía.

«Ya no hay escapatoria», se dijo.

Solo quedaba el sonido de la ciudad de Bombay, impasible, indiferente.

Y luego, el silencio más cruel.

PARTE UNO
LA MUERTE DE UNA TURISTA EXTRANJERA

1

Arrastrando una maleta de ruedas, la joven de aspecto extranjero llegó a un callejón, entre las sombras que dejaban las enormes luces de neón del centro comercial que había en la calle de al lado.

Reinaba un olor rancio y fuerte, una mezcla de orín, basura podrida y alcohol. El ruido del tráfico ahogaba las voces de los transeúntes que pasaban por la acera. Sin duda, aquel lugar apartado era utilizado para múltiples actividades.

Liz Cook, de veinticinco años, rubia, alta y delgada, de origen estadounidense, tenía la frente sudorosa, no por el miedo sino por el calor que reinaba en la ciudad de Bombay en aquella época del año.

Iba vestida con pantalón vaquero y una fina camiseta de algodón que se le adhería a la espalda formando pliegues, debido a la humedad.

Llevaba un pañuelo que le cubría el cabello, ya que desde su llegada a la India había notado cómo el color rubio llamaba inmediatamente la atención entre los nativos. De hecho, un recepcionista indio le había advertido que evitara en la medida de lo posible convertirse en el centro de las miradas.

—Los hombres no le quitarán ojo por ser de piel blanca y encima rubia —le dijo en su momento, cuando se registró en el hostal—, y desgraciadamente hoy en día ocurren cosas muy feas a turistas extranjeras.

Se pasó la mano por las mejillas y se la secó en los vaqueros mientras observaba en la penumbra si habría alguien esperándola al fondo del callejón.

No consideraba dar marcha atrás.

Había tomado su decisión.

Todo había sucedido muy rápido.

Carlota, su amiga española, le había hablado de ello. Liz la había conocido en Mango Dormitory Inn, una opción de alojamiento muy barata en la ciudad. Allí, en una habitación, había ocho literas. La acomodación estaba segregada entre mujeres y hombres. El baño en el exterior se compartía. Y la única amenidad era un pequeño ventilador de pared alojado en el cabecero de cada cama.

Ambas coincidieron en la habitación común habilitada para lavar la ropa, y como eran dos turistas en un país extranjero, compartieron opiniones y experiencias y entablaron amistad de inmediato.

—Pagan muy bien —le dijo Carlota hacía dos días mientras comían en un puesto callejero—. Y desde Madrid viajarás a tu casa en Florida. Es más fácil de lo que piensas. ¡Ya verás!

Ella se había reído ante la sola ocurrencia de atreverse a hacer algo que jamás habría imaginado hacer; la idea le parecía absurda y tentadora a la vez. Pero luego lo pensó.

Había gastado mucho dinero en aquel viaje a la India. Su familia le había prevenido y aconsejado visitar otro país más cercano. Pero siguiendo su carácter impulsivo, independiente y aventurero, se decidió. Cogió sus ahorros y los invirtió en aquella expedición, como ella la definía, porque tenía un propósito definido: más que descubrir un país exótico, buscaba la exploración personal, abrirse a un mundo desconocido de espiritualidad.

Su primer destino fue Nueva Delhi. Viajó a Agra, vio el Taj Mahal. Luego visitó Benarés, cogió un tren de vuelta a la capital y recorrió Rajastán: Jaipur, Jaisalmer, Udaipur y Jodhpur.

Tras quince días de estancia, decidió limitar sus movimientos y dejar el resto de los lugares para una segunda visita al país. Por eso decidió coger un tren y viajar a Bombay, donde se quedaría cinco días hasta coger su vuelo con destino a Miami.

Ahora, Carlota le hablaba de ganar una considerable cantidad de dinero con la que cubriría todos los gastos que había tenido y, además, le sobraría bastante para sus ahorros. «Me ayudaría a conseguir la cantidad suficiente para comprarme un coche de segunda mano», pensó.

Carlota le había comentado que ella había hecho los viajes como mula en dos ocasiones. Ella era de Madrid y aseguraba que, aunque pareciera arriesgado, era todo muy seguro.

Liz sonrió caminando muy despacio por el callejón. «Todo irá bien», se dijo a sí misma, enderezando la espalda y echando los hombros hacia atrás.

—¿Liz? —llamó una voz de hombre desde algún lugar.

—Sí —contestó ella.

Dos hombres salieron de la oscuridad. Uno de ellos cogió el equipaje de Liz por el asa.

—Tenemos el coche esperando fuera.

Era un Audi Q3 de color blanco, con las ventanas traseras tintadas. El modelo de clase alta del coche le dio a la joven norteamericana más seguridad de que todo era muy profesional y no surgiría problema alguno.

El hombre puso el equipaje en el maletero y tomó asiento frente al volante. El otro se sentó atrás junto a la joven.

El vehículo arrancó en dirección al aeropuerto internacional de Bombay.

2

David Ribas se encontraba en el *Akhara*, la academia de lucha donde solía entrenar.

El lugar estaba impregnado de la mezcla de sudor, tierra húmeda y el humo leve de incienso que Guru, el veterano maestro, había encendido al caer la tarde.

La luz de los focos dibujaba franjas doradas sobre el suelo de tierra compacta, brillante por la humedad y los rastros de arena removida.

David se ajustó las muñecas, flexionó las piernas y sintió cómo cada fibra de su cuerpo se despertaba ante la tensión del combate. Frente a él, un joven indio de complexión robusta y mirada dura se preparaba, con sus pies descalzos clavándose en la arena como si quisiera fundirse con ella.

Guru observaba desde un rincón con los brazos cruzados. Orondo, de piel oscura, lucía una barriga prominente que contrastaba con antebrazos musculados y piernas de acero macizo. Su respiración profunda parecía marcar el ritmo de la pelea antes de que comenzara. Murmuró con voz grave:

—*Khusti* no es solo fuerza… es mente, es control… cada movimiento nace del centro del cuerpo. —Dio una sonora palmada y añadió en voz alta—: Adelante.

El choque fue inmediato. El oponente de David se lanzó con un tirón lateral, intentando desequilibrarlo con fuerza bruta. David sintió cómo sus músculos se tensaban al instante, cómo la arena se

deslizaba bajo sus pies mientras giraba para usar el impulso del atacante en su contra.

El adversario intentó un segundo ataque, más rápido, girando para lanzarse sobre David como un felino. David bloqueó con los antebrazos, sintiendo la presión, el roce de los músculos y la arena que raspaba su piel. Un resquicio de oportunidad apareció cuando el indio desequilibró su propio peso: David giró sobre sí mismo, deslizó su pierna por detrás del contrario y lo derribó al suelo con un golpe sordo que levantó una nube de arena.

El contacto fue violento. La espalda de David se arqueó, los músculos de las piernas y el abdomen ardiendo mientras mantenía el agarre, controlando cada movimiento de su oponente. El joven se retorcía, intentaba liberarse, pero David ajustó la presión, usando fuerza y técnica.

Finalmente, con un último empuje, lo inmovilizó, obligándolo a tocar la tierra con la palma de una mano. Un suspiro escapó de David, mezclado con jadeos, mientras el sudor le corría por la frente y el torso le ardía con cada respiración.

Guru golpeó sus manos con fuerza.

—¡Así se hace! Firme, concentrado, respetando al adversario y la técnica.

David se incorporó lentamente, estirando los músculos tensos, y ofreció la mano al indio. El oponente aceptó, y ambos sonrieron bajo la pesada respiración, sintiendo la camaradería que solo surge de la lucha intensa y el respeto compartido.

Como ritual final, se dirigieron a un rincón del *Akhara* donde se lavaron y se cambiaron de ropa. Luego, mientras comentaban la pelea, disfrutaron de un gran vaso de *lassi*, bebida fría hecha a base de yogur. Cada sorbo espeso y fresco bajaba por sus gargantas, calmando los músculos ardientes y el corazón acelerado.

Otros compañeros, estudiantes de Guru, se acercaron, comentaron la pelea y discutieron sobre la técnica empleada. Alabaron a David, que siendo más pequeño en altura y delgado, había ganado a un oponente aún mucho más grande que él.

David cerró los ojos un instante, disfrutando la dulzura y la frescura del batido, mientras sentía cómo el cansancio comenzaba a

convertirse en satisfacción.

La pelea había sido dura, los golpes y la tensión de los agarres dejaron sus marcas en la piel, pero había valido la pena: cada fibra de su cuerpo recordaba la fuerza, la estrategia y la disciplina del *Khusti* bajo la atenta mirada de Guru.

El maestro se acercó despacio, con su mirada profunda como un pozo oscuro que parecía leer la mente. Llamó a un lado a David y ambos tomaron asiento bajo la sombra de un árbol.

—David —empezó con voz grave y pausada—, he visto muchos hombres fuertes, rápidos y agresivos, pero la fuerza sin control no sirve de nada. En situaciones límite, cuando la violencia surge y el miedo aprieta el pecho, la mayoría de las personas falla.

David lo miró, curioso y atento.

—Fallan porque olvidan respirar —continuó Guru—. Se dejan arrastrar por la rabia, el miedo, la necesidad de vencer. Sus músculos se tensan demasiado, la mente se cierra y pierden la calma. Es ahí donde cometen errores. Uno pequeño, uno mínimo… y todo se les vuelve en contra.

—¿Y cómo se evita eso? —preguntó David—. ¿Cómo se puede evitar perder la calma cuando el peligro te acecha de tal modo?

Guru se echó hacia atrás, mirándolo fijamente:

—Controla tu respiración primero. Lenta, profunda. Observa cada movimiento, cada gesto de tu adversario, sin precipitarte. No reacciones a la rabia, no permitas que el miedo dicte tus actos. La calma no es debilidad, David; es un arma. Mientras otros pierden el juicio, tú ves oportunidades.

David asintió.

—La violencia no se trata solo de pegar —prosiguió Guru—. Se trata de anticipar, de medir, de usar la fuerza justa en el momento preciso. La mayoría se lanza con toda su furia y termina derribada por alguien que mantiene la mente fría. Recuerda: incluso en medio del caos, la cabeza debe ser más fuerte que los brazos.

David respiró hondo, dejando que el cansancio se mezclara con la claridad que le proporcionaba la lección.

—Entonces… —dijo él con voz más firme—, mantener la calma no es cuestión de coraje, sino de disciplina.

Guru sonrió, con ese gesto que parecía engullir toda su experiencia de años.

—Exactamente. Y quien aprende eso, David, nunca estará realmente indefenso, aunque el mundo intente derribarlo.

David asintió y, por un momento, entre el ruido del *Akhara* y el polvo de la arena, sintió cómo cada golpe recibido y cada caída cobraban un nuevo significado: no solo fuerza física, sino control, paciencia y claridad mental.

Cuando David se marchó del *Akhara* con su moto Royal Enfield 500, Guru salió y, tras echar un vistazo a ambos lados, cruzó la calle atestada de tráfico propio de esa hora de la noche. Al llegar a la acera opuesta, se acercó a un Mahindra Scorpio blanco estacionado allí.

—*Pranam*, *Guruji* —pronunciaron a la vez sus cuatro ocupantes, juntando las palmas a la altura del pecho en señal de respeto en cuanto el maestro se aproximó a la ventanilla del conductor.

—*Pranam* —respondió él—. Se ha ido al restaurante Desi Bistro. Está a la altura de Shahid Bhagat Singh Road.

El conductor asintió.

—Sí, sé dónde está. Gracias, *Guruji*.

Guru observó cómo el vehículo se alejaba por una calle paralela, distinta de la que David había tomado. Sabían que el extranjero podía percatarse fácilmente si alguien intentaba seguirlo.

Una hora más tarde, David se encontraba sentado en un restaurante de comida local maratí. El menú de Desi Bistro era muy barato, la decoración escasa y la limpieza básica; aun así, servían platos deliciosos, ese era su secreto, y por el que mantenía una clientela fiel desde hacía muchos años.

Tras terminar su comida y apurar el té *masala*, fuerte, azucarado y especiado, David se disponía a levantarse cuando algo captó su atención: un hombre que acababa de entrar en el local inmediatamente sobresalió entre los clientes habituales. Era de aspecto indio, pero igual podía ser de origen australiano, británico o de otro lugar. Llevaba una gorra deportiva que ocultaba parcialmente su rostro, pantalón corto de cargo, camiseta ajustada y una mochila

cruzada sobre el hombro. ¿Un portátil? ¿Documentos? ¿O algo más peligroso, como un arma?

David lo siguió con la mirada mientras se dirigía a una mesa cercana al mostrador. Fue su manera de caminar, tensa, casi inquieta, lo que lo hizo destacarse aún más. El hombre levantó la mano, chasqueó los dedos llamando al camarero y pidió un té. Eso lo delató: un nativo no chasqueaba los dedos en un restaurante para llamar la atención; era un gesto que delataba impaciencia.

David observó cómo continuamente escaneaba el exterior y el interior del local: entrada, mesas de alrededor, caras de clientes, la entrada otra vez…, con la impaciencia de alguien que esperaba algo o a alguien.

Cuando el camarero le sirvió la bebida, él se la llevó a los labios sin dejar de mirar alrededor.

David se levantó; ya había pagado su consumo, como siempre hacía al pedir una consumición, antes de ser servido: una cuestión de economía de movimiento y precaución, para no perder tiempo si el peligro aparecía de repente.

Fue entonces cuando percibió algo que lo puso en alerta: la mirada del extraño se había fijado en él. Había sido solo de soslayo, pero directa, precisa, como si lo hubiera estado esperando. No era casualidad ni accidente.

Al salir a la calle, el instinto de supervivencia de David se encendió de inmediato. Algo en el aire, en el movimiento de la gente, en la tensión que emanaba de aquel extraño, le decía que aquello no iba a ser un encuentro cualquiera.

3

Habían llegado al aeropuerto internacional y se encontraban dentro del coche en un recóndito lugar de un aparcamiento.

—Te vuelvo a decir que no te va a pasar nada.

Liz miró a aquel hombre a los ojos.

Ella había intentado tragar aquel objeto, pero no podía. La cápsula se negaba a ser engullida. Le entraban arcadas.

—El tiempo está corriendo en nuestra contra —continuó el hombre—. Carlota ya ha obtenido su tarjeta de embarque y te está esperando para pasar el control de seguridad. Inténtalo otra vez —le animó.

Quedaban apenas cuatro horas para la salida de su vuelo y el tiempo empezaba a ajustarse. Tenía que hacer la cola frente al mostrador, recoger su tarjeta de embarque, pasar el control de seguridad, entrar en la terminal, dirigirse a la zona de salidas y localizar su puerta de embarque. Además, las puertas se cerraban varios minutos antes de la hora prevista.

El pánico comenzó a apoderarse de ella. ¿Y si no lo conseguía?

—Inténtalo otra vez —repitió el hombre, esta vez con un tono más autoritario.

Ella asintió en silencio, agachó de nuevo la mirada y observó la cápsula que tenía sobre una bandeja en su regazo. Era del tamaño de una uva, quizá algo más grande, y su contenido estaba envuelto en capas de látex.

«Tienes que hacerlo, Liz», se dijo a sí misma. «No es el momento de echarse atrás».

Aquella era una oportunidad de oro para ganarse una gran cantidad de dinero de una manera rápida y sencilla.

El conductor alargó la mano hacia atrás y le dio un bote a su jefe.

—Toma —dijo él a la joven.

Sin oponer resistencia, Liz dejó que le cogiera de la mandíbula y le echara unas gotas de lubricante en la garganta. Ella hizo amago de tener una arcada, pero se resistió.

Aunque el aire acondicionado del Audi funcionaba muy bien, Liz sentía sofocación.

Volvió a intentarlo.

Cogió la cápsula con el índice y el pulgar y se la llevó a la boca.

—Eso es —la alentó una vez más el hombre—. Ahora echa la barbilla hacia atrás y trágatela.

Liz se animó, clavando la mirada en él.

Hizo lo que se le dijo, obedeciendo las órdenes de forma autómata. Miró hacia arriba y enseguida sintió que el objeto ovalado se deslizaba desde su lengua por la garganta hasta que resbaló lentamente hacia su estómago.

—Ya está —dijo ella sonriendo.

El hombre volcó el contenido de una fiambrera sobre la bandeja que sostenía Liz en su regazo.

—Muy bien. Ahora solo quedan cuarenta y nueve.

4

David vio a un hombre apoyado contra la pared de un edificio. Llevaba la capucha subida y las manos hundidas en los bolsillos. No estaba solo: al mirar de soslayo por encima del hombro, reconoció al individuo que había entrado en el local con la mochila en bandolera.

Siguió caminando y cruzó la calzada, cambiando de dirección.

Los dos hombres escrutaron las esquinas de las calles que tenían por delante; por un instante pensaron que lo habían perdido.

Se encontraban a pocos metros detrás de él. David aguzó el oído para intentar captar sus voces, pero no consiguió distinguir en qué idioma hablaban.

Continuó avanzando. Descendió las escaleras que conducían a un parque público. Allí les plantaría cara. A esas horas de la noche la zona estaba casi desierta y la pelea no despertaría sospechas.

Los dos hombres bajaron el último escalón. Contuvieron la respiración mientras examinaban los alrededores en busca de su objetivo. Uno de ellos creyó distinguir una figura al fondo del parque y se dirigieron en esa dirección.

Muy cerca de ellos, David contó hasta diez y luego salió de las sombras, siguiéndolos.

Los dos hombres se detuvieron en mitad del parque, invadidos por la sensación de que alguien caminaba tras ellos. Uno se volvió justo cuando recibió un golpe seco en la nariz que lo lanzó de espaldas al suelo. El otro apenas tuvo tiempo de llevarse la mano a

la mochila en bandolera para sacar el arma que llevaba escondida: David le propinó un puñetazo en el estómago que lo hizo doblarse y, acto seguido, un rodillazo en la cara que lo lanzó hacia atrás.

David le quitó la pistola que el hombre llevaba dentro de la mochila. El otro intentó incorporarse, pero recibió un golpe con el cañón del arma en la cabeza que lo dejó desplomado.

El otro abrió los ojos y miró hacia arriba.

—No dispares, por favor —imploró.

David, con la cabeza gacha y la mandíbula tensa, lo observaba mientras le apuntaba con la pistola. El acento de inglés era limpio y perfecto. No eran indios, pero sí de origen. Eran británicos.

—¿Quién os ha mandado? ¿Por qué me estabais siguiendo? —le espetó, inclinándose hacia delante con la pistola frente a él.

El hombre no respondió. David le propinó un cabezazo y le rompió la nariz.

—No deberías haber hecho eso —gruñó.

David le puso el cañón bajo la barbilla y, mirándole a los ojos, dijo:

—No quiero matarte, pero si continuáis en vuestro empeño de atacarme, no tendré más remedio que hacerlo. ¿Me has entendido?

Como el hombre no contestaba, David lo zarandeó.

—¿Me has entendido? —le volvió a preguntar.

El hombre asintió en silencio. David lo soltó.

—Ahora dime, ¿quién os ha mandado?

Antes de que respondiera, el otro hombre se levantó, abalanzándose contra David con el puño derecho en alto. David se agachó y le lanzó un golpe al estómago con el cañón de la pistola. El hombre quedó inclinado, sin aire, paralizado por la embestida, hasta que ya no pudo más y se cayó al húmedo suelo.

El otro aprovechó la oportunidad y echó a correr por el callejón, se giró y, señalándole con el índice, gritó:

—Te mataré.

Entonces el hombre se dio la vuelta sobre sí mismo y se precipitó a la calle sin ver el autobús que se le echaba encima, arrollándolo en la calzada. Tras un sonoro chillido de frenos, el conductor consiguió

frenar de súbito. Los peatones gritaban mostrando su horror ante el cuerpo destrozado bajo las ruedas.

Alguien entre la multitud señaló hacia la penumbra del parque, indicando con claridad dónde se encontraba David. Él lanzó una rápida mirada al hombre tendido en el suelo, que intentaba incorporarse con torpeza al ver el trágico suceso de su compañero, y comprendió que quedarse allí era demasiado arriesgado.

David no perdió un instante, dio media vuelta y se internó en la oscuridad del parque, desapareciendo entre los árboles y la sombra de la noche.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, se detuvo un momento, recuperando la respiración entrecortada. Tenía que alejarse cuanto antes del lugar.

Al llegar a la salida opuesta del parque, se inclinó sobre una alcantarilla abierta junto a la acera y dejó caer el arma en su interior.

A varios metros de distancia, oculto en un punto seguro, el Mahindra Scorpio permanecía estacionado. En su interior, los cuatro hombres habían observado la escena con atención contenida.

Ninguno pronunció palabra; sus miradas seguían cada movimiento de David mientras desaparecía entre la multitud de peatones, evaluando en silencio lo que acababan de presenciar.

Minutos después, el hombre que había huido se lavaba la cara en el grifo de una fuente pública. Del Mahindra Scorpio descendió uno de los ocupantes, se acercó con agilidad y le disparó en la cabeza.

5

El interior del aeropuerto internacional de Bombay, llamado Chhatrapati Shivaji, era un auténtico hervidero de gente.

A esas horas de la noche, las colas se extendían y serpenteaban alrededor de los mostradores: era el momento en que coincidían la mayoría de los vuelos internacionales.

El murmullo constante del altavoz, las voces entremezcladas de los viajeros y las indicaciones de los empleados de las aerolíneas, que atendían con prisa a los pasajeros y les señalaban dónde debían dirigirse, se fundían en un eco incesante que retumbaba por todo el vestíbulo.

El aire estaba cargado de cansancio, emoción y una ligera impaciencia.

—Pasaporte, por favor —dijo la empleada de la aerolínea Air India, extendiendo las manos por encima del mostrador.

Liz sujetaba el documento con fuerza, intentando ocultar el temblor de sus manos. Su itinerario de viaje era Bombay-Fráncfort-Madrid, y al cabo de dos días, Madrid-Miami.

Carlota le había explicado con detalle todo lo que debía hacer. La había instruido durante horas el día anterior, repitiendo una y otra vez las mismas indicaciones, incluso formulándolas de distintas maneras, para que se le grabaran en la mente y así evitar que se quedara en blanco una vez estuviera en el aeropuerto.

—Estas son las reglas… —le dijo.

Le explicó que no debía ponerse nerviosa; tenía que obligarse a respirar hondo, relajarse y mantener una expresión serena. Le insistió en que mostrarse asustada era lo peor que podía hacer.

—La gente, incluso sin quererlo, es muy hábil para detectar cuando algo no va bien en un pasajero —continuó Carlota—. Basta una mirada inquieta, un gesto brusco o un temblor involuntario para despertar desconfianza y que alguien alerte al personal de seguridad.

En otras palabras, debía, a toda costa, eludir levantar cualquier tipo de alarma. Su rostro tenía que transmitir normalidad, como si estuviera allí por un viaje rutinario, sin nada que ocultar y sin ninguna razón para llamar la atención.

Liz sonrió a la empleada de la aerolínea.

—Aquí tiene.

Tras dejar su maleta en la cinta transportadora y obtener su tarjeta de embarque, se dirigió a la cola que se había formado en el control de seguridad.

Carlota la divisó a la distancia y, durante un instante, sus miradas se cruzaron. Liz esbozó una sonrisa contenida y Carlota respondió con un leve asentimiento. Ese era todo el contacto que podían permitirse. Debían evitar que cualquiera sospechara que se conocían, fingir que nunca antes se habían visto. Y, sobre todo, tenían que impedir que las cámaras de seguridad de la terminal las captaran juntas. Cualquier gesto de cercanía podía arruinarlo todo.

Liz se puso en la cola. Unos metros más allá volvió a ver a Carlota, y recordó sus palabras:

—No te asustes. Es normal que la ansiedad aumente la primera vez que te acercas. Pero mantén la calma. Yo he hecho este viaje a España varias veces y nada ha pasado. Confía en mí.

El ambiente en el vestíbulo del aeropuerto era tenso pero rutinario. Decenas de pasajeros hacían cola con sus pasaportes y tarjetas de embarque en mano, algunos con expresión de cansancio, otros, ansiosos por entrar en la terminal y llegar cuanto antes a sus puertas de embarque, ya que tenían el tiempo justo.

Cuando llegó su turno, tendió sus documentos al guarda de seguridad. Después de examinar que el nombre de la tarjeta de

embarque coincidía con el del pasaporte y la foto de perfil con el rostro de la pasajera, se los devolvió y le señaló la cola en la que tenía que ir para pasar el arco detector de metales y así entrar en la terminal de salidas.

De repente, Liz sintió una punzada en el estómago. Sintió la necesidad de escupir. Comenzó a sudar. Iba a tocarle el turno. La saliva se le acumulaba en la boca. Tragaba, una y otra vez. Sabía que tenía náuseas y debía controlarlas, como le había advertido Carlota de forma tan detallada.

A simple vista, ella parecía una pasajera más. Su actitud era forzada, intentando aparentar tranquilidad, pero un observador atento podría notar pequeños gestos de nerviosismo: evitaba el contacto visual con la gente, se tocaba el cuello repetidamente y apretaba con fuerza el pasaporte y su tarjeta de embarque, que había manoseado tanto que quedaban ondulados por el sudor de sus manos.

Tras dejar sus pertenencias en la bandeja y deslizarla por los rodillos hacia delante, Liz intentó mantener el rostro impasible, aunque sentía cómo le latía el pulso en la garganta.

Frente a ella, la agente de seguridad le hizo un gesto para que avanzara hacia el arco detector de metales. Liz tragó saliva, disimulando el temblor que le recorría las manos, y dio un paso al frente con una calma fingida, esperando no desmoronarse en el último segundo.

Entonces, justo cuando estaba a punto de cruzar el arco, algo ocurrió.

6

David sintió la necesidad de un respiro. Arrancó su moto y condujo hacia las afueras de Bombay, buscando un lugar donde la ciudad y su caos quedaran atrás.

Se dirigió a la playa de Velneshwar. No era un sitio especialmente recomendable para nadar, pero era limpia, tranquila, y su costa, bordeada de cocoteros, ofrecía un refugio perfecto para relajarse, escuchar el rugido del mar y perderse en la naturaleza.

Llegó cerca de la medianoche. Aparcó la moto en el pequeño estacionamiento junto a un restaurante y caminó hasta la orilla. A lo lejos, grupos de personas se agrupaban alrededor de hogueras: unos cantaban, otros tocaban la guitarra, y algunos simplemente conversaban, sumidos en la noche.

David caminó lentamente por la arena mojada, siguiendo la línea donde el agua llegaba suavemente a la playa. El aire salino llenaba sus pulmones, y la brisa templada acariciaba su piel, creando una calma que parecía imposible apenas unas horas antes.

El acto violento que había sucedido en el parque todavía ardía en su memoria, pero, paradójicamente, lo dejaba más ligero, como si, al enfrentarse a la muerte de frente, hubiera liberado un peso invisible que llevaba dentro.

Paseó durante hora y media, escuchando el murmullo constante del mar; cada ola que rompía en la orilla era un susurro que lo invitaba a reflexionar.

Por un instante se apoderó de su corazón una sensación de vacío y soledad. Conocía muy bien esa sensación, era una vieja presencia que nunca terminaba de marcharse. Podía haber sido padre, marido, haber creado una familia, haber vivido en España, pero todo se perdió tras el ataque terrorista en el hotel Taj Mahal Palace, donde se alojaba con su mujer.

Rebuscó en sus recuerdos, que había tratado de enterrar de forma consciente. Al hacerlo, aparecieron pequeños destellos de color: el rostro de Cristina iluminado en verdes, marrones y rojos que se mezclaban en un torbellino inquieto.

La pena se apoderó de él como una garra que le atenazaba la garganta.

Entonces volvió a aquel primer día de su estancia en Bombay: el momento en que llegaron, se registraron en el hotel y salieron a ver la Puerta de la India en el paseo marítimo.

Tragó saliva un par de veces intentando aflojar la garganta.

Recordó cómo ella lo grababa con el móvil entre el alboroto de la gente, el ruido y las palomas revoloteando alrededor, sonriéndole y animándolo, intentando arrancarle un gesto de entusiasmo, mientras él no podía ocultar su creciente desagrado por todo lo que encontraba en la India desde el instante mismo en que aterrizaron.

Inspiró y expiró con fuerza, intentando disipar la angustia que amenazaba con invadir su mente. Con el paso de los años, había aprendido a controlar esos momentos, aunque no siempre lo lograba. Aun así, los recuerdos, pese a pertenecer ya al pasado, regresaban a su memoria con una insistencia casi cruel, recordándole una y otra vez todo lo que había perdido.

A lo lejos, las risas de quienes disfrutaban de la noche alrededor de las hogueras llegaban entrecortadas, recordándole que la vida seguía, ajena a sus sombras.

Probablemente eran turistas, jóvenes viajeros alojados en los numerosos hostales económicos de la zona, mochileros que aprovechaban la noche para cantar, tocar la guitarra y dejarse llevar por la despreocupación de su breve estancia. Quizá incluso bebían alcohol o fumaban *ganja*, droga ofrecida por sus guías locales, entregándose por completo al momento sin pensar en nada más.

Había ocasiones en que, al arribar a su destino en moto, se preguntaba cómo había terminado allí. No recordaba el trayecto, no porque le fallara la memoria, sino porque conducía casi en automático; la monotonía del recorrido diario le había abstraído por completo.

El tráfico había sido caótico, horrible y lleno de peligros, y aun así había avanzado de manera casi automática, como si el peligro de ser víctima de un accidente en la carretera y las amenazas constantes a su vida no significaran nada para él. Sabía que eso era una debilidad: debía permanecer despierto en todo momento.

Guru le había enseñado en el *Akhara* muchas técnicas de artes marciales y, entre ellas, una práctica del kárate tradicional: fortalecer el *hara*, el centro de energía abdominal, esencial para desarrollar la fuerza, la flexibilidad y la conexión entre mente y cuerpo.

Recordó las palabras del maestro:

—Haz una respiración consciente y profunda: inhala y exhala lentamente para activar el sistema nervioso parasimpático… Recuerda: alerta, orientación y control.

Continuó caminando por la orilla. Meditó sobre su futuro, o, mejor dicho, sobre la incertidumbre de cómo podrían acabar sus últimos años en la India: ¿sería un final trágico en un callejón oscuro, su cuerpo desaparecido en el anonimato, arrastrado al olvido tras ser incinerado, y sus cenizas esparcidas en algún río o en el mar, mezclándose con el agua y el horizonte, convirtiéndose en nada y, al mismo tiempo, en parte de todo?

Miró hacia la distancia. La noche despejada permitía que la luna y las estrellas tiñeran el agua con un resplandor suave y plateado. A lo lejos, varios cargueros avanzaban lentamente, indiferentes. El mar parecía responderle, reflejando su propia existencia: impasible, capaz de recibirlo todo y disolverlo, inmenso y eterno.

Se dejó caer sobre la arena. Entre la brisa y el vaivén de las olas, David sintió que podía respirar de nuevo. Incluso después de la violencia, había un espacio para la paz, un instante donde la vida y la muerte se entrelazaban en el ritmo constante del océano.

Aquella playa le ofrecía un refugio temporal, un lugar donde sus pensamientos, aunque oscuros, podían fluir como el agua,

llevándose consigo la tensión acumulada y dejándolo, por fin, un poco más tranquilo consigo mismo.

Se frotó las manos cubiertas de arena y se incorporó lentamente. Era hora de marcharse. La noche avanzaba y el cansancio empezaba a pesarle; necesitaba volver a su pequeño apartamento en Bombay, una guarida donde recuperar fuerzas y dejar que cuerpo y mente descansaran.

Recordó que Guru le solía hacer hincapié sobre la importancia del sueño, sobre cómo un descanso reparador podía mantener el equilibrio interior.

«Solo necesito unas horas de sueño profundo», se dijo, dejando que el pensamiento lo calmara mientras emprendía el camino de regreso.

Cuando volvió al aparcamiento, dirigiéndose hacia su moto, un sonido seco y metálico rompió la calma: un tartamudeo áspero acompañado del quejido de un tubo de escape.

De entre las sombras surgió un coche como un proyectil. Sus neumáticos patinaron sobre los guijarros sueltos, levantando nubes de polvo y piedras que brillaban bajo las luces largas. El vehículo avanzaba desbocado, directo hacia él, con la intención de embestirlo.

El rugido del motor retumbó en la noche al cambiar de nuevo de marcha, estremeciendo el aire. David reaccionó instintivamente: se lanzó hacia un lado, apenas esquivando lo que habría sido un impacto mortal.

El coche siguió su trayectoria, descontrolado, dejando atrás una estela de gravilla y un olor acre a neumático quemado.

La adrenalina le recorrió el cuerpo a David. No esperó. Se levantó del suelo y corrió hacia su moto, giró la llave y arrancó, iniciando la persecución con la rueda trasera escupiendo gravilla y el motor rugiendo al unísono con su corazón acelerado.

No tardó en divisar las luces traseras del coche, que avanzaba por la carretera costera en dirección a Bombay.

Mientras aceleraba por detrás de sus atacantes, David analizaba la situación con rabia contenida, atento a cualquier vehículo que pudiera aparecer de frente camino a la playa.

Había cometido una imprudencia: volver dos veces al mismo lugar en tan poco tiempo. Seguramente lo habían seguido antes, estudiando su rutina y anotando los sitios donde solía parar. Solo habían tenido que colocar a alguien esperando en el momento oportuno. Fácil. Demasiado fácil. Ahora no podría volver a la playa de Velneshwar por mucho tiempo.

En pocos minutos redujo la distancia. El brillo rojo de las luces traseras del coche se acercaba cada vez más. Era un Maruti Suzuki Swift azul con el capó negro.

David extendió la mano derecha hacia atrás, tanteó el interior de una alforja de cuero y extrajo una pistola. La encajó entre sus piernas, volvió a aferrar el manillar con ambas manos y abrió gas con un rugido que hizo vibrar la carretera. Ya casi los tenía.

El conductor, encorvado hacia delante, sujetaba el volante con tensión, mientras su acompañante, un hombre bajo y corpulento, mantenía la mirada fija en la carretera con un gesto de pánico ante la velocidad demencial a la que iban.

Frente al volante, el hombre no dejaba de alternar la mirada entre la sucesión de curvas que se abrían ante ellos y el retrovisor, donde la luz del faro de la moto de David aumentaba con cada segundo.

A unos metros apareció un cruce.

—Estate atento, ya llegamos —gruñó el acompañante.

El conductor apretó fuerte con sus manos el volante, redujo la velocidad y, por el retrovisor, vio el faro de la moto iluminar la curva que acababan de dejar atrás. Ahora la carretera era recta: el cruce estaba a pocos segundos.

—Ahora —ordenó el hombre.

El conductor hizo una señal con las luces largas. Un segundo después se oyó por detrás de ellos un estrépito metálico: algo tintineó en el aire y cayó sobre el asfalto con un sonido seco, como un pesado cencerro o una cadena extendiéndose de lado a lado de la calzada.

El Maruti frenó bruscamente junto a la cuneta. Los dos hombres bajaron de inmediato, tensos, preparados. Ambos empuñaban pistolas.

La carretera quedó iluminada por el faro de la Royal Enfield de David, que avanzaba hacia ellos con su inconfundible ronroneo de motor, creciendo, haciéndose más amenazante a cada segundo.

Todo estaba ocurriendo tal y como habían planeado.

Y David ni siquiera lo sospechaba.

7

Liz se quedó paralizada cuando la agente de seguridad le llamó la atención con la mano levantada para que se detuviera.

—Los zapatos —dijo con tono contundente—. Póngalos en la bandeja. Si no hay espacio, coja otra.

Una vez hecho, la agente le hizo la señal para que caminara hacia ella por debajo del arco detector de metales.

Nada. Todo fue bien. No hubo pitido ni alarma alguna.

A unos metros de distancia, pretendiendo que metía sus pertenencias en su mochila de viaje, Carlota, que la observaba de reojo, suspiró aliviada; cerró la cremallera y disimuló mirando los productos expuestos en el escaparate de una tienda *duty free* de perfumes.

Liz se calzó de nuevo y recogió sus pertenencias de la bandeja. Estaba a punto de ponerse en marcha hacia el interior de la terminal, donde se señalaba la dirección de las puertas de embarque, cuando un nuevo pinchazo, agudo y profundo, le atravesó el vientre hinchado.

Se inclinó ligeramente hacia delante, luchando contra la oleada de náuseas que la sacudió. Fingiendo que necesitaba ajustarse los cordones de las zapatillas, se dirigió a un banco y ocupó el lugar que acababa de dejar libre una mujer, junto a una marquesina de publicidad de colonia que la protegía parcialmente de las miradas ajenas.

Inspiró hondo varias veces, intentando dominar el malestar y recuperar la compostura.

Cuando sintió que podía volver a caminar, se incorporó con cautela y se mezcló entre un numeroso grupo de viajeros. Avanzó con ellos por el pasillo del *duty free*, fingiendo curiosidad por las chocolatinas, los perfumes y las colonias dispuestas en las estanterías.

En realidad, el dolor seguía latiendo en su vientre, denso y punzante, como un recordatorio de que no podía permitirse perder el control ni un segundo.

Fue entonces cuando, entre el bullicio del pasillo, creyó oír algo. Primero, un murmullo. Luego, más claro. Era su nombre.

—¡Liz Cook! ¡Eh, espere! ¡Liz Cook, espere! —gritaba a su espalda una voz de mujer.

Ella se detuvo en seco. Se giró con lentitud, sintiendo cómo la sangre le abandonaba la cara.

Era la agente de seguridad quien la llamaba y avanzaba hacia ella con paso firme.

Un sudor frío le recorrió la espalda. Sintió que todo había terminado. Que la habían descubierto. Que tendría que confesarlo, admitir por qué lo había hecho. «Fue solo por el dinero. Admito mi culpa. Lo siento mucho. Llamen a mi embajada. Necesito un abogado». Un mareo súbito la obligó a apoyarse en la estantería de maquillaje más cercana.

—Liz Cook… Liz Cook… —repitió la agente, acercándose, sin apartar los ojos de ella.

Ella tragó saliva, abatida, preparándose para enfrentarse a lo que viniera. Ya no tenía escapatoria.

—Su pasaporte con la tarjeta de embarque —dijo la agente, respirando entrecortadamente—. Se lo dejó en la bandeja.

El mundo se recolocó de golpe.

Liz sonrió, temblorosa, y soltó un suspiro de alivio.

—Oh… siento la molestia. Muchas gracias.

—La molestia habría sido suya —replicó la agente con una media sonrisa—. No habría podido subir al avión. —Entonces la examinó

con atención, observando su rostro sudoroso y su expresión forzada —. ¿Se encuentra bien?

—Es la comida india —respondió Liz, repitiendo palabra por palabra lo que Carlota le había indicado—. Unos amigos indios me invitaron a una despedida y el curry picante me sentó fatal.

La mujer asintió, comprensiva.

—Los extranjeros tenéis que llevar cuidado con lo que coméis. Todo irá bien. Cuando esté en el avión, pida bicarbonato a la azafata. Que tenga un buen viaje.

Liz ladeó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Así lo haré. Muy amable. Muchas gracias.

Pero ella no pudo evitar farfullar dos veces más «Muchas gracias», con un tono innecesariamente nervioso, antes de apretar el pasaporte contra el pecho y caminar de nuevo, esta vez con pasos lentos pero decididos, hacia el interior de la terminal.

A su espalda, la agente se quedó inmóvil en medio del pasillo, con los viajeros fluyendo a ambos lados.

Observó a Liz alejarse, sin parpadear, con una mirada larga, escrutadora, como si hubiera visto algo que no terminaba de encajar.

Y entonces, muy despacio, llevó la mano a su radio.

8

David alzó la mirada al tomar la curva, extrañado por la repentina ausencia de las luces traseras del coche que perseguía. La carretera, antes iluminada por aquel brillo rojizo, estaba ahora completamente vacía, como si el vehículo se hubiese desvanecido de la faz de la tierra.

Por un instante pensó que tal vez habían tomado otro desvío al llegar al cruce. Dudó apenas un segundo, midiendo las posibilidades, antes de decidirse a girar a la derecha para retomar la persecución.

No llegó a hacerlo.

Algo, un instinto o un pequeño sobresalto, lo obligó a levantar la vista hacia el asfalto. Solo entonces lo vio: una alfombra de púas de acero, perfectamente desplegada en la penumbra, atravesaba la calzada como un animal agazapado a la espera de su presa.

No tuvo tiempo de reaccionar. Las ruedas delanteras de la moto la pisaron y los neumáticos reventaron al instante con un estallido seco. La vibración brutal del metal desgarrando el caucho sacudió la moto de lado a lado.

David tensó los músculos y se aferró al manillar en un intento desesperado por corregir la trayectoria mientras la moto se desviaba peligrosamente hacia la derecha.

Frenó con brusquedad. La moto derrapó en un zigzag violento sobre el asfalto oscuro, dejando atrás un rastro de chispas. Durante una fracción de segundo vio con absoluta claridad cómo su cuerpo podía estrellarse contra las rocas de la cuneta y quebrarse como un

muñeco. En ese instante tomó la única decisión que podía salvarle la vida: soltarse y dejarse caer.

Volcó la moto y se arrojó al suelo. El estruendo de la carrocería arrastrándose contra el pavimento rasgó la noche con un sonoro ruido metálico. Había usado intencionadamente el protector de parachoques para que actuara como escudo y evitar quedar aplastado contra el asfalto.

Como si estuviera propulsada sobre una tabla de surf, la moto se deslizó varios metros hasta salirse de la calzada.

Finalmente, David quedó tendido boca arriba, aturdido, desorientado. Su respiración se volvió irregular, entrecortada, y un pitido agudo le llenó los oídos. Luchó por mantener la conciencia, intentando comprender qué había pasado, cómo había caído en tal funesta trampa, cómo no había visto venir el peligro.

David apenas tuvo tiempo de moverse y anticiparse al peligro que suponía estar tumbado bajo la carrocería de la moto. La rueda delantera giró unos segundos más, produciendo un leve susurro antes de detenerse con un chirrido que pareció anunciar el silencio absoluto que lo envolvió.

Tres hombres emergieron de la oscuridad como sombras arrancadas del asfalto.

Se abalanzaron sobre él antes de que pudiera incorporarse. David gruñó, intentó lanzar un golpe al más cercano, pero un impacto brutal en la parte posterior del cráneo apagó sus sentidos como si alguien hubiera bajado un interruptor.

—Lo quiero vivo —ordenó una voz grave desde la negrura—. No me sirve muerto.

Dos de ellos le ataron las muñecas y los tobillos con bridas de plástico, tirando de los extremos con crueldad mecánica. Luego lo levantaron sin miramientos y lo arrastraron por la carretera. Les esperaba una furgoneta oscura que había permanecido oculta entre las sombras del lado opuesto de la calzada.

Pasaron algunos minutos antes de que David comenzara a recuperar la consciencia. La vibración del motor y el traqueteo irregular del vehículo le sacudían el cuerpo entumecido, devolviéndolo lentamente al dolor, al temor y a la realidad.

¿Adónde lo llevaban? ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Era aquel el camino hacia su final que tantas veces había pensado que podía suceder?

Nadie conocía su paradero.

Nadie lo echaría de menos hasta bien entrada la mañana.

Tal vez encontrarían su moto destrozada en la cuneta, pero pasarían muchas horas antes de que alguien pudiera reconstruir lo sucedido.

Y tampoco habría caballería acudiendo a su rescate.

9

Liz alzó la vista hacia la pantalla digital situada en lo alto. Ya estaba anunciada la puerta de embarque para su vuelo a Fráncfort.

Luego vio en el pasillo central de la terminal los números y las flechas que indicaban las direcciones.

Al localizar el punto exacto donde se encontraba, comprendió que su puerta de embarque estaba muchísimo más lejos de lo que había imaginado.

Soltó un suspiro abatido y decidió sentarse un momento para recuperar fuerzas.

Apenas había apoyado la espalda en el asiento cuando un joven empleado del aeropuerto apareció empujando una silla de ruedas. Vestía camisa blanca, pantalón y chaleco oscuros, y llevaba una tarjeta de identificación colgando del cuello.

—¿Señora Liz Cook? —preguntó con voz segura. Sin darle tiempo a responder, añadió—: Desde seguridad me han pedido que la acompañe a su puerta de embarque.

La joven esbozó una sonrisa agotada y se dejó caer en la silla de ruedas. Comprendió que había sido un gesto de amabilidad por parte de aquella agente.

—Muchas gracias.

—Déjeme ver su tarjeta, por favor.

Liz se la entregó. Él comprobó el número de vuelo, consultó rápidamente la información en la pantalla y, tras asentir, comenzó a

empujar la silla a través de la concurrida terminal.

Avanzaron entre familias cargadas de maletas, turistas distraídos y anuncios luminosos que parpadeaban por todas partes.

Cuando por fin llegaron a la puerta de embarque, Carlota, sentada entre varios viajeros intentando pasar desapercibida, levantó la mirada. Al ver a Liz acercarse en silla de ruedas, empujada por un asistente del aeropuerto, sus ojos se abrieron con una mezcla de sorpresa y alivio.

10

Durante el trayecto le colocaron una capucha, y la oscuridad absoluta no hizo más que reforzar la sensación de que lo llevaban directo a una ejecución.

Vulnerable, con las manos y los tobillos inmovilizados por bridas de plástico, David solo podía pensar en la precisión con la que habían actuado. Aquella gente sabía lo que hacía. Los había subestimado por completo.

Debió preverlo. Volver tan pronto a aquel punto de la playa había sido una imprudencia imperdonable. Y entonces, las palabras de Hassena regresaron con toda su crudeza, como si estuviera susurrándole al oído:

—No debes volver al mismo sitio en poco tiempo —le había advertido en su día con seriedad—. Evita la rutina en tus itinerarios. Cada paso que das te expone más. Los mercenarios que han contratado para matarte te acechan, y cada día recortan distancia.

En aquel momento quizá no quiso aceptarlo. Ahora, indefenso, atrapado y sin control alguno sobre su destino, comprendía que Hassena, una vez más, tenía razón en todo. Y que ya era demasiado tarde para deshacer el error.

La malla de clavos en la carretera había sido efectiva. «Qué tonto he sido. Debía haberlo advertido a tiempo y haber tomado más precauciones».

Recordó su entrenamiento como operativo en España: no dejar que la mente corra, no regalar información, no quebrarse antes de

tiempo. Convertir el miedo en una herramienta, en una vigilancia silenciosa.

Escuchó las vibraciones del motor, los murmullos de sus captores, el patrón de los giros que daba la furgoneta. Cada detalle podía significar una oportunidad futura, y aferrarse a eso era su manera de resistir.

El vehículo redujo la marcha hasta detenerse por completo. Pocos segundos después, la puerta corredera de la furgoneta se deslizó de golpe con un chasquido seco que cortó el silencio.

Dos hombres lo agarraron por los brazos con fuerza experta, sin hablar entre ellos, y lo sacaron de golpe, casi en volandas, arrastrándolo hacia el interior de un edificio cuya silueta apenas se adivinaba en la oscuridad de la madrugada.

Él, que había sobrevivido a operaciones encubiertas en países donde nadie admitiría que había estado; él, que había visto a compañeros desaparecer sin dejar rastro; él, que había interrogado a hombres que ya sabían que no saldrían vivos. Ahora era él quien cruzaba esa frontera.

Intentó controlar el miedo que escalaba por su columna vertebral, un miedo que conocía demasiado bien, aunque siempre desde fuera, desde la mirada fría del profesional que evalúa la flaqueza ajena. Ahora esa sensación era suya, íntima, letal.

Por primera vez en muchos años, el futuro se le presentó a David Ribas como un muro completamente desolador.

11

El proceso de embarque había sido lento debido a que se trataba de un vuelo internacional y al gran número de pasajeros a bordo. El comandante anunció un retraso de veinte minutos, ya que en la pista varios vuelos hacían cola para despegar. Todo aquel tiempo se le hizo una eternidad a Liz Cook.

Estaba sentada junto al pasillo, en una fila de tres asientos. A su lado tenía a un matrimonio punjabí que había traído su propia comida casera; la mujer no dejaba de abrir táperes de plástico y ofrecerle a su marido distintas frituras.

Liz cerró los ojos e intentó entregarse al sueño. Poco a poco, los párpados se le fueron volviendo pesados hasta que terminó por hundirse en un descanso profundo. La inquietud y la presión del viaje le habían pasado factura.

Pero unas horas más tarde, unas turbulencias especialmente bruscas la despertaron de golpe. Se aferró al reposabrazos como si el asiento fuera lo único que la mantuviera anclada. Respiraba entrecortadamente, intentando que el aire volviera a encontrar un ritmo estable, pero un dolor punzante en la tripa le recordó que algo no iba bien.

El avión volvió a sacudirse con una violencia súbita, y ella tuvo que cerrar los ojos de nuevo para no dejarse arrastrar por el miedo.

Otro calambre le atenazó el estómago, más agudo que el anterior. Tragó saliva, tratando de concentrarse únicamente en respirar: inhalar, exhalar, no pensar en nada más.

Se inclinó ligeramente en el asiento hacia un lado y miró por el pasillo. A pesar del temblor constante del avión, la mayoría de los pasajeros seguían dormidos.

Las luces dentro de la aeronave permanecían apagadas, pero en varios asientos brillaban las de lectura, el reflejo de las pantallas digitales de aparatos electrónicos y de las que proyectaban películas adheridas al respaldo de los asientos delanteros.

Liz desabrochó la hebilla del cinturón de seguridad con manos temblorosas. Giró la cabeza y buscó a Carlota. Sus miradas se encontraron. Su amiga le ofreció una sonrisa tranquila, un gesto pequeño pero sincero que intentaba transmitirle ánimo.

Durante un instante, Liz creyó que podría controlarse. Pero ese instante no pudo contenerse más y el pánico se apoderó de ella.

Se levantó de su asiento y se precipitó hacia el fondo del pasillo. Tenía una necesidad imperiosa de llegar a los lavabos.

En ese momento, una voz pausada habló por los altavoces en inglés y, acto seguido, en hindi. Recomendaba, o más bien ordenaba, a todos los pasajeros que permanecieran sentados, con los cinturones abrochados, las bandejas subidas y los respaldos erguidos, ya que estaban atravesando una zona de fuertes turbulencias.

Liz vaciló un momento en medio del pasillo, pero el mareo, la presión en el estómago y el miedo la impulsaron a seguir adelante. Fingió no oír el anuncio y continuó avanzando.

Carlota se levantó, la siguió, pero no logró alcanzarla entre los vaivenes del avión.

Liz llegó al lavabo, empujó la puerta y la cerró con el pestillo. Apoyó las manos en el borde del pequeño lavabo metálico y levantó la vista hacia el espejo. Apenas se reconoció: ojos hundidos, ojeras marcadas y el sudor resbalando por su frente y su cuello. Parecía una versión agotada y vulnerable de sí misma, atrapada entre el dolor y el miedo.

—Joder, qué mal aspecto tengo —se dijo a sí misma.

Mientras el avión continuaba sacudiéndose, trató de recuperar el aliento, consciente de que algo, muy dentro de ella, no estaba funcionando como debía.

Le dio una arcada, pero consiguió tragar saliva, levantando el mentón y mirando hacia el techo, como Carlota le había enseñado.

Abrió el grifo y se lavó la cara con fruición.

Golpearon la puerta.

Liz vio cómo el picaporte se movía de arriba abajo.

—Está ocupado —dijo.

—Soy yo, Carlota —susurró ella desde el otro lado.

Liz se secó con las toallas de papel y salió.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Carlota.

—Fatal.

Carlota vaciló un momento y, acercándose a ella, le preguntó en voz baja:

—¿No habrás tirado parte de la mercancía al váter, verdad?

—No, claro que no.

Un azafato las interrumpió.

—Disculpen, pero necesito que regresen a sus asientos de inmediato. En unos minutos saldremos de esta zona de turbulencias —dijo con voz profesional. Entonces reparó en el rostro pálido y desencajado de Liz—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda?

Ella asintió débilmente, pero no respondió a las preguntas.

—Mi amiga está bien, gracias —dijo Carlota—. Es el picante y las *masalas* de la comida india lo que le ha revuelto el estómago.

Inmediatamente, con un brazo, rodeó a Liz por los hombros para acompañarla de regreso a su asiento.

Mientras avanzaban por el pasillo, el azafato no les quitaba la vista de encima; seguía observando a Liz con una expresión mezcla de preocupación y duda, como si intentara averiguar qué estaba ocurriendo realmente con aquella joven que no terminaba de convencerlo.

12

Encapuchado y atado de pies y manos, arrojaron a David Ribas al suelo de una habitación desnuda. El impacto le apagó el aliento por un instante. Enseguida escuchó, detrás de él, el deslizar de la puerta y el golpe final del pestillo, grueso, definitivo. Sin necesidad de verlo, reconoció el sonido: era el tipo de cierre que se usa para puertas improvisadas, pensadas para contener animales domésticos más que para proteger.

Hizo uso de sus sentidos. La habitación era un rectángulo frío, áspero, construido con paredes que parecían sudar humedad. El aire tenía un olor metálico mezclado con tierra vieja, como si el lugar hubiera sido tragado por el tiempo y luego expulsado sin interés alguno.

Se dio la vuelta, boca arriba. Cuando apoyó la mano, sintió la rugosidad y el frío de la superficie. Se arrastró como pudo por el suelo y comprobó que estaba hecho de cemento desnivelado, manchado por salpicaduras antiguas de barro y algo más compacto que prefería no identificar, quizá heces secas de animales.

Entonces sintió por la nuca una corriente de aire que entraba por algún hueco invisible, cargada con el olor de vegetación húmeda. Estaba lejos del bullicio urbano; allí no llegaban el tráfico, ni las voces, ni el caos de Bombay.

Y sin embargo, tampoco estaban en mitad de la nada. Por el trayecto desde la carretera, apenas cuarenta minutos, sabía que no lo habían llevado demasiado al interior. Lo suficientemente lejos para

no ser oído, pero no tanto como para perderse en regiones rurales profundas.

Probablemente estaba en una vivienda agrícola abandonada, o tal vez en una pequeña fábrica de ladrillos en desuso: estructuras tan comunes en la periferia que nadie se fijaría en si una furgoneta entraba o salía a deshora.

Con cada detalle que había registrado, David confirmó lo obvio: aquel lugar no era una instalación improvisada. Había sido escogido. No por comodidad, sino por su invisibilidad.

Quedó a la espera de lo inevitable: la tortura e interrogatorio.

Pasaron los minutos.

Y el temblor llegó antes de que pudiera impedirlo. Un estremecimiento sutil, casi imperceptible, ese aviso instintivo que los agentes operativos, los buenos, saben detectar en otros, pero que jamás admiten en sí mismos.

En segundos, la vibración se convirtió en una garra que se le hundió en el pecho, recordándole con brutal claridad que estaba solo, inmovilizado, en manos de un enemigo al que ni siquiera había visto el rostro.

Cualquier otro operativo, uno menos curtido, uno menos preparado, ya estaría dejándose arrastrar por la corriente oscura que sigue al pánico; habría imaginado el interrogatorio, el dolor, la muerte inevitable al final del proceso.

David lo sabía, porque él había visto ese mismo derrumbe en los ojos de los hombres sentados frente a él en salas clandestinas, respirando el mismo aire denso y esperando el mismo destino incierto.

Y aun así, incluso con toda esa experiencia, no pudo evitar que los pensamientos más terribles comenzaran a filtrarse en su mente.

¿Cuándo lo matarían?

¿Sería rápido o prolongado?

¿Lo interrogarían hasta dejarlo reducido a un despojo?

¿Desaparecería su cuerpo sin que nadie preguntara por él?

¿Lo grabarían? ¿Documentarían su muerte para aquellos que habían ordenado su sentencia?

Cada una de estas posibilidades era real. Conocía los métodos. Conocía la lógica detrás de ellos. Ahora debía aferrarse a la única herramienta que le quedaba: su entrenamiento. Ese que le exigía mantener la mente intacta incluso cuando el cuerpo empezara a ceder. Porque tal vez su carne no resistiera, pero no podía permitirse que su voluntad se quebrara.

«Deja de dar tantas vueltas a la cabeza, ¡por Dios!», se dijo a sí mismo.

Debía mirar el miedo de frente y obligarlo a retroceder. Así que respiró despacio, contando mentalmente para que el pánico no tomara el control. Aisló cada pensamiento inútil, apartó la anticipación del sufrimiento y la convirtió en algo manejable, una sombra que podía mantener a raya.

Sabía que podía morir. Esa posibilidad lo acompañaba como una figura sentada a su lado, paciente, inevitable. Pero mientras siguiera respirando, mientras pudiera pensar, aún no estaba derrotado.

Era consciente de que de un momento a otro la puerta se abriría. Si habían planeado tan bien su secuestro, tendrían ganas de terminar con él.

Su misión, ahora, era simple y brutal: no ceder. Mantener la mente despierta, incluso cuando todo lo demás se tambaleaba. Porque, en un secuestro, un agente profesional no sobrevive por ser valiente, sino por ser capaz de mantener el miedo encadenado en el rincón más oscuro de su propio interior.

Entonces, la puerta se abrió.

13

El avión en el que viajaban era considerablemente más pequeño que el anterior. Habían hecho escala en Fráncfort y, casi corriendo, habían alcanzado el vuelo de enlace hacia Madrid. Por suerte, el asiento junto a Liz estaba libre, lo que permitió a Carlota sentarse a su lado y no perderla de vista.

A Liz comenzaron a temblarle las mejillas sin previo aviso. Primero fue un leve estremecimiento, pero enseguida notó cómo ese temblor se extendía hasta el mentón, acompañado de un dolor agudo en el estómago que la obligó a encorvarse ligeramente.

Carlota se sentía completamente impotente, y una punzada de culpa le atravesaba el pecho cada vez que miraba a Liz. No podía evitar pensar que, de algún modo, su amiga estaba así por su culpa, como si cada convulsión y cada gesto de sufrimiento fueran un recordatorio silencioso de las decisiones que ambas habían tomado, decisiones que quizá Liz no habría seguido de no ser por ella.

Sacó el móvil del bolsillo para revisar las últimas actualizaciones en sus redes sociales. Necesitaba asegurarse de que, al aterrizar, su contacto en Madrid estaría ya esperándolas.

Sin embargo, en cuanto su dedo empezó a deslizarse por la pantalla, la irritación le subió como siempre.

Las mismas banalidades de siempre: fotos de platos perfectamente decorados, instantáneas de playas paradisíacas, selfis con mascotas en poses ridículas y personas presumiendo de rutinas de ejercicio como si fueran atletas de élite.

—Pero esta gente… ¿de dónde saca tanto tiempo libre? —murmuró para sí misma, pasando las imágenes compartidas en la aplicación social con el índice—. ¿Trabajan? ¿Estudian? Viven en una farsa constante, fingiendo vidas que no tienen, queriendo ser otros.

Liz giró la cabeza hacia ella, con voz apagada, casi un susurro:

—¿Qué dices?

—Nada, nada —respondió Carlota alzando una mano para restarle importancia—. Solo quiero asegurarme de que nuestro contacto ya está avisado y nos está esperando a la salida del aeropuerto.

Abrió los mensajes privados de Instagram y revisó la conversación. Una notificación nueva confirmaba que les estarían esperando a su llegada a Madrid a la hora pactada. Sonrió con alivio.

De momento, todo salía según lo previsto, excepto por Liz, que cada vez parecía más inquieta.

Carlota la observó con atención. Liz miraba a un lado y a otro, como si buscara algo o temiera que algo la encontrara a ella. Los asistentes de vuelo estaban ocupados tras las cortinas de la cabina delantera, y el resto de los pasajeros dormía o seguía absorto en sus pantallas.

—Mira —dijo Carlota, señalando por la ventanilla las luces que parpadeaban entre las nubes—. Ya estamos llegando a Madrid.

Liz volvió el rostro hacia la ventana. Sus ojos se perdieron en algún punto indefinido, más allá de la negrura salpicada de luces. Frunció los labios, guardó silencio y, finalmente, cerró los ojos, como si necesitara protegerse del mundo durante unos segundos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Carlota con voz suave, inclinándose hacia ella.

Liz abrió los ojos despacio, como si cada pestañeo le pesara.

—Tengo sueño… —murmuró. Giró la cabeza hacia Carlota hasta dejarla apoyada contra el respaldo, y alzó la mirada con dificultad—. Mucho sueño. ¿Vendrá alguien a recogernos?

—Claro que sí —respondió Carlota enseguida, intentando que su tono sonara firme y tranquilizador—. Está todo confirmado. Nuestro contacto nos estará esperando en cuanto salgamos.

Mientras hablaba, Carlota echó un vistazo al fondo del pasillo. Entre las cortinas ya asomaban los asistentes de vuelo, ajustándose los uniformes y comprobando los compartimentos antes del aterrizaje. Conocía ese protocolo de memoria; había hecho ese trayecto suficientes veces como para anticipar cada paso.

Volvió la mirada hacia su amiga y sintió cómo un nudo se le apretaba en el estómago. Liz estaba cada vez más pálida; los párpados parecían pesarle toneladas y su expresión era tan distante que parecía desconectada del entorno.

Su mal estado físico ahora resultaba evidente: cualquiera con un mínimo de sentido común podría notar de un simple vistazo que aquella joven no estaba bien. Su malestar ya no era algo discreto, sino una presencia palpable.

Y eso la preocupaba todavía más. Porque en tiempos de paranoia pospandemia, con protocolos endurecidos y autoridades hipersensibles ante cualquier signo de enfermedad, Carlota sabía perfectamente lo que significaba llamar la atención.

Los aeropuertos, desde el coronavirus, se habían convertido en auténticos filtros de vigilancia médica. Bastaba un mareo, una tos inconveniente o un aspecto enfermo a la hora de pasar inmigración o junto a los agentes de aduanas para activar alarmas, retrasar vuelos o retener a pasajeros durante horas para controles adicionales.

Por eso, antes incluso de embarcar en Fráncfort, Carlota ya le había dado instrucciones claras a Liz: una vez que llegaran a Madrid, debían mantener cierta distancia entre ellas, al menos hasta atravesar la zona de recogida de equipaje. No por desinterés, sino por pura precaución.

Cuanto menos parecieran viajar juntas, mejor. Así llamarían menos la atención. Además, si una era detenida, la otra tenía instrucciones de seguir adelante y salir cuanto antes del aeropuerto.

Pero al ver ahora a su amiga así, tan frágil, tan al límite, Carlota sintió cómo la culpa y la preocupación le hacían más difícil sostener la serenidad que intentaba fingir.

Liz no solo parecía agotada; parecía estar apagándose poco a poco, y el tiempo comenzaba a jugar en su contra.

Y aunque le sonrió para transmitirle calma, la inquietud seguía aferrada a su pecho, recordándole que algo en Liz no iba bien, que no presagiaba nada bueno.

—Aguanta —susurró Carlota, rozándole el brazo con un gesto casi maternal—. Ya queda muy poco. Solo un poco más, ¿vale?

Liz asintió en silencio.

El avión inició el descenso para aterrizar.

14

La puerta se abrió de golpe y un hombre cruzó el umbral, seguido de otros dos que avanzaron detrás de él como sombras disciplinadas.

—David Ribas —pronunció el primero, con un tono de voz alto y claro, como si dictara una sentencia.

Un leve movimiento de su mano bastó para dar la orden. Uno de los acompañantes se adelantó y arrancó la capucha al prisionero con brusquedad.

La luz cegó a David apenas un instante antes de que las figuras frente a él se definieran: el desconocido que había pronunciado su nombre era esbelto, delgado, de aspecto caucásico, con rasgos inequívocamente europeos; los otros dos, de complexión robusta y piel curtida, eran indios.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —soltó David, con la voz áspera y un temblor involuntario.

El europeo avanzó sin prisa, estudiándolo con una mirada que mezclaba interés y cautela, como quien verifica por fin la identidad de un objetivo largamente perseguido. No respondió. Solo hizo un gesto con la cabeza, a modo de señal.

El segundo hombre captó la orden al instante. Se adelantó un paso, se flexionó y descargó un golpe seco contra el rostro de David. El impacto lo giró de lado y lo envió al suelo, donde cayó con un estrépito que resonó en la habitación desnuda.

Lo levantaron de inmediato por los brazos. Pero con los tobillos atados, sus piernas cedieron, incapaces de sostenerlo, y terminó desplomándose de rodillas, respirando con dificultad, y con el eco del golpe aún martilleándole el cráneo.

—La próxima vez que hables sin ser preguntado, me aseguraré de que mi amigo te golpee más fuerte.

Por su acento en inglés, David obtuvo una pista: el timbre duro, las consonantes tensas, el ritmo quebrado, todo apuntaba a que su origen era de Europa del Este: Bulgaria, Hungría, quizá la República Checa o incluso Ucrania. Y esa simple deducción le bastó para encajar el resto: no era un agente de inteligencia, no era un profesional que operara con precisión quirúrgica ni con la paciencia meticulosa de un espía. Era otra cosa.

Aquel hombre era un mercenario, un cazador a sueldo, contratado para seguir órdenes sin hacer preguntas.

David había tratado antes con ese tipo de personas: individuos fuertes, resistentes, entrenados, pero con un defecto siempre evidente, casi caricaturesco en algunos de ellos. No pensaban a largo plazo. No analizaban. Sustituían la estrategia por la fuerza bruta, la inteligencia por la intimidación, y cualquier duda por un estallido de violencia.

Ese era su talón de Aquiles. Una debilidad tan común como peligrosa: la fascinación ciega por la violencia; alguien que confiaba más en los golpes que en el pensamiento.

Y ese defecto podía convertirse en la grieta por la que David podría escapar. «Pero ¿cómo?», caviló David intentando buscar rápidamente una salida a su situación.

El hombre miró a David sin expresión alguna, con una mirada de indiferencia. Luego volvió a hacer un gesto a uno de sus esbirros y este, tras salir un instante fuera de la habitación, volvió a entrar con una silla.

Hicieron que David se sentara. Haciendo uso de una navaja, le arrancaron la camisa en un solo movimiento, dejando su torso expuesto. Con cuerdas gruesas lo ataron a la silla y lo suspendieron del techo, dejándolo indefenso mientras se balanceaba colgado de un gancho.

Un hombre apareció con un *lathi* y se lo ofreció a su jefe. El rostro de David reflejaba la fría consciencia de lo que estaba por venir. Si le golpeaban con aquel palo le fracturarían el cuerpo.

—No —dijo el jefe, con una calma aterradora—. Tráeme una vara. No queremos romperle los huesos tan rápido. —Sonrió, lentamente, disfrutando del momento—. Queremos que sufra.

El aire se volvió denso, cargado de violencia contenida. Cada palabra era un golpe anticipado, un aviso de que el tormento apenas comenzaba.

El hombre le trajo lo que le había ordenado.

El primer golpe hizo que David se arqueara en un espasmo involuntario. Respiró hondo, obligándose a recuperar el control. Luego otro, y otro.

Aquella no era su primera sala de interrogatorios, aunque sí la primera en la que estaba atado a una silla y sujeto del techo por unas cuerdas. Tenía que mantener la mente fría, establecer prioridades, controlar el miedo como tantas veces le habían enseñado.

El europeo se acercó despacio, con las manos cruzadas a la espalda, sujetando la vara, como quien pasea por el campo.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —preguntó con una voz suave, casi educada.

David no respondió. Se limitó a mantener la mirada fija en él. Guardar la calma. Estudiar. Analizar. Filtrar. Clasificar. Era su mantra. El dolor era manejable; lo verdaderamente peligroso era la desorientación. No debía permitir que lo arrinconaran.

El hombre sonrió apenas.

—Trabajo para alguien que quizá te resulte familiar. —Hizo una pausa, disfrutando del silencio. Entonces añadió con el tono y la satisfacción de quien revela un secreto—: Paladin.

David sintió un latigazo frío recorrerle la espalda, pero se obligó a no parpadear. «No reacciones. No le des la satisfacción».

—Él fue quien ordenó tu captura —continuó el europeo—. Hace tiempo que te observa, David Ribas. Exagente español. Renegado. Prófugo. Espía. Asesino. Gánster. Sicario. Y, según parece, perro fiel

de Hassena, la reina del submundo del crimen organizado en Bombay.

Se inclinó hacia él, lo suficientemente cerca como para que David notara el olor a tabaco en su aliento.

—Has pasado más de una década escondido en este país, convencido de que habías borrado tus huellas. Pero mucha gente anda detrás de ti. Paladin nunca te ha perdido la pista. Él tiene un interés particular en ti… —Hizo una pausa—, y cuando él se interesa, nosotros nos movemos. Tú creías que lo estabas buscando —sonrió con desdén—, pero ha sido él quien te ha estado observando todo este tiempo. Has estado golpeando a ciegas, amigo. Sin acercarte lo más mínimo.

David apretó la mandíbula. No dijo nada. El silencio era su escudo.

El europeo ladeó la cabeza, como apreciando la resistencia. Los otros dos indios se mantenían de pie a un lado en silencio, en alerta, esperando órdenes.

—Eres disciplinado. Lo esperaba. Pero entiéndelo: no vas a salir vivo de aquí. La única posibilidad, mínima, remota, casi inexistente, es que respondas a una sola pregunta.

Se alejó un paso, dando tiempo a que las palabras calaran.

—¿Quién te dio la información de que Paladin se encuentra en la India? ¿Y qué información exacta tienes de él?

Las palabras cayeron como una piedra en un pozo oscuro.

—Si respondes a mi pregunta —prosiguió—, puede que tu muerte sea rápida. Si no… —alzó una mano, y el hombre del fondo levantó un objeto alargado, todavía cubierto por un trapo, pero del que sobresalía un cable tan largo que caía al suelo—, tendremos que convencerte por otros medios.

David sintió el miedo intentando trepar otra vez por su columna, pero lo aplastó sin piedad. Era muy probable que fuera una sierra eléctrica lo que aquella persona sujetaba.

Su respiración se normalizó. «No hables. No titubees. No muestres grietas», se dijo a sí mismo.

Había pasado por entrenamientos diseñados precisamente para aquel tipo de situaciones extremas: soportar presión, retener

información, convertir el pánico en claridad. Pero aquello había sido hacía muchos años, cuando era más joven, robusto y fuerte. Ahora era mayor, pero aun así más experimentado, y más listo.

Alzó la mirada. Miró fijamente al europeo, sin bajar la vista. Su resistencia no era valentía, era supervivencia. Era cálculo. Era disciplina pura. Era consciente de que decir algo sería su fin. Como callar también podría serlo. Pero solo una de esas opciones le ofrecía una mínima posibilidad. Y David Ribas nunca había sido hombre de rendirse.

—Eres un inútil —le espetó David esbozando una sonrisa—. Me has hecho dos preguntas.

—Bien —bramó—. Acabaremos con esto más pronto de lo que pensaba.

El hombre hizo un gesto, y el que estaba situado en un lateral sacó una sierra eléctrica, que conectó a un enchufe junto a la pared.

El otro hombre tiró de la cuerda que sujetaba la polea y alzó aún más a David, al que se le contrajo el rostro en un grito mudo y los labios dejaron los dientes al descubierto; gotas de sudor cayeron de la barbilla a su pecho desnudo.

David levantó la cabeza y miró a aquel hombre a los ojos.

—Vete al infierno —dijo de manera inexpresiva.

El hombre le propinó un bofetón, luego otro, y enseguida, en un arrebato de violencia, siguió golpeándole con más fuerza en el estómago, a puño cerrado, con la derecha, con la izquierda. Luego, cansado, volvió a abofetearle; la cabeza de David giraba de un lado a otro con cada golpe.

David cerró los ojos un instante, no para rendirse, sino para concentrarse, para sincronizar su respiración y afinar su instinto.

Había conseguido lo más importante: había hecho que su oponente perdiera el control. Lo notaba en la tensión de sus hombros, en el temblor imperceptible de sus manos, en cómo sus ojos recorrían la habitación con impaciencia y rabia contenida. Cada segundo que pasaba era un golpe más de tensión; cada respiración de su enemigo, un aviso de que la ira lo estaba cegando.

David podía sentir el sudor recorriendo la frente del hombre, el pulso desbocado en sus sienes cada vez que le golpeaba.

Su método, su disciplina, su frialdad profesional, todo se había resquebrajado ante la calma casi sobrenatural de David, cuya mirada fija y calculadora aumentaba la desesperación de quien creía tener el control.

David contuvo la respiración.

Exhausto por el esfuerzo físico, el hombre comenzó a propinarle patadas apenas sin ninguna fuerza hasta que quedó rendido.

El cuerpo de David yacía inerte, sudoroso y manchado de sangre; sus músculos quedaron rígidos por el dolor y la fatiga.

—Todo ha terminado para ti, David Ribas —dijo el hombre, respirando entrecortado, con un hilo de satisfacción en la voz.

Alargó la mano y tomó de manos de su esbirro la sierra eléctrica que relucía siniestramente bajo la luz de la habitación.

—Despídete, porque esto es lo último que verás con vida —anunció.

La accionó y levantó la sierra con determinación, lista para usarla, mientras cada segundo se alargaba como una eternidad para David.

15

Pasar inmigración en Madrid resultó sorprendentemente rápido, mucho más que en el aeropuerto de Fráncfort, donde habían tenido que avanzar a trompicones entre interminables colas repletas de pasajeros internacionales, muchos de ellos procedentes de la India y otros países lejanos, que llegaban para hacer escala y cambiar a vuelos intercontinentales.

En el Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, sin embargo, el flujo era más ágil. Aun así, mientras avanzaban por la cola, Liz sintió un nuevo cosquilleo de ansiedad en el vientre.

Era un hormigueo inquietante, como un aviso silencioso de que algo dentro de ella estaba profundamente alterado. Se llevó una mano al estómago, tratando de disimular el gesto, pero el dolor estaba ahí, persistente como una sombra.

Instintivamente se volvió. A pocos metros detrás, Carlota mantenía la distancia pactada. Liz buscó su mirada, ansiando un gesto de apoyo, una señal mínima que pudiera calmarla. Sonrió tímidamente, casi suplicante. Pero Carlota desvió los ojos, fingiendo observar la pantalla digital de su móvil.

Entonces las palabras de Carlota resonaron en su memoria, nítidas y firmes, como una instrucción que no debía olvidar:

—Hay una sala de vigilancia cercana donde los agentes de la Guardia Civil escrutan las pantallas de seguridad sin apartar la vista. No solo miran: analizan. Disponen de un programa específico, un sistema de análisis de comportamiento que detecta desviaciones

mínimas en el lenguaje corporal y marca a los pasajeros cuyo gesto, postura o ritmo no encaje con la normalidad prevista durante el desembarque. Así que disimula. Mucho. Camina con naturalidad. Deja caer los hombros como si el único peso que llevaras fuera el cansancio del viaje. Nada de miradas erráticas, nada de tensión en la mandíbula, nada de temblores en las manos. Y recuerda en todo momento: no seas nervios. No seas sospecha. No seas una alerta en una pantalla.

Liz tragó saliva. Sintió su pulso acelerarse, pero se obligó a adoptar una expresión neutra, casi adormilada. Con movimientos lentos fingió que solo buscaba su pasaporte en la riñonera. Abrió la cremallera despacio, como quien no tiene prisa, y sacó el documento con suma delicadeza. Mientras lo sostenía, ensayó una sonrisa que esperaba resultara creíble, aunque por dentro temblara.

Cuando llegó su turno, lo entregó al agente de inmigración. Este lo revisó sin mayor interés, lo pasó por un escáner, leyó la pantalla y se lo devolvió con un gesto rutinario. Liz respiró sin que se notara. Poco tiempo después, Carlota pasó también sin contratiempos.

Ya fuera del control, Carlota se acercó por fin a su lado. Ambas avanzaron por el pasillo siguiendo el flujo de pasajeros hacia la zona de recogida de equipaje.

Liz caminaba despacio, respirando hondo, mientras Carlota la observaba de reojo, consciente de que lo más difícil aún no había terminado.

El sonido de las ruedas de los carros metálicos, el murmullo continuo de conversaciones en distintos idiomas y el zumbido rítmico de las cintas transportadoras llenaban el ambiente.

Alrededor de ellas, los viajeros se apelotonaban frente al carrusel, siguiendo con la mirada, una por una, las maletas que emergían por la boca del sistema mecánico, intentando reconocer la suya entre el interminable desfile de equipaje ajeno.

—Ya está —le dijo Carlota con disimulo—. Lo hemos conseguido.

Liz esbozó una sonrisa tenue de complicidad. Solo quería acabar cuanto antes: que las recogieran, las llevaran donde fuera, expulsar las pastillas, cobrar el dinero, descansar dos días en Madrid y luego tomar un vuelo de regreso a su casa en Miami. Esa era la secuencia

que repetía mentalmente para darse ánimos, como un mantra que la empujaba a continuar.

—Necesito usar el baño —susurró.

Carlota la observó alejarse hacia los lavabos del fondo de la sala, caminando con pasos cada vez más inestables, hasta verla desaparecer detrás de la puerta.

Liz entró en el último cubículo y echó el pestillo.

Mientras tanto, en la cinta transportadora comenzaron a aparecer las maletas del vuelo Fráncfort-Madrid. Carlota vio la suya y también la de Liz asomar por la boca metálica del carrusel. Dudó un instante, pero la inquietud por su amiga pudo más: decidió dirigirse a los baños por si Liz necesitaba ayuda y dejar el equipaje para más tarde.

Al entrar en los lavabos de señoras, fingió lavarse las manos para no llamar la atención. Desde el espejo, vigilaba las puertas de los cubículos reflejadas detrás de ella. Una mujer salió arrastrando una maleta pequeña, se lavó las manos y se marchó sin prisa.

Carlota esperó unos segundos más. Se mojó un poco la cara, respiró hondo, se secó con una toalla de papel y la tiró a la papelera. Pero algo no encajaba: no oía nada al fondo. Ni un movimiento. Ni un suspiro. Nada.

La preocupación empezó a subirle por la garganta como un nudo.

Se giró y avanzó hacia los baños más alejados.

—¿Liz? —preguntó en voz baja, intentando sonar tranquila—. ¿Todo bien?

Silencio absoluto.

—¿Liz? —repitió, esta vez con un tono más firme, casi con urgencia.

Mientras caminaba frente a las puertas, una señora mayor salió de uno de los baños después de tirar de la cadena. Carlota continuó hasta llegar a la última puerta, que permanecía cerrada.

El corazón le empezó a latir con fuerza dolorosa.

«Dios mío, que no haya pasado nada… por favor», suplicó para sí, sintiendo que el pánico la invadía.

Golpeó con los nudillos la puerta.

—¿Liz? —llamó con la voz quebrada.

Ninguna respuesta.

Entonces, impulsada por la angustia, se arrodilló y asomó la cabeza hacia el hueco entre el suelo y la puerta. Una mujer que entraba arrastrando una maleta evitó mirarla y pasó de largo, incómoda ante la situación.

Carlota vio unos pies inmóviles, luego parte del cuerpo de Liz, desplomado contra la pared del baño, sentada en el inodoro como una marioneta sin hilos. La posición de su cuerpo lo decía todo: algo grave había ocurrido.

Se levantó de golpe, temblorosa, y comenzó a golpear la puerta con fuerza, casi con desesperación.

—¡Liz! ¡Liz! ¡Ábreme, por favor!

El estruendo resonó en todo el lavabo de señoras. La mujer de antes salió sobresaltada del baño y, al ver la escena, empujó su equipaje con rapidez hacia la salida. Una vez afuera, hizo señas urgentes a una señora de la limpieza que avanzaba por el pasillo con su carro de utensilios.

Mientras tanto, Carlota seguía gritando desesperadamente con la voz rota por el miedo.

La señora de la limpieza apareció de repente, con una mezcla de curiosidad y alarma.

—¿Qué sucede? —preguntó, con voz firme pero rápida.

Carlota gesticulaba, incapaz de hablar con coherencia.

—Mi amiga… está dentro… y no contesta —consiguió decir al fin, temblando de pies a cabeza.

La mujer sacó un llavero del bolsillo de su uniforme y, con destreza, introdujo una palanca maestra en la cerradura del baño. El chirrido metálico del pestillo resonó como un presagio siniestro.

Cuando la puerta se abrió, ambas quedaron paralizadas ante la escena: Liz estaba sentada sobre la tapa del váter, completamente inerte. Sus labios azulados, la piel amarillenta y una espuma blanca deslizándose desde su boca hasta el pecho.

Carlota se tapó la boca con las manos, incapaz de dar crédito a lo que veía. Un nudo de pánico le subió por la garganta y la empujó hacia la salida, con el corazón golpeándole frenéticamente contra el pecho.

Ya fuera de los lavabos, trató de recomponerse. Caminó despacio, controlando cada paso, disimulando su terror, recogió su maleta y se dirigió hacia el exterior, donde el contacto esperaba.

Para Liz, el viaje había llegado a su fin para siempre. Para Carlota, en cambio, el mundo se había vuelto de repente más frío y extraño, un lugar en el que nada podría volver a ser igual y que, además, era peligroso. Quizá nunca podría volver a la India a realizar el trabajo de mula. Ahora tendría que dar explicaciones por la pérdida de las pastillas.

Con estas preocupaciones, se subió al BMW Serie 1 blanco que la esperaba en el aparcamiento.

El conductor era el mismo, Jitendra. Ya había conversado con él en otras ocasiones sobre la India, las películas de Bollywood, los actores del momento y la música.

El indio no le dijo palabra alguna, solo hizo un gesto con la cabeza para que entrara en el coche.

En cuanto Carlota tomó asiento, una figura desconocida apareció dentro del vehículo. Antes de que ella pudiera reaccionar, le colocaron una capucha sobre la cabeza y sintió un dolor agudo en el muslo, como si algo la hubiera atravesado.

¿Por qué? Ahora lo tenía claro. Ellos siempre mandaban a una persona en secreto a hacer el mismo viaje que la mula. Su cometido: vigilar que durante el trayecto no hubiera percance con la mercancía e ir informando a la gente de Madrid con mensajes constantes por el móvil.

En el pasado tuvieron un problema con una mula que tomó otro vuelo distinto al planeado, ya que pensó que podía engañarles, ir a otra ciudad y expulsar allí las pastillas y venderlas. Aquello salió mal. Dieron con ella en un apartamento de Vigo, le abrieron el estómago en canal y la dejaron morir.

En sus anteriores viajes Carlota nunca había conseguido identificarlo. «Igual era una mujer», pensó. Ahora, qué más daba. Esa persona los habría informado de lo sucedido con Liz desde el interior del aeropuerto.

¿Le harían pagar por ello?

La oscuridad la envolvió.

El coche arrancó.

16

David entrecerró los ojos, frunció el ceño e intentó sacudir la cabeza para despejarse, pero su sistema nervioso estaba tan adormecido que sentía que la consciencia se le escapaba.

Un hilo de sangre le colgaba del labio partido hasta la barbilla. Todo su cuerpo estaba lacerado: el labio roto, los ojos hinchados, las cejas cortadas, y alguna costilla seguramente fracturada. A sus pies, un charco oscuro de sangre reflejaba la débil luz de la habitación.

—Pegas como una nenaza —dijo David con esfuerzo; su voz sonó fría y cruel—. ¿Eso es todo lo que tienes?

El hombre se acercó con la pesada sierra encendida, lista para caer sobre el cuerpo de David.

—No, no es solo lo que tengo —exclamó mostrando la herramienta eléctrica. Sonriendo de forma macabra, añadió—: Saluda a mi pequeña amiga. Te voy a cortar en pedazos.

Y entonces resonó un disparo. Otro. Y otro más.

David apenas logró enfocar la borrosa silueta del hombre que se situó frente a él. Sintió movimiento de personas a su espalda. Alguien hizo que la cuerda que lo mantenía suspendido cediera de golpe; la silla golpeó el suelo con un estruendo sordo, y su cuerpo, agotado y lacerado, cayó pesadamente; finalmente, pudo sentir el contacto húmedo de la superficie contra su piel dolorida.

Manos firmes se movieron con rapidez y cortaron las ataduras que le quemaban las muñecas y los tobillos. Desde esa posición, con la respiración entrecortada y la cabeza aún nublada, sus ojos se

posaron en el cadáver del hombre que le había infligido tanto sufrimiento. Pero ¿qué estaba sucediendo a su alrededor? ¿Sería él el próximo en acabar abatido?

—Todo ha acabado, David —dijo una voz junto a él—. Tienes mucha suerte. *Guruji* nos mandó vigilarte. Por poco te perdemos. Vimos la furgoneta afuera y… entonces la luz dentro… Y recorrimos desesperados otras casas por los alrededores…

Las palabras, cargadas de alivio y camaradería, fueron calando en él poco a poco. Eran amigos, no enemigos. El peso de la tensión comenzó a ceder gradualmente, y pronto las voces y el ruido a su alrededor se fueron diluyendo.

El alivio y el cansancio lo envolvieron de golpe. Su vista se tornó borrosa, los sonidos se apagaron poco a poco, y finalmente el conocimiento lo abandonó.

Todo se volvió negro.

17

Un ruido lejano despertó a Carlota. Abrió los ojos a medias, parpadeando varias veces para aclararse la vista. Durante unos segundos no supo dónde estaba. Su mente era una bruma espesa.

Se incorporó lentamente y se sentó al borde de la cama; más bien era un somier porque carecía de cabecero y estructura de mueble, solo había una base con patas y un grueso colchón.

Un dolor punzante le atravesó la frente, como si alguien golpeara desde dentro. Aquella sensación no le era desconocida, pero eso no le produjo ningún consuelo.

Movió el cuello a los lados para despejarse y miró a su alrededor.

La habitación era pequeña, casi claustrofóbica. No había ventanas. Las paredes, desnudas por completo, estaban cubiertas por un gotelé blanco que reflejaba la luz artificial del techo. Frente a la cama había un lavabo sin espejo, tan austero que parecía recién instalado, como un hospital improvisado, ¿o una cárcel? «¿Estoy encerrada en una cárcel?», se preguntó.

Sobre una balda estrecha, justo encima del grifo, vio que descansaban una caja de guantes de plástico negros y otra de pañuelos de papel, perfectamente alineadas. Bajo el lavabo, una papelera de plástico vacía y junto a ella un orinal metálico, frío, humillante.

Carlota tragó saliva. No, no estaba en ninguna prisión y aquello no era la cárcel. Querían de ella las pastillas.

Ya había experimentado dolores como aquel en otros viajes. Sabía lo que tenía que hacer: expulsarlas cuanto antes. Pero esta vez todo era distinto. Esta vez estaba encerrada.

Se giró hacia la derecha y levantó la vista. En la parte superior de la pared, apenas del tamaño de una moneda grande, una cámara vigilaba cada uno de sus movimientos. Un destello rojo parpadeaba de vez en cuando, recordándole que no estaba sola.

El aire se le atascó en la garganta. «Mierda, ¿por qué me vigilan así?». Sintió que se quedaba sin respiración. Entonces, el aire acondicionado se encendió con un zumbido suave. Una corriente fría la envolvió, y esa bocanada helada le permitió inhalar en aspiraciones cortas, rápidas, temblorosas.

Pero ¿dónde demonios estaba? No tenía ni idea de qué lugar era aquel ni por qué la habían llevado allí. Quiso gritar, pero la voz se le quedó atrapada en el pecho. El miedo la paralizaba.

La muerte de Liz la había dejado conmocionada, aún incapaz de creerlo. Y ahora, después de todo, la trataban así.

¿Pretendían hacerla responsable de la desaparición de las pastillas que llevaba la otra mula? ¿Porque ella había recomendado a Liz a los contactos de la India? «Es eso, me hacen responsable de lo sucedido con Liz».

Forzó la memoria. Lo último que recordaba era el aparcamiento del aeropuerto de Madrid. Había subido al coche que la esperaba, el mismo de siempre. Luego… Se llevó la mano a la pierna. Palpó el punto exacto donde algo punzante se había hundido en su piel. Aún le dolía al tocar.

Dedujo enseguida que había sido una jeringuilla.

La habían drogado.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

Entonces oyó pasos al otro lado de la puerta. Alguien se aproximaba. Alguien iba a abrir.

Carlota se puso de pie de inmediato, tambaleándose un segundo antes de recuperar el equilibrio. Tenía que mantener la calma. Exigiría que la dejaran marcharse a su casa, como en otras ocasiones; allí podría expulsar las cápsulas en privado, sin la

humillación de estar retenida, siendo observada por aquella cámara de vigilancia.

Se mantuvo de frente a la puerta justo en el momento en que la cerradura empezó a girar.

La puerta se abrió despacio, con un chirrido leve pero inquietante, y un hombre entró en la habitación. Sostenía una bandeja metálica; sobre ella descansaban dos bocadillos de pan de molde, envueltos en papel.

Dejó la bandeja sobre el colchón, sin apenas mirar a Carlota.

Ella lo observó con atención. No lo había visto nunca. Tenía la piel morena, casi del mismo tono que el conductor Jitendra, aunque sus rasgos eran más duros, menos amables.

—¿Qué hago aquí? —logró preguntar, intentando que su voz no temblara.

El hombre se irguió, se sacudió las manos sobre los pantalones y la miró por primera vez.

—Solo tienes que echar las cápsulas y te dejaremos ir —respondió con un español sorprendentemente fluido, incluso mejor que el de Jitendra.

Carlota frunció el ceño, deduciendo que aquel indio llevaría más tiempo en España. Igual era una persona importante del grupo de traficantes. Nunca había hecho preguntas antes; siempre quiso evitar tener información sobre ellos. Ella solo quería ganar dinero rápido, ingentes cantidades de dinero, y que la dejaran en paz.

—Esto no me lo habíais hecho antes.

—Antes era distinto —replicó él, sin una pizca de duda—. Ahora las cosas se han complicado.

Aquella frase encendió aún más la alarma en Carlota.

—¿Por qué no puedo ir a mi casa? Déjame ir. Cuando saque las cápsulas, Jitendra viene, se las doy y él me da el dinero. Como siempre. Como siempre hemos hecho.

El hombre negó lentamente con la cabeza.

—Esta vez el método ha cambiado. Te vieron huir del aeropuerto. Te han relacionado con la muerte de la otra chica. ¿Y si la policía va a tu apartamento? ¿Y si perdemos la mercancía?

Carlota sintió un escalofrío helado recorrerle la espalda. «Liz».

No quería pensar en ella, pero la imagen se colaba una y otra vez.

—No voy a bajarme los pantalones frente a esa cámara —dijo con rabia contenida, señalando el dispositivo en lo alto de la pared.

El hombre agachó la cabeza un momento, suspiró y salió sin decir nada. Carlota oyó sus pasos alejándose por el pasillo.

Regresó al cabo de unos segundos empujando una mampara de ruedas, como las que se usan en los hospitales para dar privacidad a los pacientes. La colocó entre la cama y la cámara, ajustándola con un gesto rápido y práctico.

—Ya está solucionado —anunció.

Carlota abrió la boca para protestar, pero él no le dio oportunidad. Salió de la habitación de inmediato y cerró la puerta con firmeza, dejándola otra vez sola.

El silencio que siguió fue casi insoportable.

Un malestar repentino le recorrió el estómago. Una punzada, luego otra. Entonces lo recordó: seguía teniendo las cápsulas dentro. No podía retrasarlo más. Cuanto antes las sacara de su cuerpo, antes se iría a su casa.

Miró el orinal colocado junto al lavabo. Tenía que hacerlo.

Cogió uno de los bocadillos. Lo abrió con manos temblorosas, lo acercó a la boca y obligó a sus mandíbulas a moverse. Masticó despacio; el pan era tan blando que comenzó a apelmazársele contra el paladar.

La imagen de Liz volvió a su mente. Su sonrisa. Su voz. Su alegría y confianza que irradiaba la primera vez que la conoció en el hostal de Bombay.

¡Qué tragedia para su familia! ¿Qué reacción tendrían al ser informados de que ella había muerto en Madrid transportando droga desde la India?

El primer sollozo se le escapó sin que pudiera detenerlo. Después vinieron otros, más profundos, más rotos.

Carlota dejó caer la comida y se tapó la cara con ambas manos.

Lloró por Liz.

Y también por sí misma.

18

David Ribas pasó dos días sumido en un estado de semiinconsciencia, sin lograr recobrarse plenamente. Solo a ráfagas distinguía formas que pasaban junto a él, manos que limpiaban sus heridas, voces de mujer que le hablaban con voz lenta, calmada, suave.

Una noche se despertó sobresaltado de una pesadilla. Intentó golpear a la figura que se abalanzaba sobre él, pero sus brazos eran demasiado débiles. Más personas acudieron, sujetándolo con cuidado. Alguien le habló en inglés, con calma:

—Tranquilo. Estás a salvo. Estás entre amigos.

David no estaba seguro de si había oído aquello o si su mente agotada jugaba con él.

Al tercer día por la mañana abrió los ojos. Una voz femenina y serena le explicó las heridas: no debía moverse bruscamente, necesitaba reposo. Su cuerpo, exhausto, volvió a ceder y sus párpados se cerraron ante las palabras que se apagaban en un susurro.

Horas después, un médico apareció. David apenas podía creerlo. Le hablaba un indio en inglés con marcado acento británico:

—Me alegro de que finalmente se haya despertado —dijo, revisando sus heridas.

—¿Dónde estoy? —preguntó David, con la voz rasgada.

—Está a salvo.

—¿Quién me trajo?

—Sus amigos.

—¿Qué amigos?

—Solo le puedo decir lo que sé. Ahora déjenos trabajar.

Con manos firmes y expertas le limpiaron las heridas con paños frescos, le lavaron el cuerpo, le afeitaron y lo dejaron lo más presentable posible. El médico le puso una nueva inyección, y le advirtió con gravedad: necesitaba reposo absoluto y al menos una semana para recuperarse por completo.

—Una semana… —repitió David, con voz ronca y apenas un hilo de fuerza.

El médico, firme e intransigente, lo miró a los ojos y subrayó de nuevo la suerte que había tenido: no había ningún órgano interno dañado, un detalle que podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Le puso otra inyección, que se negó a explicar qué función tenía. En esta ocasión, David sintió la aguja y protestó.

—Tranquilo, esto le hará dormir. Si le sirve de consuelo, le diré que le estamos ayudando a reponerse con medicamentos muy modernos, que aún no están disponibles en los mejores hospitales privados. Ahora disfrutará de un sueño profundo y placentero. Cuando se despierte, se encontrará mucho mejor.

Lo cierto era que su cuerpo clamaba por descanso. Cada músculo, cada articulación, estaba saturado de dolor; la falta de sueño se había acumulado como una niebla pesada sobre su mente, mezclándose con el recuerdo punzante de los golpes recibidos y con la brutalidad de la experiencia que había vivido.

Su respiración era entrecortada, sus párpados pesaban como plomo, y un cansancio profundo lo envolvió, recordándole que, aunque su voluntad permaneciera intacta, su cuerpo exigía tiempo para curarse, tiempo que no podía eludir ni apresurar.

Volvió a quedarse dormido.

19

Carlota había logrado expulsar varias cápsulas. Ahora las sostenía en la palma de la mano. Todavía estaban húmedas, resbaladizas, pero ya había limpiado la fina capa de látex que las protegía. Las observó con detenimiento, con un nudo en el estómago: sabía que no eran todas. Faltaban muchas.

La desesperación la había empujado a hacer algo que jamás habría imaginado: rezar. Nunca se había considerado creyente, nunca había buscado consuelo en dioses o rituales, pero allí, sola y asustada, había susurrado una oración improvisada. Había pedido que todo terminara pronto, que la dejaran marcharse, que pudiera volver a su casa sana y salva.

Pero nada ocurrió.

Ninguna respuesta.

Solo el zumbido constante del aire acondicionado y el silencio opresivo de aquella habitación sin ventanas.

Cerró los ojos.

Intentó recordar lo que un guía indio le había explicado durante su primer viaje: el poder de la respiración para controlar el miedo, para disciplinar los sentimientos. En aquel entonces se había reído por dentro, tomándolo como una anécdota turística.

Ahora no. Ahora se aferraba a esa idea como si fuera la única cuerda que podía evitar que cayera en el vacío. «Cuando salga de aquí, aprenderé a practicar el yoga. Nunca más haré de mula. Nunca más tendré contacto con esta gente».

Inhaló lentamente. Exhaló.

Otra vez.

Su pulso comenzaba a estabilizarse cuando, de pronto, escuchó un sonido al otro lado de la puerta. Eran golpes secos, pasos acercándose. Su cuerpo entero se tensó.

El indio iba a volver a entrar.

La puerta se abrió bruscamente, golpeando la pared. Él se plantó en la habitación sin dirigirle siquiera una mirada. Sus ojos fueron al instante hacia la bandeja; vio que aún quedaba un bocadillo intacto. Avanzó directamente hacia ella.

—¿Por qué no te lo has comido? —preguntó con voz áspera.

—No tenía hambre —respondió Carlota, apenas en un hilo de voz.

El hombre no se molestó en ocultar su irritación. La agarró con fuerza del brazo, apretando hasta hacerla gemir, y la arrastró detrás de la mampara. Allí, sobre varios papeles arrugados, vio las cápsulas amontonadas.

—¿Cuántas hay ahí? —preguntó, sin rastro de paciencia.

—Veinte —respondió ella, evitando mirarlo a los ojos.

Él rebuscó en el bolsillo de su pantalón y sacó una bolsa de plástico transparente. Se la tendió con brusquedad.

—Quiero las sesenta cápsulas en esta bolsa. Si estás estreñida, te daré un laxante.

Carlota sintió un peso insoportable caerle sobre el pecho.

—Quiero irme a mi casa… —susurró, con la voz quebrada.

—Te irás cuando expulses todo —sentenció él, como si hablara de un trámite insignificante—. Y como sigas tardando, te aseguro que tenemos otros métodos para vaciarte el estómago. No quisiera que llegara el caso, pero si continúas así de cabezota, tal vez te reúnas antes de lo esperado con tu amiga. Quedas advertida.

Las piernas le fallaron a Carlota y se desplomó en el suelo. Se tapó el rostro con las manos y estalló en un llanto incontenible.

El hombre murmuró algo en su idioma, un comentario corto y mordaz, cargado de desprecio. Después salió de la habitación sin una palabra más y cerró la puerta con un golpe seco.

PARTE DOS

LA MUERTE DE UN AGENTE DE INTERPOL

20

En Bombay hallaron el cuerpo sin vida de un hombre extranjero por casualidad. Aún no sabían que era de origen francés y se llamaba Bruno Martin.

El descubrimiento del cadáver sucedió poco más tarde de las nueve de la mañana. El aire cálido, ya cargado de humedad a pesar de la hora temprana, ascendía desde el mar con un olor a sal y gasóleo que envolvía la explanada.

Un grupo de turistas y un guía indio esperaba agolpado a lo largo de la barandilla, con entusiasmo, para abordar el ferri que los llevaría a la isla de Elefanta, un islote convertido en lugar turístico por sus cuevas talladas en roca y nombrado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

A unos pocos metros había gente pescando con caña y vendedores ambulantes intentando vender algo subido de precio a los extranjeros. Otro grupo de gente local observaba a los visitantes con mezcla de curiosidad y picardía, comentando entre ellos cada gesto o expresión de los occidentales.

Durante la espera, algunos turistas tomaban fotografías compulsivamente; otros se abanicaban con los folletos turísticos, sorprendidos ya por la sofocante temperatura matinal. Habían madrugado para evitar las multitudes y el calor extremo. La emoción por embarcar los mantenía agrupados, casi apretados, como si temieran perderse del grupo.

Cuando la embarcación se aproximó al muelle, un empleado de la empresa turística se preparó para darles instrucciones, pero de repente advirtió un cuerpo flotando en el mar.

—¡Para! ¡Para! —gritó agitando los brazos al aire—. ¡Hay una persona en el agua!

Los tripulantes del barco se asomaron por la borda y vieron el torso blanco y desnudo de una persona.

Los siguientes minutos se hicieron largos.

Llamaron a la policía.

El guía que acompañaba a los turistas, visiblemente tenso, les pidió que regresaran por la tarde, intentando mantener la calma mientras explicaba que no podían continuar con el itinerario ante una situación tan grave.

La noticia corrió como un reguero de pólvora y en cuestión de minutos una multitud de curiosos locales se congregó frente al rompeolas.

Los indios, atraídos por la mezcla de misterio y tragedia, se empujaban unos a otros para ver el cadáver que flotaba entre las aguas del puerto. Había quien no perdía ojo y con el móvil sostenido en alto grababa la escena. La policía tuvo que intervenir para apartarlos con brusquedad y mantener un perímetro seguro.

Poco después llegaron unos buzos. Le colocaron un arnés al cadáver y lo izaron lentamente con una grúa. El silencio que se creó entonces fue casi reverencial, solo interrumpido por el rumor del motor y los murmullos inquietos de los presentes.

Dejaron el cuerpo tendido en el extremo del rompeolas. Llevaba pantalón corto vaquero. La camisa blanca pegada al cuerpo estaba desgarrada. Su cara estaba tan hinchada que resultaba difícil averiguar cómo habría sido su verdadero aspecto. El cabello negro y abundante lo tenía pegado a la cabeza.

Al otro lado del cordón policial, el número de personas arremolinadas había quedado reducido a unas veinte, todos policías y empleados del barco turístico. Había llegado una ambulancia; junto a ella, dos camilleros aguardaban la orden para retirar y llevarse el cadáver.

En el extremo del rompeolas, el médico forense recogía sus instrumentos tras realizar un primer examen del cuerpo. Se acercó al inspector Randeep para compartir sus primeras impresiones.

El inspector, un hombre ancho, achaparrado y con entradas pronunciadas, había llegado al lugar con su sonrisa torcida de siempre y ese aire tan suyo de esto-lo-arreglo-en-un-plis-plas. Pero aquella confianza se desmoronó al escuchar el veredicto preliminar del médico.

—Desde luego que no ha sido un accidente —afirmó el forense, mientras se quitaba los guantes.

Randeep lo miró con una mezcla de sorpresa y recelo.

—¿Está usted tan seguro?

—Cuando lo lleven a la sala de autopsias, podré ser más preciso —respondió el forense—, pero puedo asegurarle, señor inspector, que este hombre no se ha ahogado sin más. Para empezar, tiene el aspecto típico de un occidental y ya sabe que la gran mayoría sabe nadar muy bien. Además, de haber caído al agua por accidente, podría haber pedido auxilio.

El inspector abrió las manos, como indicando que pudiera existir la posibilidad de que hubiera podido suceder lo contrario.

—Quizá lo hizo, pero nadie lo escuchó…

El médico forense negó con la cabeza. Se inclinó sobre el cadáver unos segundos, como para subrayar sus palabras.

—Y mire estos hematomas —añadió—. En el rostro, en el costado… y este golpe en la cabeza. Aquí hubo algo fuerte, contundente y utilizado con ensañamiento. Un hierro, una piedra o algo por el estilo.

El inspector soltó un suspiro y se rascó la coronilla en un gesto que dejaba ver su desconcierto.

—¿Cree que alguien pudo arrojarlo desde aquí? —preguntó, señalando la barandilla metálica—. Tal vez la succión de los barcos lo arrastró de vuelta hasta el rompeolas.

—O quizá lo lanzaron desde una embarcación en mar abierto —replicó el forense—. También es posible. La corriente lo habría traído hasta esta zona. Eso lo sabremos cuando determine el tiempo que

ha pasado en el agua. Así podremos calcular cuánto tiempo lleva muerto y cuánto ha estado flotando.

Randeep entornó los ojos, intentando obtener más de lo que el médico quería concederle en ese momento.

—¿Y cuánto tiempo calcula que ha estado en el agua? Aproximadamente…

El médico bajó la vista hacia el cadáver. Permaneció en silencio unos segundos, pensativo, antes de responder con un tono firme, casi definitivo.

—Yo diría que unas seis o siete horas como máximo —respondió el forense, acomodándose las gafas con un gesto cansado.

El inspector carraspeó, sintiendo cómo le estaba irritando toda aquella situación.

«Mierda, ¿por qué, de todos los distritos de Bombay, tenían que venir a matar a un extranjero precisamente en mi jurisdicción?», se decía a sí mismo.

Una sombra cruzó su rostro. Pensó en las vacaciones que tenía programadas dentro de apenas dos días: un viaje a Darjeeling con su mujer, cuidadosamente organizado desde hacía meses. Habían reservado una habitación con vistas a las montañas, y él llevaba semanas soñando con el silencio del lugar, con el té humeante por las mañanas, los paseos por los bosques y con la idea de desconectar, aunque fuera brevemente, del caos cotidiano.

«Mis vacaciones pueden irse a la mierda por culpa del imbécil de un turista extranjero», gruñó para sí, sintiendo cómo el mal humor le martilleaba en la cabeza.

—Es decir, que debió de morir anoche —dijo el inspector al fin con tono irascible.

—Eso creo —continuó el forense—, pero necesito estudiarlo con más detenimiento.

—Necesito el informe de la autopsia lo antes posible.

—Lo tendrá.

—Mientras tanto, averiguaré si hay alguna denuncia por la desaparición de un extranjero.

El inspector no tuvo que esperar demasiado. Antes del mediodía recibió en su despacho el informe preliminar.

La comisaría, situada junto a una carretera principal, vibraba con el estruendo del tráfico. Coches, motos, autobuses y camiones formaban una cacofonía ensordecedora que se filtraba por cada rendija del edificio. El aire estaba cargado de polvo, humo y un calor que se pegaba a la piel como una película aceitosa.

Varios oficiales entraban y salían del despacho del inspector Randeep, cada uno con documentos que necesitaban una firma inmediata. Antes de entregarlos, explicaban de manera rápida y esquemática la naturaleza del informe o la urgencia del caso. Otros acudían para consultarle procedimientos, pedir directrices o recibir instrucciones sobre asuntos que parecían multiplicarse por minutos.

El trabajo de Randeep era una carrera interminable contra el reloj; su pequeña comisaría, a pesar de su tamaño, era una de las más exigentes y estresantes de la ciudad debido a su ubicación, que la obligaba a coordinar casos de varios distritos colindantes.

Según el informe del médico forense, la víctima era un hombre de aspecto claramente extranjero, unos cuarenta años, de complexión atlética. La causa de la muerte era una combinación brutal: sobredosis, ahogamiento y una serie de golpes tan violentos que su cuerpo parecía haber sido utilizado como saco de boxeo.

—¿Sobredosis? —murmuró, frunciendo el ceño.

En el informe leyó que el hombre tenía cinco cápsulas de droga dentro del estómago. El laboratorio estaba analizando la sustancia: probablemente cocaína o alguna variante sintética.

Llamó al médico forense, quien explicó con voz neutra, como si describiera algo rutinario, que al menos una de las cápsulas había estallado debido a los golpes contundentes recibidos en el abdomen.

—Después —añadió el médico— debieron asestarle un golpe en la cabeza con algún objeto metálico y, ya inconsciente o muerto, lo arrojaron al agua.

Terminada la llamada, su asistente entró en el despacho casi sin aliento, con papeles en la mano; estaba sudando bajo la camisa de uniforme.

—Aquí tiene la foto de la víctima —anunció, dejando sobre la mesa un fichero. Abrió una ventana buscando un poco de alivio.

El inspector abrió el fichero y ojeó la documentación.

—Cierre —ordenó sin levantar la vista de la imagen que sostenía.

—¿Cómo puede usted soportar este calor con las ventanas cerradas? —gimió el asistente—. Esto parece un horno.

—Prefiero asarme a morir respirando tanta contaminación —respondió Randeep, con un tono casi filosófico. Se reclinó en el asiento y añadió señalando la imagen—: ¿Alguna novedad sobre su identidad?

Habían tomado fotografías de la víctima y, con la ayuda de un programa de inteligencia artificial, habían producido una imagen de perfil bastante nítida.

Su asistente negó con la cabeza. No existía ninguna orden de búsqueda que coincidiera con la descripción física del fallecido; tampoco había denuncias por desaparición en la ciudad ni en los distritos cercanos.

—Habrá que iniciar el protocolo —dijo el inspector.

—Sí, jefe. Con la imagen podemos empezar las visitas a hoteles, albergues y demás establecimientos. Iremos puerta por puerta.

—Y a los consulados extranjeros que haya en Bombay.

—Alguien tendrá que reconocerlo. Quizá viajaba acompañado o formaba parte de un grupo, y ya lo están buscando.

El inspector tamborileó sobre la mesa.

—Buena idea. Asegúrese de que la imagen salga bien en la impresora y distribúyala entre el personal. Quiero a todos en marcha cuanto antes.

Cuando el asistente salió, el inspector se quedó sentado un momento en silencio, frotándose el entrecejo.

La cadena de pensamientos le golpeaba con fuerza, como una piedra que rueda cuesta abajo sin manera de detenerse.

«Es un asunto de tráfico de drogas… Es un asesinato… La víctima es un extranjero… Y ni siquiera sabemos quién demonios es…».

Sentía cómo el estrés comenzaba a treparle por la nuca. Había una llamada que debía hacer, aunque detestaba admitirlo.

Solo una persona podía ayudarle a quitarse de encima aquel problema antes de que sus vacaciones quedaran arruinadas para siempre.

Esa persona era Hassena, la jefa del crimen organizado. Una mujer con una red de confidentes e informantes extendida por toda la ciudad. Si ella chasqueaba los dedos, alguien, en algún rincón de Bombay, se vería obligado a recordar haber visto u oído algo.

El inspector apartó el informe grapado y quedó inmóvil unos segundos, atrapado entre la responsabilidad y el cansancio acumulado. Luego abrió el cajón, tomó una pequeña toalla de algodón y se secó el sudor que le perlaba la frente.

Tenía que actuar rápido. De lo contrario, su soñada escapada a las montañas de Darjeeling se disolvería entre papeles, cadáveres y procedimientos burocráticos interminables.

21

Omid Irani, gerente del hostal Ziba, llamó a la puerta número 15 de la tercera planta con unos golpes secos y firmes.

Natalie, de origen francés, morena, de unos cuarenta años, mediana altura y delgada, que llevaba un rato dando vueltas por la habitación sin saber qué hacer con las manos ni con la angustia que intentaba controlar, se apresuró a abrir, aferrándose a la esperanza irracional de que fuera Bruno.

Pero al otro lado no estaba él, sino el orondo gerente, plantado en el umbral con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, demasiado amplia para resultar sincera.

—Tienen ustedes que pagar la factura antes de irse —anunció sin preámbulos.

El hostal de cuatro plantas estaba ubicado en Parsi Colony, una zona tranquila y muy frecuentada por viajeros. Durante la temporada alta era especialmente solicitado: tenía fama de ser un lugar seguro, limpio y con un servicio atento. Las habitaciones eran muy grandes, con el techo alto y unas ventanas saledizas enormes que le daban un aspecto arquitectónico exótico, de la época victoriana. Además, sus tarifas resultaban considerablemente más bajas que las de los hoteles de cuatro y cinco estrellas de los alrededores, lo que lo convertía en una opción atractiva para muchos turistas.

—Lo sé —respondió Natalie, conteniendo el impulso de cerrar la puerta en sus narices.

El hombre carraspeó. La sonrisa desapareció y su gesto se volvió repentinamente serio, casi severo.

—Llevan dos días extras. Me aseguraron que saldrían anteayer de madrugada.

—Sí —murmuró ella, intentando mantener la calma—. Pero hemos decidido prolongar nuestra estancia en Bombay. No creo que haya un problema en esto mientras sigamos consumiendo del servicio de habitaciones. Por cierto, el café de esta mañana estaba frío.

Omid arqueó las cejas.

—Como les informé al llegar y hacer el registro, los huéspedes suelen comprar la comida fuera. También les dije que hay un barista a la vuelta de la esquina, pero usted no sale de la habitación. Esto resulta un comportamiento extraño para una turista extranjera.

—Lo que haga o deje de hacer no es de su incumbencia.

—¿Dónde está su marido? —levantó la mano enseguida, corrigiéndose—. Mis disculpas, su pareja, su novio o lo que sea. Yo no me meto en la vida personal de mis huéspedes.

Natalie apretó los labios.

—Se fue a dar una vuelta.

—Pues más vale que vuelva pronto —dijo él, elevando las cejas con insinuación—. Yo no lo he visto desde hace dos días.

El comentario despertó temor en ella. Dos días. Intentó ocultar la inquietud que le nublaba los pensamientos, pero lo único que consiguió fue poner una expresión de fastidio.

—Mire… si es molestia, bajaré ahora mismo y le pagaré. Por el dinero no hay problema. No nos vamos a marchar sin pagar.

—Molestia no es —replicó él, encogiéndose de hombros—. Son las normas. Hay que cumplirlas, aunque este sitio no sea un hotel de cinco estrellas. Y… mis disculpas si se me ha malinterpretado o si mi tono no ha sido el adecuado. No he querido ser maleducado.

Natalie solo asentía mientras él hablaba; su irritación crecía mezclándose con la preocupación por Bruno y la sospecha de que el gerente había notado algo extraño en ellos. Seguro que ya había tenido demasiados problemas con turistas extranjeros que

desaparecían sin abonar la estancia, y ahora los tenía a ellos en el punto de mira.

—Prepáreme la factura por los días que hemos estado —dijo ella finalmente, forzando una voz firme—. Y también pagaré por adelantado cinco días más.

Omid esbozó una sonrisa satisfecha y se marchó pasillo abajo.

Natalie cerró la puerta con un suspiro que casi le vació los pulmones.

Se quedó unos segundos con la mano en el pomo, y la espalda pegada a la puerta. Luego fue a buscar su bolso, mientras un pensamiento martilleaba sin descanso en su cabeza: «¿Dónde estás, Bruno?». «¿Qué demonios te ha pasado?».

22

Natalie salió de la habitación y bajó por las escaleras.

El vestíbulo, de una elegancia antigua y discreta, estaba sorprendentemente fresco pese al bochorno exterior, gracias a un enorme ventilador de techo que batía el aire con un zumbido constante.

El suelo de baldosas gastadas brillaba bajo la luz amarillenta. El aire olía a madera encerada y a *chai*, té recién hecho. Las sillas de madera y ratán con respaldo recto y reposabrazos, alineadas con un orden casi ritual, parecían esperar a huéspedes que nunca tenían prisa.

Sobre el mostrador oscuro colgaba una imagen del Faravahar, el símbolo alado del zoroastrismo, cuya mirada solemne parecía vigilar el ir y venir del lugar; un recordatorio silencioso de la herencia parsi que impregnaba cada rincón del vestíbulo.

Y, en menor tamaño, había una fotografía *vintage* coloreada de la reina de Inglaterra, Isabel II, en su juventud a lomos de un caballo zaíno. Aquella imagen, enmarcada y colgada de la pared, representaba una muestra de cómo lo británico simbolizaba orden, tradición y prestigio, una huella cultural que, lejos de desaparecer tras la independencia, se había integrado en la vida cotidiana como un legado asumido con naturalidad, orgullo y una curiosa mezcla de nostalgia y pragmatismo. Pero también reflejaba el afecto casi reverencial por todo lo británico que aún mantenían algunos indios de clase media y alta, heredado de siglos de convivencia histórica: el

respeto por sus instituciones, la vigencia del idioma inglés, la admiración por su literatura, su sistema educativo o incluso por costumbres como el té.

En ese instante, un numeroso grupo de turistas de distintas nacionalidades había hecho el *check-out*, entregado las tarjetas electrónicas de las habitaciones a Omid sobre el mostrador y se disponían a seguir al guía turístico. Junto a la acera los esperaba un autobús en ralentí que los llevaría al aeropuerto; el conductor y un ayudante terminaban de colocar el equipaje dentro del maletero.

Conforme Natalie avanzó hacia el mostrador para realizar el pago como había prometido, un golpe de olor a incienso, dulce, denso, casi asfixiante, le llenó las fosas nasales. Pero enseguida su atención giró hacia el gerente, hipnotizado por el televisor que parpadeaba en la pared, escupiendo noticias en maratí, cuyas voces aceleradas rebotaban contra las paredes desconchadas.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Omid.

Desde fuera llegó el golpe seco del maletero al cerrarse y, acto seguido, el autobús arrancó.

Natalie no entendía ni una palabra, pero algo en la actitud del gerente le llamó la atención: la forma en que miraba el televisor, inmóvil tras el mostrador de teca, los nudillos blancos clavados en un periódico arrugado. Aquella tensión la inquietó. «¿Habrá ocurrido alguna tragedia internacional?», se preguntó, imaginando un atentado, una catástrofe natural o el accidente de un avión de pasajeros.

Omid abrió los ojos de par en par al verla y, sin decir palabra, señaló la pantalla. Allí, ocupando todo el encuadre del televisor, aparecía la imagen de Bruno.

—¿No es él su amigo?

Natalie se acercó, se inclinó sobre el mostrador y levantó la vista hacia el televisor. Sintió que el mundo se le desplomaba. Se llevó las manos a la boca, incapaz de responder, con el corazón golpeándole con fuerza el pecho.

—Oh. No.

Omid tiró el periódico sobre el mostrador y descolgó el teléfono fijo.

—Creo que voy a llamar a la policía.

—Espere, por favor —dijo ella con un hilo de voz, alzando la mano—. No lo haga.

Omid, intrigado y cada vez más inquieto, colgó, pero dio un paso atrás, como si necesitara distancia. Lo primero que le vino a la cabeza fue que ella podría ofrecerle dinero a cambio de mantener su silencio. Señaló la cámara de seguridad que grababa desde una esquina del techo.

—Que conste que este es un comercio honrado. Todo ha quedado registrado. Yo no soy cómplice de nada. Es mi deber informar a las autoridades. Pero que yo mantenga la boca cerrada… le va a costar dinero.

Natalie hurgó desesperada en el bolso. Sacó de un tirón un documento de identidad y se lo acercó al rostro, asegurándose de que pudiera verlo con claridad.

—Soy agente de Interpol. Le garantizo que ni mi compañero ni yo estamos implicados en ninguna actividad ilegal. Hemos venido a Bombay para desmantelar una red de narcotráfico.

Respiró hondo, sin apartar la mirada de Omid, y continuó modulando cada palabra, consciente de que estaba a punto de revelar una información que hasta entonces había permanecido en secreto:

—Mi compañero salió hace dos días tras la pista de un traficante conocido como Shakaal Shan. Desde Bruselas llevamos meses siguiendo y analizando sus movimientos. Está utilizando mulas desde la India hacia Europa para introducir drogas sintéticas de extrema peligrosidad.

Omid sacudió la cabeza; su rostro mostró un aspecto aterrado al escuchar aquella revelación.

—Yo no puedo hacer nada por usted —Descolgó de nuevo el teléfono, temblándole la mano—. Lo siento, pero tengo que informar a la policía. No solo porque soy el dueño de este negocio familiar, sino porque es mi responsabilidad como ciudadano.

—Espere. Si ellos vienen aquí y tengo que revelar mi identidad oficial, usted también se verá implicado. Su negocio quedará

señalado y tal vez pierda la licencia. ¿Está dispuesto a arriesgar cincuenta años de reputación familiar?

—¿Es… es una amenaza, señora? —dijo él, pálido, señalando la cámara—. Ya le he dicho que todo está grabado. No tengo nada que ver con ustedes.

—Con nosotros, no. Pero con otra persona, que es un criminal, sí.

Omid se estremeció, sorprendido por el matiz.

—¿Qué… qué quiere decir?

Natalie se inclinó hacia él por encima del mostrador sin apartar la mirada.

—¿Por qué cree que dos agentes de Interpol se hospedan en su hostal y no en otro? ¿Se cree que es por sus reseñas en Google o TripAdvisor?

Él abrió la boca, pero no le salió sonido alguno.

—Se lo diré yo —continuó ella, con una firmeza apenas quebrada por la angustia—. Shakaal se hospedó aquí el mes pasado durante dos semanas. Tenemos copia de las facturas, de los pagos, de los registros. Cuando emitimos la orden internacional de detención, miembros de su red vinieron a sacarlo antes de que la policía india pudiera atraparlo. —Lo señaló con el índice—. Y usted sabía quién era. Sabía lo que hacía. Y calló. Así que no me hable de civismo ni de obligaciones morales como ciudadano honrado.

Omid quedó petrificado. Todo el peso de la historia del hostal, el legado de su familia parsi, medio siglo de reputación construida con esfuerzo, pareció caer sobre sus hombros. Luego rodeó el mostrador, se dejó caer en una silla, que crujió bajo su peso, y hundió la cara entre las manos.

—Oh, Dios… —gimió con un hilo de voz—. Qué enredo, qué desastre. —Levantó la mirada hacia ella, desesperado—. ¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Qué quiere de mí?

Natalie tragó saliva y se obligó a mantenerse firme, aunque sentía que las piernas podían ceder en cualquier instante. La muerte de Bruno, su compañero y amigo durante cuatro años en las oficinas centrales de Interpol en Bruselas, la atravesaba como una herida aún abierta; la noticia de su asesinato había sido un golpe brutal, cuya magnitud apenas empezaba a asimilar. Sabía que pronto

tendría que informar a sus superiores, revivir cada detalle y justificar cada decisión que tomaron juntos, pero en ese momento solo podía concentrarse en no derrumbarse, en conservar la fuerza suficiente para que el dolor no la hundiera por completo.

—Solo hay una persona en Bombay capaz de sacarlo a usted de esta situación… y de ayudarme a encontrar a Shakaal Shan antes de que sea demasiado tarde, y destruir su red de narcotráfico.

—¿Y quién es ese hombre?

—Es una mujer —lo corrigió.

Omid la miró como si hubiera visto un fantasma.

—Yo… No sé a quién se puede referir… ¿Cómo… cómo se llama esa persona?

—Usted ya lo sabe —respondió ella—. Diga el nombre.

El silencio se volvió espeso.

Finalmente, Omid abrió los ojos como platos y murmuró:

—¿Hassena *madame*?

Natalie sostuvo su mirada, confirmando que él había dado con la única respuesta posible.

23

El apartamento de David Ribas no era más que una habitación estrecha y un baño diminuto, un espacio austero encajado en un bloque de edificios habitado casi por completo por inmigrantes tamiles y bengalíes que llegaban a Bombay buscando una oportunidad.

Las paredes, de un color indefinido entre el beige y el gris, mostraban manchas de humedad antiguas; el suelo, de baldosas desiguales, conservaba el polvo fino que entraba sin remedio desde el pasillo común.

Aun así, el pequeño apartamento tenía algo de refugio: un ventilador de techo girando con un zumbido grave y constante, una cama estrecha pero limpia, y una ventana corrediza que apenas cerraba bien.

Fue el ruido exterior lo que lo arrancó del sueño. Se incorporó bruscamente, respirando hondo, sin recordar de inmediato dónde estaba.

La ventana mal ajustada filtraba la habitual cacofonía de la calle: motores tosiendo, voces mezcladas en varios idiomas, el rumor metálico de los trenes pasando a lo lejos, el pregón de un vendedor ambulante que empezaba su jornada...

Durante un segundo, su mente flotó en una neblina de confusión, como si hubiera despertado de una larga caída sin final. Pero enseguida comprendió: alguien lo había llevado allí desde la clínica donde lo habían atendido.

La medicación le había hecho efecto; lo notaba en la ausencia total de dolor, en la ligereza casi artificial de su cuerpo, y la calma que lo invadía parecía prestada, como si no fuera completamente suya.

Giró la cabeza y vio, sobre una silla, vendas, suero fisiológico, bastoncillos hisopos, un bote de clorhexidina y un viejo teléfono móvil de los de usar y tirar, con teclado físico y carcasa arañada. A su lado, había una nota doblada.

Se sentó en el borde de la cama y cogió el papel. Estaba escrito con letra firme. Leyó:

«Llámame cuando te despiertes. H.»

La inicial era inconfundible: Hassena. Una punzada leve, no de dolor físico sino de inquietud, se abrió paso entre los efectos del sedante. Había sido gracias a ella que se mantenía con vida.

Se levantó y se dirigió al baño. De pie frente al lavabo rectangular, con el torso desnudo, repasó con los dedos las heridas. El cuello le molestaba, y en el costado tenía varios moratones y un corte a la altura del pecho, que no había necesitado puntos. Por suerte, no había ninguna costilla rota.

Sus manos recorrieron los músculos donde había recibido golpes; la agresión había sido brutal, sin piedad. Volvió a apoyarse en el lavabo y observó su reflejo en el espejo. Entornó los ojos, con una mezcla de cansancio y resignación. ¿Hasta cuándo tendría que vivir así?

Se desnudó y entró en la ducha. No había mampara ni cortina; el agua caía en un chorro firme del grifo y el suelo de mármol blanco, ligeramente elevado, mantenía el baño seco fuera del espacio delimitado.

El calor del agua le recorrió la espalda, relajando los músculos tensos y aliviando el dolor acumulado. Cuando terminó, se envolvió en la toalla. Entonces, cuidadosamente, limpió y vendó sus heridas.

Bajo el ventilador de techo se dejó caer sobre la cama. La habitación, de repente, pareció estrecharse a su alrededor, silenciosa y cargada a pesar del ruido proveniente del exterior. La ducha había calmado su cuerpo, pero su mente permanecía alerta. Se tumbó

boca arriba sobre el colchón, cerró los ojos y se sumió en un sueño profundo, necesario y reparador.

Una hora después estaba de pie, vestido y listo. Tomó el teléfono móvil y marcó el único número registrado en la agenda de contactos.

—Me alegra que te encuentres mejor, David —dijo una voz de mujer al otro lado de la línea, antes de que él pudiera responder—. Un auto te está esperando abajo. Nos vemos dentro de un rato.

24

El conductor de un *autorickshaw* esperaba junto a la acera. Nada más ver a David salir del edificio, le hizo una señal, levantando la mano en un gesto breve y casi urgente.

—Mi nombre es Mohanlal, señor —dijo él juntando las palmas de las manos a la altura del corazón en tono de respeto.

—Me alegro de conocerte, Mohanlal.

Que hubiera sido enviado por Hassena para servirle de conductor le garantizaba seguridad y confianza; en ello le iba la vida. Si ocurriera cualquier percance atribuido a una mala acción de Mohanlal, la jefa del crimen organizado no se lo perdonaría, y el castigo podría ser muy severo.

Salieron del suburbio y se adentraron en el laberinto de Bombay. La ciudad parecía un organismo vivo: bocinas, motores rugiendo, vendedores ambulantes sorteando coches y motos zigzagueando entre los peatones.

El *autorickshaw*, pequeño y ágil, se abría paso entre el tráfico denso con movimientos casi imposibles, atajando por callejones y esquivando calles estrechas que ningún coche podría tomar, y por donde el humo de los vehículos se mezclaba con el olor a comida callejera.

El trayecto fue rápido, considerando el caos, y tardaron apenas una hora y media; en coche habrían tardado el doble, atrapados en la marea interminable de taxis, autobuses y motocicletas que parecía

no tener fin. Cada curva, cada adelantamiento, era un recordatorio de lo imprevisible y caótico que podía ser la vida en la ciudad.

—Deberías tener mucho cuidado y, en vez de eso, sigues actuando como un imprudente —le reprochó Hassena nada más verlo aparecer delante de ella.

Sin levantar la voz, señaló la silla frente a su escritorio y continuó:

—Muy bien, tendré que hablarte como a los niños pequeños: haz las cosas despacio y con buena letra.

El despacho estaba fresco gracias al aire acondicionado, que zumbaba suavemente desde una esquina. Las gruesas cortinas permanecían corridas, no solo para bloquear la luz, sino para impedir cualquier visión desde el exterior. No era una precaución exagerada: años atrás, habían atentado contra la vida de Hassena, y desde entonces no dejaba nada al azar.

El suelo estaba cubierto por dos alfombras persas que amortiguaban el eco de los pasos, y la decoración era sobria: apenas unos cuadros abstractos y un jarrón metálico, donde emergían caléndulas de un naranja intenso y vibrante, casi incendiario, mezcladas con algunas de un amarillo profundo. Los pétalos, densos y rizados, formaban esferas perfectas que parecían pequeños soles encendidos. Su aroma terroso y ligeramente especiado impregnaba el aire, mezclándose con el olor a madera antigua del despacho.

Sin embargo, el contraste con la tecnología era evidente: lámparas de diseño moderno, dos ordenadores encendidos con sus pantallas vibrando en tonos azulados, varios portátiles apilados, un iPad sobre la mesa y un teléfono móvil de última generación que no dejaba de parpadear con notificaciones.

David se sentó y asintió con gesto culpable.

—Sí, tienes razón —admitió.

—¿En que debo tratarte como a un niño pequeño?

David hizo un mohín.

—En que lleve más cuidado —respondió.

Un empleado entró en silencio con una bandeja, colocó un vaso de agua a su lado y esperó a que David bebiera antes de retirarse.

Él echó un trago, devolvió el vaso a la bandeja y le dio las gracias. El hombre cerró la puerta con suavidad, dejando la estancia de nuevo en un silencio contenido.

—Mientras estabas convaleciente… —empezó Hassena.

—Estoy perfectamente —la interrumpió—. No fue nada.

Ella soltó una breve carcajada incrédula.

—¿Que no fue nada? Te dieron tal paliza que te encontraron inconsciente en el suelo. Tuve que traer a un especialista desde Calcuta. Le financié sus estudios de medicina en Londres. Él no lo dudó un instante y se trajo consigo a tres enfermeras de confianza. Les puse un avión privado para llegar cuanto antes a Bombay, y utilizamos una planta del hospital Fortis.

David sonrió.

—Gracias.

Hassena le devolvió la sonrisa, una de esas que reservaba para muy pocas personas. Entre ambos se había tejido, con los años, una relación difícil de definir: una mezcla de amistad profunda, afecto sincero y una especie de amor que se parecía más al de una madre vigilante hacia un hijo testarudo. Él acudía a ella en los peores momentos, y ella, aunque nunca lo admitiera en voz alta, se preocupaba por él más de lo que la prudencia aconsejaba.

Pero su vínculo no era unilateral. En numerosas ocasiones había sido David quien le había salvado la vida, quien había intervenido cuando todo parecía perdido. Cada una de esas veces había reforzado entre ellos una alianza silenciosa, construida no solo sobre la lealtad, sino sobre la certeza de que podían confiar plenamente el uno en el otro.

Para Hassena, David Ribas se había convertido con el tiempo en alguien valioso en muchos sentidos: una pieza clave en su lucha contra el crimen organizado, sí, pero también una presencia indispensable en su círculo más íntimo. Lo apreciaba, lo necesitaba y, aunque no lo dijera, le temía más al vacío de perderlo que a cualquiera de sus enemigos.

Y él, pese a sus impulsos temerarios, permanecía siempre a su lado, como si protegerla, y dejarse proteger, formaran parte de una misma promesa nunca pronunciada en voz alta.

—¿Quiénes fueron los que me salvaron? —preguntó David.

Hassena entrecruzó las manos sobre el escritorio y explicó con calma: días antes, Guru había detectado movimientos extraños cerca de la *Akhara*. Un vendedor local lo confirmó: gente que no era del barrio rondaba la zona, observando la entrada de la academia de lucha.

Al pensar que sus sospechas podían ser ciertas, Guru la había avisado. Desde entonces, Hassena había desplegado un pequeño grupo en la sombra para vigilar y proteger a David, compuesto por personas bien entrenadas, discretas y eficientes.

David bajó la mirada y suspiró. Otra vez, su vida había quedado en manos de esa mujer.

—Hago lo que puedo, pero no siempre podré estar protegiéndote la espalda —respondió ella con seriedad—. Lo sabes bien. El día en que yo no esté… ¿qué será de ti?

—De momento, concentrémonos en el presente —murmuró él.

Hassena lo observó durante unos segundos, como calibrando sus palabras.

—Vivimos en tiempos en los que la tecnología avanza demasiado rápido —dijo al fin—. Nos marca el ritmo, nos impone la manera de vivir. Todo cambia a una velocidad que asusta, David.

Él negó lentamente con la cabeza.

—No todo. La gente, no.

Ella esbozó una sonrisa cansada.

—De acuerdo. Puede que la gente no cambie tanto… pero los tiempos sí. Y a veces eso es igual de peligroso.

—Me estabas diciendo algo… —murmuró David.

—Sí —respondió Hassena, recuperando el tono grave de minutos antes—. Han encontrado el cadáver de un ciudadano francés flotando en el agua. Según me ha informado el inspector Randeep, la víctima llevaba en el estómago cápsulas de cocaína y heroína. Y posiblemente alguna sustancia sintética que aún no han podido identificar. Lo poco que han adelantado apunta a que podría ser experimental.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—La información que me ha llegado señala a un tal Shakaal Shan —continuó—. Lidera un grupo de narcotraficantes que opera en las afueras de Bombay. Están reclutando portadores de droga… mulas. Jóvenes, chicos y chicas. Han establecido un patrón: o bien turistas extranjeros, o bien muchachos de origen indio con pocos recursos. Para evitar levantar sospechas en las aduanas europeas, usa portadores de múltiples nacionalidades. Y cuando algo sale mal… los abandonan como basura. Sin remordimientos.

David frunció el ceño.

—¿Fentanilo?

—O alguna variante —respondió ella—. Esta gente siempre está buscando nuevas fórmulas para inundar las calles. Cuanto más adictiva y difícil de rastrear, mejor para ellos. No tienen límites, David. No los han tenido nunca.

Él comprendió entonces que al mencionar la nacionalidad de la víctima, Hassena sabía más.

—¿Quién era ese ciudadano francés?

Hassena respiró hondo antes de contestar.

—Su operación quedó al descubierto por culpa de varias muertes recientes. Mulas jóvenes que no sobrevivieron al viaje. Hace unos días falleció una turista americana en el aeropuerto de Madrid. Había volado desde Bombay. Una cápsula reventó dentro de ella y no llegó ni siquiera a salir de la terminal de salidas. El ciudadano francés era un agente de Interpol. Había venido junto a una compañera siguiendo la pista de Shakaal Shan y su red. Le debieron forzar a ingerir las cápsulas y golpearle hasta que reventaron en su estómago. Luego lo tiraron al mar.

David negó con la cabeza, con un gesto de frustración y pesar.

—Los agentes extranjeros creen que la India es un país tercermundista —dijo con amargura—, que pueden venir aquí, hacer preguntas y pasar desapercibidos. No entienden nada. Aquí se les detecta enseguida. Eso fue lo que le debió de pasar a ese agente francés.

—Exacto —asintió Hassena—. Merodeó donde no debía, preguntó a quienes no debía, y los hombres de Shakaal lo captaron al instante. Le tendieron una trampa y lo asesinaron sin miramientos.

David respiró hondo.

—¿Y la mujer que le acompañaba?

—Está en el hostal Ziba, en Parsi Colony. Ve con Mohanlal y su auto. El gerente, un parsi llamado Omid, vino a verme para pedirme ayuda.

—¿Sabes algo de mi moto?

—De camino, échale un vistazo en tu mecánico si quieres, pero no te entretengas. El gerente del hostal está dispuesto a colaborar contigo. Obsérvalo y júzgalo tú mismo, pero a mí me ha levantado sospechas de que sabe más de lo que dice. Ve allí. Y habla con la mujer de Interpol. Averigua todo lo que sepa sobre Shakaal Shan… y elimínalo.

Las palabras de Hassena cayeron sobre la habitación como una losa pesada, definitiva, que no admitía réplica. La amenaza que representaba Shakaal no era solo un negocio criminal: era, además, una línea roja que alguien, tarde o temprano, debía cruzar. Y ese alguien, una vez más, era David Ribas.

25

Le indicó al conductor del *autorickshaw* que se detuviera en el taller mecánico donde habían llevado su Royal Enfield tras el suceso.

El lugar olía a aceite quemado y metal caliente; herramientas y piezas de motos se apilaban en estanterías improvisadas. El mecánico, con las manos negras de grasa, negó con la cabeza antes siquiera de que David preguntara.

—Por el tiempo que llevaría repararla y el dinero que tendrías que gastar —dijo con un suspiro resignado—, te aconsejo comprarte una moto nueva.

Hizo una pausa, casi buscando las palabras.

—Sé que suena duro, pero… quizá pueda sacar algo vendiéndola como chatarra. Para eso ha quedado. Lo siento, amigo.

David asintió en silencio. No era solo una moto, era un compañero de viaje. Pero ahora, como tantas otras cosas en su vida, pertenecía al pasado. Era la quinta Royal Enfield que tenía desde que llegó a la India. Todas habían tenido un final parecido.

De camino al hostal Ziba, pidió a Mohanlal que hiciera una parada en el extremo del rompeolas.

Ese mismo lugar donde habían encontrado el cuerpo de Bruno estaba ahora abarrotado de turistas haciéndose fotografías y paseando sin prisa, y otros en grupos esperando el ferri que los llevaría a la isla Elefanta, ajenos por completo a lo que había ocurrido allí. La vida continuaba, indiferente.

Una bandada de gaviotas sobrevolaba la zona en amplios círculos, planeando con movimientos perezosos. Sus cabezas se movían de un lado a otro, escudriñando el paseo marítimo en busca de algo comestible.

La brisa del mar arrastraba un aire fresco y salado que parecía limpiar por un instante el peso contaminante de la ciudad. David observó las aves, fascinado por su calma y su precisión. Envidiaba esa capacidad de mantenerse en equilibrio aun en medio del caos, esa perseverancia silenciosa que a él tanto le costaba sostener.

Después cruzó la carretera y entró en una pequeña cafetería a pie de calle. Pidió un té *masala*; necesitaba la mezcla de especias y la teína para despejarse. La televisión colgada en la pared dominaba el ambiente con un volumen excesivo.

El hallazgo del cuerpo del extranjero se había convertido en carnaza para los medios: imágenes borrosas captadas por teléfonos móviles de la gente local que presenció el hallazgo y cómo sacaron el cuerpo del agua, teorías sin fundamento y titulares sensacionalistas.

—Al principio parecía un caso rutinario —decía el periodista—, pero el misterio en torno al brutal asesinato de un turista extranjero sigue sin resolverse. No solo la policía local de Bombay, sino también los agentes más experimentados, parecen incapaces de dar con una pista sólida…

La emisión continuaba, cada vez más exagerada.

—El equipo que dirige la investigación se muestra especialmente reservado. Ahí está nuestra corresponsal en directo.

La imagen cambió y mostró a la reportera abordando al inspector Randeep, que salía de la comisaría y se subía a un *jeep*.

—Estamos siguiendo varias líneas de investigación. Todo apunta a un accidente —mintió el inspector con una naturalidad que hizo que David esbozara una sonrisa amarga.

En realidad, había corrido a pedir ayuda a Hassena porque se sentía completamente impotente, incapaz de avanzar en el caso. Además, quería evitar que el asunto de las drogas saliera a la luz y acabara acarreándole un severo castigo de sus superiores,

presionados por los políticos, temerosos de cualquier daño a la imagen de la ciudad.

—La víctima probablemente estaba ebria… —continuó el inspector—. Esta investigación es especialmente delicada, sobre todo tratándose de un ciudadano extranjero y…

Su voz se perdió entre el estruendo de un camión que pasó frente al local, chirriando los frenos, seguido por una serie de bocinazos que se mezclaron con el caos habitual del tráfico.

David apuró el té, dejó unas monedas sobre la mesa y salió. Al otro lado de la calzada, Mohanlal lo esperaba con el *autorickshaw* al ralentí como si también tuviera prisa por continuar el camino.

Ya era mediodía, y Bombay, enorme y ruidosa, parecía querer recordarles que no había tiempo que perder.

26

Omid Irani estaba leyendo el periódico apoyado sobre el mostrador cuando un ruido procedente de la habitación trasera, su pequeña oficina, llamó su atención.

Aquella estancia daba a un patio interior del hostal, un espacio que Omid cuidaba con esmero y donde alineaba, en coloridos maceteros de cerámica pintada a mano, una colección de plantas que eran casi su orgullo: helechos exuberantes que colgaban como cortinas verdes, potos que trepaban en espirales hacia arriba, una monstera enorme cuyas hojas agujereadas parecían abanicos tropicales, varias sansevierias que crecían erguidas como lanzas, y un par de ficus benjamina que daban al lugar cierto aire de invernadero doméstico.

Aquel patio tenía una puerta con acceso directo al exterior, que conducía a la lavandería y era usada por los proveedores que traían suministros para la cocina del hostal. Por eso, Omid solía mantener un oído atento, pendiente de cualquier entrada inesperada. Pero en aquel momento algo lo inquietó: las empleadas de la limpieza ya habían terminado su turno y se habían marchado hace rato, y no esperaba a ningún proveedor.

El ruido volvió a sonar.

«¿Eran… pasos?», pensó con un nudo en el estómago.

Abrió el armario de la recepción y sacó un bate de críquet que guardaba como arma de seguridad. Avanzó hacia su oficina, sintiendo cómo el nerviosismo le tensaba la mandíbula. Temió

encontrarse con un intruso; no sería la primera vez que algún oportunista intentaba colarse para robar cajas o alimentos.

Al entrar, dio un respingo: la silueta de una persona se dibujó frente a él. Estuvo a punto de gritar, pero enseguida exhaló un suspiro brusco al darse cuenta de que era su propio reflejo en el cristal de la ventana que daba al patio.

«Me estoy volviendo paranoico», se dijo, intentando calmarse.

Aun así, decidió asegurarse. Salió al patio y se dirigió a la puerta exterior. Se sobresaltó al ver que estaba cerrada, pero sin pestillo. Frunció el ceño. De inmediato pensó en Dipti, la jefa de la limpieza.

«Mañana tendré que llamarle la atención. No puede ser tan descuidada», murmuró.

Pero antes de que pudiera seguir reprochándoselo en su cabeza, el mismo ruido volvió a escucharse. Esta vez, más claro.

Se giró de golpe. La luz de su oficina estaba encendida. Y eso lo perturbó aún más: hacía apenas unos segundos que había estado dentro, y juraría que no había tocado el interruptor.

«¿O sí?», dudó, sintiendo que un escalofrío le recorría la espalda.

Barrió el patio con la mirada. Nadie. Nadie detrás de los ficus, ni entre los helechos, ni entre las hojas anchas de la monstera.

Para tranquilizarse y demostrar que no tenía miedo, dejó el bate de madera a un lado, tomó la manguera que colgaba de la pared y comenzó a regar las macetas, tarareando la melodía pegadiza de una famosa película de Bollywood.

Cuando terminó, se restregó los pies en el grueso felpudo de coco y entró de nuevo en su oficina para ir a la recepción y continuar con la lectura del periódico por donde lo había dejado.

Y entonces sí la vio.

Había una persona.

Esta vez, no era su reflejo.

—No he dicho nada —dijo con un sobresalto al reconocer a la persona que tenía enfrente—. Se lo juro… puede confiar en mí.

Una navaja se alzó en el aire y su hoja descendió con precisión sobre el cuerpo orondo del parsi, atravesó las costillas y le alcanzó el corazón.

27

Natalie oyó un ruido al otro lado de la puerta. Un golpe seco, apenas un roce, pero suficiente para erizarle la piel.

Omid le había asegurado que había hablado con la temida jefa del crimen organizado, Hassena, y que ella iba a enviar a alguien para ayudarla. Pero la palabra ayuda no terminaba de tranquilizarla. No cuando, si realmente habían asesinado a Bruno, eso significaba que también sabían que ella estaba en Bombay y que era igual que su compañero, agente de Interpol.

Contuvo el aliento, inmóvil, con el corazón palpitándole en la garganta. Desde que bajó a la recepción a pagar la estancia, no se había atrevido a volver a salir de su habitación.

Cada sombra bajo la puerta, cada vibración en el pasillo se sentía como una amenaza directa. Como si alguien la estuviera observando, calculando el momento exacto para empujar la puerta y entrar.

Se acercó despacio, con pasos tensos y medidos.

Esperó unos segundos, intentando escuchar más allá del silencio.

Entonces, otra vez: pasos. Una presencia real, inequívoca, justo al otro lado.

Natalie contuvo la respiración.

—Omid… —susurró con voz trémula—. ¿Es usted?

Silencio.

Y luego: Toc. Toc. Toc.

El sonido recorrió la madera como un escalofrío. Natalie retrocedió un paso, con las piernas tensas, preparadas para huir. Giró la cabeza hacia el cuarto de baño al oír un nuevo chasquido. Un instante después lo reconoció: era el grifo de la ducha, que volvía a gotear. Soltó el aire de sus pulmones de golpe, casi mareada por el alivio repentino.

—Qué tonta soy —se dijo en voz alta—. Me estoy volviendo neurótica.

Pero ese respiro duró apenas un segundo.

El timbre irrumpió con violencia en la habitación, cortando el silencio como un cuchillo. Natalie sintió cómo un sudor frío le resbalaba por la espalda. Alguien estaba allí.

—¿Omid? —preguntó en voz alta, con la voz apenas firme.

No obtuvo respuesta.

Natalie se quedó inmóvil. Sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. El miedo podía con ella.

Ante el peligro físico no tenía forma real de defenderse: las técnicas de artes marciales que había aprendido para las pruebas de selección en Interpol eran apenas lo básico, lo suficiente para no quedar rezagada, pero lejos de convertirla en una experta luchadora.

Ella no era una agente de campo; nunca lo había sido. Su trabajo siempre había sido administrativo, de apoyo, y ahora estaba sola, sin Bruno, que era un operativo entrenado. Y eso la hacía sentirse más vulnerable que nunca.

Mientras retrocedía, Natalie negó con la cabeza una y otra vez, como si quisiera sacudirse el terror de encima, pero lo único que conseguía era sentirlo más cerca, más real. Se llevó una mano a la frente, sudorosa.

—¿Qué hago?… Dios mío… —murmuró, con la voz quebrada por el pánico.

De pronto, un pensamiento la atravesó como un relámpago: no había puesto la cadena.

El corazón le dio un vuelco. Sin pensarlo, avanzó a trompicones hacia la puerta y, con las manos temblorosas, intentó enganchar la cadena al pestillo. Apenas pudo hacerlo; los dedos no le obedecían,

como si fueran de otro. Lo consiguió y rápidamente se volvió hacia el interior de la habitación.

En ese instante, desde el exterior, alguien pasó una tarjeta por el lector electrónico de la puerta. El pitido del mecanismo le heló la sangre. El picaporte se movió con decisión.

La puerta intentó abrirse. Pero la cadena se tensó con un golpe seco.

Natalie soltó un grito desgarrador, un chillido que le rasgó la garganta. Era un sonido de puro terror, animal, primitivo.

Quienquiera que estuviera ahí fuera no se detuvo: empujó la puerta con fuerza, una vez, dos, tres… hasta que la cadena cedió con un chasquido metálico que retumbó en la habitación como una sentencia.

El pánico la dominó por completo. Corrió hacia la mesita y agarró el teléfono fijo, pero las manos le temblaban tanto que el receptor se le cayó. Vio su móvil sobre la cama y, al cogerlo, se le resbaló también y cayó al suelo golpeando la alfombra. Maldijo ahogadamente.

Se agachó para recogerlo, casi sin aire.

Fue entonces cuando lo vio.

Unas piernas.

A un par de metros de ella había un hombre.

El mundo pareció contraerse.

Natalie levantó la mirada muy despacio, como si temiera que el simple acto de hacerlo pudiera desencadenar su muerte. Lo reconoció.

Intentó pronunciar una palabra, cualquier cosa, pero su voz se quebró antes incluso de salir de su garganta. Sus ojos, abiertos de par en par, reflejaban un horror absoluto: pupilas dilatadas, respiración entrecortada, un temblor constante en sus labios que no podía controlar.

El hombre dio un paso hacia delante. Luego otro.

La luz de la habitación proyectó su sombra sobre ella, oscura, amenazante, como si la engullera.

Natalie negó con la cabeza, horrorizada, con un gesto pequeño, desesperado, cargado de impotencia.

Agachada en el suelo, parecía una presa acorralada, sin escapatoria, consciente de que el terror al fin había entrado en su vida. Y no pensaba detenerse.

28

David le indicó a Mohanlal que aparcara el *autorickshaw* en la acera de enfrente.

—Estate atento por si alguien entra o sale, ¿de acuerdo?

El conductor asintió con ese gesto ambiguo, tan propio de los indios, que significaba un «sí», sin necesidad de palabras.

David cruzó la calle.

Parsi Colony se abría ante él como un pequeño oasis ajeno al caos habitual de Bombay. Las bocinas, el enjambre de motocicletas y el bullicio de peatones quedaban lejos; allí, el aire era sorprendentemente fresco, filtrado por la sombra espesa de árboles centenarios que extendían sus ramas por encima de las fachadas.

Sin embargo, el ambiente no estaba en calma: un coro áspero de cuervos sobrevolaba los aleros, graznando con un estruendo que parecía presagiar algo oscuro.

El hostal Ziba se alzaba en medio de aquella quietud. Era un edificio de cinco plantas, estrecho y algo desvaído, como si el tiempo hubiera pasado demasiado deprisa para él. La arquitectura de estilo victoriano combinaba lo funcional con el descuido: ventanas muy amplias sin mosquiteras, muros exteriores desgastados y desconchados, un estilo común en ciertas zonas de la ciudad pero que allí se veía particularmente mustio.

David subió los escalones grises, cubiertos de manchas de humedad y musgo, y empujó la puerta del vestíbulo.

La quietud dentro era casi antinatural. No sonaba ninguna radio, ningún televisor lejano; tampoco se escuchaban voces ni llamadas de teléfono.

Permaneció unos segundos inmóvil, como si la ausencia de sonido fuera en sí misma un aviso.

Se inclinó sobre el mostrador de recepción. Nadie. Detrás, vio que una puerta entreabierta conducía a una pequeña oficina.

—Hola —dijo, elevando la voz.

Silencio.

Fue entonces cuando notó la cámara en la esquina del techo, vigilante. Decidió no perder más tiempo: iría directamente a la habitación de la agente de Interpol; luego, buscaría al gerente del hostal y hablaría con él.

Al alcanzar la tercera planta, vio la puerta abierta de la habitación número 15 desde el pasillo. Algo dentro de él se contrajo. Corrió.

Al entrar la escena lo golpeó de lleno. El cuerpo de Natalie yacía en el suelo, inmóvil. David se arrodilló sin tocar nada. El corte profundo en el cuello era limpio y brutal; pero lo que lo heló fue el abdomen abierto. Le vino a la mente una imagen atroz: el asesino quizá había empezado por allí, dejándola agonizar antes de degollarla.

Respiró hondo, se obligó a levantarse y salió corriendo. Estaba convencido de que el asesino estaba cerca.

En el pasillo se fijó en que la puerta del fondo para uso exclusivo del personal del servicio estaba abierta. Quienquiera que fuera el asesino habría usado aquella entrada y salida para no encontrarse con ningún huésped.

Bajó las escaleras. Al acercarse al vestíbulo, redujo la velocidad: había alguien en la recepción, arrancando cables de un aparato conectado a un ordenador de sobremesa. Era la unidad donde se almacenaban las grabaciones de las cámaras del edificio.

David avanzó en silencio, pero antes de rodear el mostrador vio a la persona de espaldas, huyendo por el patio hacia una puerta trasera. Se lanzó tras él. Al atravesar la oficina, tuvo que saltar sobre el cuerpo de Omid, tendido en el suelo. Accedió al patio y vio la puerta del fondo abierta.

Al salir al exterior, se desorientó unos segundos. No lo veía por ninguna parte. Se subió al capó de un coche para ganar altura. Desde lejos, Mohanlal le hacía señas junto a su *autorickshaw*, apuntando hacia el hombre que caminaba con prisa calle abajo.

David inició la persecución.

El sospechoso caminaba rápido por la acera. Arrojó un disco duro y los cables a un contenedor del que salía humo desde el interior y, sin detenerse, subió a una moto Honda estacionada, la arrancó de un tirón y desapareció calle abajo.

David miró hacia atrás. A lo lejos Mohanlal seguía de pie frente al hostal, cumpliendo al pie de la letra las órdenes que le había dado: vigilar quién entraba y quién salía. No podía perder tiempo corriendo hacia él para pedirle que lo recogiera. Tenía que improvisar.

Vio a un hombre aparcando un scooter frente a una tienda. No dudó. Corrió hacia la moto justo cuando su dueño entraba en el comercio. De un salto, David la arrancó; la rueda patinó, le hizo invadir el carril contrario durante un instante, pero recuperó el control. Aceleró con fuerza y salió disparado por la carretera, decidido a no perder al asesino.

29

Shakaal Shan sabía que en la sociedad había varias maneras de alcanzar el poder. Una, la más celebrada, consistía en trabajar durante años, al menos ocho horas al día, como engranaje obediente de una empresa privada o como funcionario del Estado. Y con suficiente ambición, decían, cualquiera podía ascender tras el transcurso de los años.

Pero Shakaal no era tan ingenuo: veía cómo la mayoría se conformaba con una vida dócil, casi ovejuna, incapaz de arriesgar nada para conseguir objetivos, metas en la vida, ser alguien extraordinario. Los emprendedores auténticos escaseaban; la valentía se había convertido en un recuerdo antiguo. Por este motivo desechaba esta opción.

Y la otra vía para escalar, la primordial, según él, era pagar. Sobornar a quien hiciera falta para abrirse paso. Y Shakaal había elegido esta segunda ruta sin dudarlo.

Había amasado una fortuna desde que se inició en el tráfico de drogas, un capital tan grande que no pensaba permitir que nadie se interpusiera entre él y sus ambiciones.

Durante meses había reclutado a jóvenes ingenuas para hacer de mulas desde el Aeropuerto Internacional Sardar Vallabhbhai Patel, de la ciudad de Ahmedabad en el estado de Guyarat, al Reino Unido en vuelos de Air India. Luego decidió arriesgarse y usar el aeropuerto internacional de Bombay para sus operaciones, ya que,

aunque más vigilado y con más movimiento, ofrecía más enlaces a ciudades europeas.

La mayoría aceptaba por desesperación o por ignorancia, y él lo sabía. De todas ellas, solo había repetido con la española, Carlota. Desde Madrid le habían hablado bien de ella: discreta, resistente y, lo más importante, no hablaba con nadie sobre ello. Era una persona que sabía mantener la boca cerrada.

Sin embargo, la muerte de la americana que Carlota había recomendado cayó sobre la operación como un hachazo. Shakaal, furioso, tuvo que informar a sus contactos en España de que cerraran toda comunicación entre ellos hasta nuevo aviso.

Finalmente, tras hacerse con las cápsulas que transportaba Carlota, se deshicieron de ella. Su cuerpo, acuchillado, apareció en una calle de un barrio conflictivo de la periferia de Madrid. La policía, que la buscaba desde el incidente en la terminal del aeropuerto, confirmó que había sido víctima de la red de crimen organizado que imperaba en la ciudad. Sin embargo, la investigación no logró esclarecer más detalles y, entre la falta de pruebas y la inoperancia, el caso se cerró poco después.

La muerte de Liz en el aeropuerto de Madrid no era un caso aislado: se sumaba a otras dos mulas que habían fallecido recientemente, una en Londres y otra en Milán. En todos los casos, una cápsula se había roto a mitad del vuelo, convirtiendo el interior del cuerpo en una bomba química letal.

Desmantelaron por completo las operaciones internacionales. No tenían otra opción, especialmente después de que se filtrara que Interpol había puesto a Shakaal en el centro de una investigación transnacional. Aquello no había sido fruto de una investigación brillante, sino de un descuido imperdonable por parte de él.

Durante meses, Shakaal había realizado tres viajes discretos, o eso creía, a Suiza, con el propósito de abrir cuentas bancarias en distintos bancos, cada una en una ciudad diferente, convencido de que la dispersión sería suficiente para despistar a cualquiera.

Pero el movimiento llamó más la atención de la que pretendía. Los oficiales de control financiero notaron los patrones, reportaron

las operaciones sospechosas y, desde ese momento, los engranajes de la maquinaria internacional comenzaron a girar.

El error fatal, sin embargo, ocurrió en Bruselas. Allí, Shakaal se reunió en un hotel discreto con un conocido distribuidor de drogas, un hombre cuya cara estaba fichada en medio mundo. No importó cuán reservada fuera la conversación: las cámaras del hotel, los informes de inteligencia y la vigilancia rutinaria terminaron encajando las piezas que faltaban. A partir de esa reunión, Interpol no solo lo observaba; lo perseguía.

Desde entonces, los agentes le siguieron el rastro hasta que finalmente lograron situarlo en Bombay. Cada paso que daba era analizado, cada movimiento financiero revisado al detalle.

Para cuando Shakaal lo comprendió, ya estaba atrapado en una red que él mismo había ayudado a tejer, por descuido.

Su única salida era eliminar a los dos agentes que le habían localizado. El gerente del hostal Ziba le había informado de ellos. Y desde entonces los había estado vigilando hasta que logró asesinarlos.

Ahora creía que sus problemas habían terminado. Además, había eliminado también al único testigo que estaba con vida, Omid, el gerente parsi del hostal.

Shakaal y su cómplice, al que todos conocían simplemente como «el Profesor», llevaban semanas realizando ensayos con personas secuestradas. No se trataba de un capricho sádico, al menos no para Shakaal: era necesario para desarrollar un método más eficaz y seguro de transportar droga dentro del organismo humano: evitar que estallaran las cápsulas dentro del estómago de las mulas.

Cada fracaso significaba pérdidas millonarias; cada cuerpo que no resistía era un recordatorio de que su negocio aún tenía grietas.

Pero Shakaal no estaba dispuesto a tolerar grietas. Ni errores. Ni muertos que no hubiera ordenado él mismo.

Y, sin embargo, aún no sabía que alguien lo venía siguiendo por la carretera desde el mismo instante en que huyó del hostal Ziba en Parsi Colony

30

Shakaal llegó en moto a una zona costera a las afueras de Bombay. Cuando apagó el motor, una punzada de inquietud le atravesó el pecho: alguien lo estaba siguiendo. Lo supo de inmediato, con esa intuición afilada que solo nace de años de vivir al filo del peligro. Aun así, el descubrimiento lo sobresaltó; no esperaba que nadie hubiera conseguido rastrearlo, y mucho menos espiarlo tan de cerca. ¿Quién era?

«¿Será la persona de la que me hablaron, el que trabaja para la temida Hassena?», pensó. A esas alturas, solo alguien con verdadera experiencia habría conseguido dar con él.

Poco después, David apareció. Dejó su moto oculta a cierta distancia, entre la vegetación densa que bordeaba la playa, y avanzó a pie, con rapidez y precisión.

La playa estaba completamente desierta, salvo por el rumor constante del mar y el murmullo áspero de la vegetación que rodeaba las dunas. Helechos, juncos y raíces retorcidas se mezclaban con la arena húmeda, creando un laberinto natural donde la brisa traía olor a sal y a hojas machacadas.

David caminó atento, en alerta, mirando alrededor, intentando averiguar dónde se había metido aquella persona.

El viento soplaba desde el mar con un silbido constante, arrastrando arena húmeda que se pegaba a la piel. Solo el ruido de las olas rompía el silencio mientras el cielo encapotado teñía el paisaje de un gris metálico.

De entre los matorrales apareció Shakaal, avanzando con paso seguro, levantando una nube fina de arena.

—Hasta aquí llegaste —dijo con una sonrisa torcida.

—¿Shakaal?

Él asintió despacio, sin dejar de observarlo.

—Y, si no me equivoco, tú trabajas para Hassena.

Metió la mano en el bolsillo con calculada lentitud y extrajo una navaja.

—No estoy armado —dijo David con sus manos extendidas y vacías, adoptando una postura firme.

Los ojos de Shakaal se oscurecieron.

—¿Y?

David le miraba fijamente a los ojos.

—Que estoy en desventaja.

—¿Me tomas por imbécil? De eso se trata.

En ese instante David le propinó una patada tan repentina y violenta que Shakaal cayó hacia atrás. Pero rápidamente se puso a gatas y se incorporó.

—Ahora te vas a enterar.

David retrocedió un paso, sintiendo la navaja cortar el aire a centímetros de su piel. El suelo irregular de raíces le obligó a mantener un equilibrio precario, pero aun así esquivó un segundo ataque y atrapó la muñeca del agresor, doblándola con fuerza, intentando desarmarlo. Pero enseguida Shakaal se giró y se liberó.

En ese instante David dio un paso atrás y levantó las manos. Shakaal buscó la oportunidad y la aprovechó: se abalanzó con la navaja por delante; la hoja rozó el costado de David, que se echó hacia un lado con rapidez a la vez que le propinaba un golpe en la mano que hizo que el arma cayera a la arena. Inmediatamente David le asestó una patada, acabando perdida el arma entre unos matojos.

—Ya estamos en igualdad de condiciones —dijo David.

Los dos hombres se miraron fijamente, tensos, respirando con fuerza. No había testigos, ni dónde huir ni esconderse, ni nada que los distrajera: solo ellos, la arena y el mar.

Shakaal se anticipó, bajó la cabeza e hizo amago de golpearle las costillas con el puño derecho, pero David se apartó y le asestó un golpe brutal en pleno rostro, lo que le hizo derrumbarse.

—Vamos —le apremió David.

A Shakaal le chorreaba la sangre por la cara.

—Maldito seas —replicó Shakaal. Su rabia se había desbordado. Cogió una piedra del suelo y se la lanzó.

David tuvo tiempo de esquivarla.

Entonces Shakaal vio la navaja en el suelo, retrocedió unos pasos, se tiró sobre los matojos y la cogió.

—Las normas del juego han cambiado —espetó.

—Tienes razón —afirmó David—. Por eso va siendo hora de ponerse serio.

La adrenalina que le inundaba las venas le imprimió un nuevo vigor. Cuando Shakaal le lanzó una estocada directa a las costillas, él se giró, hundiendo los pies en la arena blanda, y le propinó un acertado golpe en la barbilla y, enseguida, una serie de golpes: derecha, izquierda, derecha, derecha otra vez, finta y codazo en la nariz tan violento que salió despedido hacia atrás, desplomándose en el suelo.

David se acercó a él; las gotas de sudor se mezclaban con el salitre; el olor a mar envolvía cada respiración. Cogió la navaja y la arrojó lo más lejos posible, cayendo al mar. Luego agarró a Shakaal del cuello de la camisa y lo arrastró por la arena. Él intentaba desasirse, pero David le golpeaba en la nariz rota con la otra mano.

Al llegar a la orilla, le hundió la cara en la arena mojada.

—¿Quién te proporciona la droga?

Shakaal iba a hablar, pero David, lleno de rabia, volvió a hundirle la cara en la arena. Una ola rompió y el agua le cubrió hasta el cuello.

David lo alzó. Shakaal boqueaba; quería decir algo, pero no lograba. Hizo amago de señalar a lo lejos. David miró por encima de su hombro. Más allá se podía ver una edificación; parecía una casa abandonada rodeada de vegetación silvestre.

—¿Qué hay allí? ¿Vuestro centro de operaciones? ¿Hay alguien ahí dentro?

Shakaal trataba de decir algo, pero necesitaba aire. Asintió, pero negó enseguida. David le hundió de nuevo la cabeza con fuerza en la arena. Quizá con demasiada fuerza.

—Habla —gritó.

Cuando volvió a levantarlo, el cuerpo ya estaba sin vida.

Lo dejó tendido en la orilla, donde las olas lo empujaban y lo retiraban con una calma cruel, como si el mar jugara con un peso muerto.

Luego cruzó la playa en dirección a aquella casa escondida.

31

El lugar, más un cobertizo que una casa, estaba construido justo al borde de un barranco frente al mar.

David se agachó y, tras observar que no había movimiento, sin hacer ruido, avanzó con rapidez.

La brisa salada, cargada del olor denso del mar, le rozó el rostro mientras el rumor constante de las olas subía desde el acantilado.

A su alrededor, la vegetación era exuberante: arbustos espesos, palmeras inclinadas por el viento y lianas que colgaban como si quisieran alcanzar la costa. Entre las ramas se oían graznidos de cuervos y, más lejos, el aleteo de aves marinas que sobrevolaban la línea de agua en busca de alimento.

David volvió a detenerse y a observar. La construcción lo asombró: no había ventanas. Intentó localizar alguna cámara de vigilancia.

Mientras la ciudad rugía a lo lejos con su tráfico incesante y su marea humana interminable, allí solo reinaba un silencio denso, casi sospechoso. Oculto, el lugar quedaba fuera de miradas indiscretas, como si existiera al margen del mundo. Precisamente por ese aislamiento absoluto resultaba perfecto como centro de actividades criminales.

El edificio se alzaba como una construcción sobria y funcional, hecha para pasar desapercibida. Su estructura era rectangular, con muros de chapa ondulada envejecida por la humedad y el salitre, y un tejado a dos aguas de metal mate, corroído en los bordes. Las

paredes mostraban remiendos improvisados: placas de metal sujetas con tornillos desiguales, restos de pintura que delataban capas anteriores y zonas donde la corrosión había dejado manchas anaranjadas.

La puerta principal era una compuerta corredera de acero grueso, rayada y abollada como si hubiera sido forzada o reparada en más de una ocasión. En un lateral, había una entrada secundaria de madera más discreta, oculta entre vegetación y un pequeño cobertizo anexo, construido con materiales que no coincidían con la estructura original.

El suelo exterior era de grava compactada, casi sin huellas de tráfico reciente, aunque sí se apreciaban parches de tierra removida y restos de neumáticos más profundos de lo habitual. «Quizá furgonetas con personas dentro», pensó David.

Alzó la mirada más allá. A cierta distancia vio un generador eléctrico apagado porque no emitía el característico zumbido constante. Y había cables gruesos, mal enterrados, que se perdían bajo el muro de aquella extraña construcción.

Entonces las vio: varias cámaras de vigilancia distribuidas en ángulos estratégicos del edificio. A primera vista parecían modernas, con carcasas negras y domos relucientes, pero los soportes oxidados y el cableado expuesto delataban falta de mantenimiento.

Además, eran descomunales, como si su único propósito fuera llamar la atención y disuadir a cualquiera que se acercara a las inmediaciones de la propiedad.

David entrecerró los ojos y observó con atención. Ninguna tenía luces indicadoras encendidas, pero eso no garantizaba que no estuvieran grabando. Siguió el recorrido de uno de los cables hasta una caja de conexiones abierta y vacía. Sonrió apenas. No funcionaban. Eran poco más que carcasa y fachada, un intento torpe de disuasión.

Sintió cómo la tensión en sus hombros se aflojaba. Si las cámaras estaban muertas, el edificio también lo estaba en lo que a vigilancia se refería. Ahora sabía que podía entrar sin que nadie lo estuviera observando desde alguna pantalla en algún lugar.

Se aproximó a la entrada secundaria. Se detuvo con la espalda pegada a la pared. Palpó con cuidado la madera: la puerta podría estar cerrada con llave o con pestillo. Contó hasta tres, abrió de golpe con una fuerte patada y entró.

Había utensilios de orfebrería y carpintería. En un rincón se apilaban tablones de madera y, en el centro, una mesa marcada por quemaduras de soldadura y surcos de lima cubierta de herramientas de todos los tamaños: martillos de cabeza plana y redonda, pinzas delicadas, cinceles diminutos y limas de distintas texturas.

Excepto por el sonido lejano y apagado del mar, reinaba un silencio absoluto. Avanzó hacia el interior, sintiendo cómo la frustración y la rabia volvían a encenderse ante la posibilidad de que aquel no fuera el lugar que buscaba: no había nada que indicara que se hubiera utilizado para actividades de tráfico de drogas.

De repente, reparó en varios objetos de plástico en el suelo. Se agachó: eran capuchones de agujas. Inspeccionó de nuevo el cobertizo.

«Tiene que haber un escondite. Algún lugar secreto», pensó. «¿Pero dónde?».

Fue entonces cuando vio un azulejo sin junta. Al acercarse, notó que, en un radio de dos metros, formando un gran cuadrado, ninguno de aquellos azulejos estaba unido con cemento. Al inclinarse y examinar más de cerca, comprendió que debían estar fijados a una plancha que daba acceso a un compartimento oculto.

Pasó las manos por la superficie intentando encontrar una manilla, pero no halló nada. De pie otra vez, comenzó a arrastrar la punta del zapato por las baldosas en busca de algo que sobresaliera. Al mover la esquina de un azulejo, este se levantó levemente. David se agachó: debajo había una anilla de hierro. La agarró y tiró hacia arriba. La trampilla, camuflada entre las baldosas, se abrió.

Asomó la cabeza: todo era oscuridad. No podía distinguir si había una escalera. Tenía que haber un interruptor en algún sitio. Miró por encima del hombro y, en el lateral del fondo, identificó algo: un cuadro eléctrico.

Dejó caer la trampilla y se acercó a la pared. Al abrir la tapa, vio varios interruptores bajados. Los subió todos a la vez. El interior del

cobertizo se iluminó.

En ese momento oyó un ruido procedente de abajo. Corrió de nuevo hacia la trampilla y la levantó. Esta vez, la luz reveló una escalera que descendía hacia lo que sería un sótano.

Contuvo el aliento y afinó el oído. Los peldaños crujían bajo su peso mientras bajaba muy despacio, en alerta ante cualquier peligro. La temperatura era sorprendentemente fresca, lo que indicaba que el aire acondicionado había estado funcionando hasta hacía muy poco.

Al llegar abajo, descubrió que el escondrijo era mucho más grande de lo que había imaginado: estanterías repletas de artículos médicos se alineaban contra las paredes.

Entonces escuchó un sollozo. Levantó la vista. La penumbra ocultaba el fondo de la sala. Avanzó con sigilo y pronto distinguió un rostro: una joven de piel morena. Buscó el interruptor por las paredes. Allí estaba. Subió todos los interruptores y la sala se iluminó por completo.

La chica yacía sobre una cama. Estaba pálida, inmóvil, con los ojos cerrados. Pero viva. Al acercarse David a ella, dio un respingo: en un lado del suelo había el cuerpo de un hombre; tenía la boca tapada con gruesa cinta aislante y estaba encadenado a la pared. El cabello negro lo tenía adherido a la cara y, por la posición en la que se encontraba parecía estar muerto.

David supo que tenía que pedir ayuda médica de inmediato para aquella mujer. Sacó el móvil del bolsillo y marcó, pero no había cobertura.

32

David subió corriendo por donde había entrado y salió al exterior. Llamó a Hassena, le informó de la ubicación y de la necesidad urgente de una ambulancia.

Entonces, volvió abajo. La joven tosió con un sonido débil y quebrado. David vio cómo su cuerpo se estremecía bajo la fina sábana. Los hematomas que asomaban por encima del borde eran de un violeta profundo. También se fijó en la vía que tenía clavada en el brazo, con la piel alrededor enrojecida por la presión.

—Estás a salvo —le aseguró David, procurando que su voz fuera tan firme como calmada.

—No me mientes… ¿verdad? —preguntó ella con un hilo de voz, casi infantil, cargado de una vulnerabilidad que a David le atravesó el pecho.

—No. He llamado a una ambulancia. Ya vienen de camino. Te llevarán al hospital y te pondrás bien.

Ella bajó la mirada.

—Gracias…

—¿Cómo te llamas?

La joven dudó. Sus labios temblaron. Finalmente, murmuró:

—Priya.

David esperó a que recobrara un poco el aliento, sin presionarla. La joven hablaba con un distintivo dialecto del idioma hindi típico de Bombay, llamado Bambaiya.

—Dime, Priya… ¿has ingerido alguna cápsula…?

—Me hizo tragar bolas de heroína —lo interrumpió con la voz rota, mirando a un punto invisible del techo.

David asintió despacio y guardó silencio unos segundos, dándole espacio para recomponerse.

—¿Quién te hizo tragarlas? ¿Shakaal Shan?

Priya negó con la cabeza y, de pronto, comenzó a llorar, un llanto silencioso, agotado.

—No…

—¿Entonces quién?

—Te llamas David, ¿verdad?

Él, sorprendido por la revelación, asintió.

—¿Cómo lo sabes?

A lo lejos se oyó la sirena de una ambulancia, acercándose con rapidez.

—El profesor…

David frunció el ceño.

—¿Qué profesor? ¿Tiene nombre?

Priya tosió, y el tubo de la vía osciló con violencia. Levantó la mirada con los ojos húmedos y desbordados.

—Paladin —susurró, antes de empezar a sollozar de nuevo.

El nombre lo dejó helado. Otra vez él. Otra vez Paladin.

—¿Él te hizo tragar las pastillas?

Ella asintió.

David prosiguió:

—¿Por qué lo llamas *profesor*?

Ella se mordió el labio, intentando contener un nuevo ataque de llanto. Finalmente, tapó su rostro con las manos.

—No quiero que me haga daño —jadeó.

—No te lo va a hacer. Estás a salvo ahora. No corres peligro… Pero dime, ¿por qué le llamas *profesor*?

—Shakaal lo llamaba así… Da clases en Jamia… —Iba a continuar, pero calló.

—Jamia… ¿Jamia Millia Islamia? ¿La universidad de Nueva Delhi?

Priya asintió lentamente; tenía los párpados pesados.

—Sí. Oí a Shakaal decir que Paladin es profesor en esa universidad.

En ese momento entraron los enfermeros con una camilla, seguidos de un médico. David los llamó desde el interior del sótano.

Cuando bajaron se apartó para dejarles espacio.

—Con cuidado —advirtió—. Lleva cápsulas de droga en el estómago.

El médico revisó los ojos de la joven rápidamente con una linterna, echó un vistazo a su cuerpo y sustituyó la vía por otra con suero. Luego ordenó a los enfermeros que la subieran a la camilla.

Justo cuando iban a sacarla fuera, Priya tensó la mano y agarró la muñeca de David con una fuerza desesperada, impropia de su estado.

—Él… él sabía que tú ibas a venir y destruirlo todo —susurró, con los ojos muy abiertos—. Paladin se lo dijo a Shakaal… que tú vendrías… que llevara cuidado contigo.

David sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Cuándo lo oíste, Priya? ¿Paladin está aquí, en Bombay? ¿El profesor sigue aquí?

Ella abrió la boca para responder.

Pero no llegó a hacerlo.

Porque en ese preciso instante, murió.

Minutos después de que la ambulancia y David Ribas se hubieran marchado, el inspector Randeep llegó al cobertizo con su equipo.

Dentro encontraron numerosos pasaportes pertenecientes a personas que, según descubrirían más tarde, figuraban como desaparecidas.

Aquella colección macabra les permitió intuir lo evidente: muchas de esas víctimas habían muerto a manos de la red criminal de Shakaal y sus cómplices. Entre los documentos también había pasaportes extranjeros, en su mayoría asiáticos, que confirmaban el alcance internacional del tráfico de drogas.

Tras la inspección, el inspector ofreció una breve rueda de prensa improvisada en la que anunció el cierre del caso del extranjero hallado muerto en las aguas del turístico muelle.

Por fin, pensó, podría permitirse empezar sus vacaciones en Darjeeling.

PARTE TRES

LA MUERTE DE UN PROFESOR UNIVERSITARIO

33

Tras más de quince horas de viaje, David llegó a Delhi a bordo del Rajdhani Express.

Descendió en la estación de Nueva Delhi, conocida como NDLS, un gigantesco nudo ferroviario con innumerables accesos, unos dieciséis andenes y una red de puentes peatonales equipados con ascensores y escaleras mecánicas. No en vano, está considerada la estación más concurrida del país por la frecuencia de trenes y el incesante flujo de pasajeros.

Nada más poner un pie en el andén, se vio atrapado en un torbellino de movimiento perpetuo: una mezcla abrumadora de sonidos, colores y olores que envolvía al viajero sin darle respiro.

Los altavoces anunciaban trenes sin pausa, mientras los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías: *chai* humeante en termos, frutas, *snacks* y comida frita entre multitudes que avanzaban en todas direcciones, como un río humano imposible de detener.

Uno podía sentir que el lugar tenía vida propia. El murmullo era un ruido continuo, donde el choque de maletas, las voces de los viajeros, el silbato de los guardias y el traqueteo de los trenes se mezclaban en un caos que, de alguna forma, funcionaba siempre con sorprendente naturalidad.

Al salir de la estación, el impacto sensorial se intensificaba aún más. Un enjambre de *autorickshaws*, taxis y motos invadía la vista, todos tocando la bocina como si fuese un idioma compartido.

Conductores se acercaban a los recién llegados para ofrecer transporte; otros intentaban captar la atención de los viajeros señalando el lugar donde tenían sus vehículos aparcados y les insistían en que los siguieran.

El aire era una mezcla densa y viva. El polvo, la gasolina, la contaminación se mezclaban con los aromas de especias, comida callejera de puestos cercanos a pie de calle y con el olor metálico del aceite y del humo de los motores de los vehículos.

Todo se sentía desordenado, abrumador y fascinante a la vez, como una bienvenida eléctrica al pulso de la ciudad.

David se abrió paso por el aparcamiento, ignorando a los conductores que intentaban llamar su atención en un inglés insistente, convencidos de que era un turista recién llegado que no sabría orientarse.

Pero él conocía Nueva Delhi casi tan bien como un local: había estado en la capital decenas de veces y había recorrido cada uno de sus rincones.

Lo primero que hizo fue refugiarse en un pequeño restaurante de comida callejera. Pidió un té *masala* y se sentó en un lugar estratégico, desde donde podía observar sin ser visto.

Mientras sorbía el brebaje espeso, dejó que su mirada recorriera la calle. Necesitaba asegurarse de que nadie lo había seguido desde Bombay y de que nadie vigilaba su llegada.

Cuando estuvo listo, caminó con rapidez por las calles hasta llegar a la zona de Paharganj. El trayecto lo sumergió de inmediato en el caos habitual del barrio: aceras invadidas por más puestos callejeros, cables entrecruzados colgando como raíces negras sobre las fachadas y un río interminable de motos, bicicletas y peatones moviéndose sin un orden aparente pero con una sorprendente eficacia.

David avanzó con paso decidido, esquivando vehículos y turistas despistados que intentaban orientarse. Finalmente, al llegar a la zona más transitada de Paharganj, vio un *autorickshaw* vacío. Levantó la mano para detenerlo y el vehículo se acercó con un chirrido metálico.

Le dijo al conductor su destino, la universidad Jamia Millia Islamia, y este, sin pronunciar palabra, le respondió con un leve gesto de cabeza, señalándole que subiera a bordo. El motor vibró mientras David tomaba asiento, listo para perderse una vez más en el torbellino frenético de la ciudad.

Después de una hora, llegó a su destino. Pagó al conductor y lo despidió, rechazando su insistencia en querer esperarle.

Los edificios de ladrillo rojizo, rodeados de árboles altos y jardines cuidados, enmarcaban un flujo constante de estudiantes que iban y venían por los senderos del campus.

Reconocida por su excelencia académica, prestigio y legado, la universidad pública Jamia Millia Islamia fue fundada en 1920 —En urdu, Jamia significa «universidad» y Millia, «nacional»—.

Algunos estudiantes caminaban deprisa con mochilas cargadas y auriculares puestos; otros se agrupaban bajo la sombra para charlar, compartir apuntes o tomar un té de los puestos cercanos.

Las bicicletas pasaban zigzagueando entre ellos, los autobuses universitarios descargaban nuevas oleadas de jóvenes, y el ambiente se llenaba de conversaciones, risas y murmullos.

Todo parecía tener una coreografía cotidiana que daba vida al campus desde la mañana hasta la tarde.

David vio a un grupo de estudiantes sentados en el césped, con los libros abiertos pero más atentos a la conversación que al estudio. Uno de ellos bebía un refresco; otros comían *samosas* con kétchup de un plato de papel.

Se acercó con paso tranquilo. Sabía muy bien que los jóvenes solían mostrarse amables con los visitantes extranjeros, así que adoptó sin esfuerzo el papel de turista español: profesor en un colegio público de su país de origen, curioso por conocer a algún catedrático local de química con quien intercambiar ideas y, quizá, forjar una amistad académica.

Tras escuchar al visitante extranjero con su curiosa petición, los estudiantes se miraron entre sí, pensativos, como si repasaran mentalmente al profesorado de la universidad.

Uno de ellos propuso con entusiasmo el nombre de un profesor recién llegado, pero otro le replicó al instante que era demasiado

nuevo y que apenas lo conocía nadie.

Una chica mencionó a un veterano profesor de matemáticas, pero el grupo entero lo descartó al unísono, tachándolo de pedante y aburrido, incapaz de dejar una buena impresión en un visitante extranjero.

Entonces, uno de los jóvenes se levantó con una energía repentina y, señalando al aire con el dedo índice como si invocara a un personaje legendario, pronunció el nombre del profesor Chandrashekhar Srivastav, de física y química. En ese instante, todos los demás respondieron al unísono con el apodo con el que era conocido en todo el campus:

—¡*Acharya*!

Coincidieron en que era la opción perfecta. Además, hablaba muy bien el inglés y podía mantener una conversación entretenida con el visitante extranjero y llevarse este una experiencia memorable.

Como comentó uno de ellos, en la universidad aquel profesor era más que un docente.

—Es una mezcla de sabio, inventor, mentor y erudito —dijo el estudiante a David con la boca llena de *samosa*.

Entonces él comprendió por qué el apodo de «*Acharya*», término sánscrito para un maestro indio respetado, particularmente uno que enseña a través de sus acciones y conducta.

Los jóvenes comenzaron a enumerar sus cualidades con entusiasmo creciente: uno mencionó que llevaba más de medio siglo enseñando y aún se movía por los pasillos con la energía de un recién llegado.

—Y viaja con frecuencia como profesor invitado a universidades de renombre, impartiendo cursos intensivos —añadió una joven con la sensación entusiasta de querer intervenir en la conversación.

Otro estudiante informó de que *Acharya* tenía publicados libros de electrodinámica cuántica estudiados incluso en los Estados Unidos, y, según otro estudiante, había realizado experimentos en la facultad de medicina que muchos consideraban casi legendarios.

Mientras escuchaba, David sintió un leve estremecimiento. No lo mostró, pero lo supo en su interior: aquella persona, ese tal

Chandrashekhar Srivastav, conocido como *Acharya*, era exactamente a quien estaba buscando.

34

David caminó por jardines de neem y jacarandás hasta que llegó a la facultad de física.

El edificio se elevaba con muros de piedra rojiza. Estudiantes envueltos en *kurtas*, ropa occidental y mochilas cargadas de libros entraban y salían. Era época de exámenes, según le habían informado.

La facultad parecía un pequeño cosmos propio. Escuchó a dos estudiantes discutir teorías cuánticas como si fueran historias antiguas.

—Disculpen, ¿dónde puedo encontrar al profesor Chandrashekhar Srivastav? —preguntó, acercándose a un empleado de la universidad que, con gesto concentrado, colgaba varias hojas con chinchetas en un tablón de anuncios repleto de avisos.

El bedel levantó la vista apenas un instante, como calculando la respuesta, y luego señaló hacia las escaleras del fondo. Allí, entre el ruido de pasos y murmullos, bajaba un numeroso grupo de estudiantes, unas veinte personas, todavía comentando la clase a la que acababan de asistir.

—Acaba de terminar su clase —respondió—. Segunda planta. Estará en el despacho 456, al lado del laboratorio.

El eco de los estudiantes se dispersó por el corredor, dejando atrás una estela de voces en hindi mezcladas con el inglés.

David llegó a la planta superior y avanzó por el pasillo hasta detenerse ante el despacho 456. Empujó suavemente la puerta

entreabierta y asomó la cabeza. Dentro, un hombre de espaldas recogía un puñado de folios desperdigados sobre la mesa.

Las paredes mostraban una mezcla de pósteres científicos, tablas periódicas amarillentas, diagramas de espectros atómicos y de modelos de partículas junto con fotografías de promociones anteriores y certificados de renombre enmarcados.

Una larga estantería de madera oscura, algo vencida por el peso, albergaba muchos libros gruesos de química orgánica, mecánica cuántica y manuales de laboratorio, intercalados con cuadernos llenos de anotaciones, reactivos químicos y cajas pequeñas con enumeraciones en los laterales para su identificación.

El aroma a papel viejo se mezclaba con el tenue olor de productos químicos que más de una vez se habría filtrado de un frasco mal cerrado.

Sobre un escritorio amplio pero abarrotado, descansaban pilas de exámenes por corregir, un ordenador Apple, una taza de té olvidada a medio consumir y un pequeño ventilador que giraba con un zumbido constante para combatir el calor. Una ventana con celosías dejaba pasar luz dorada y sonidos del campus: voces de estudiantes, bicicletas pasando y el ruido lejano del tráfico.

El ambiente transmitía dedicación y paciencia, como si cada objeto hubiera sido colocado allí a lo largo de años de enseñanza, experimentos y conversaciones apasionadas sobre la naturaleza de la materia y la energía.

—¿Profesor Chandrashekhar Srivastav? —preguntó David.

El hombre se volvió sorprendido, no solo por el acento, sino también por la forma en que lo había llamado. En la facultad, los estudiantes solían dirigirse a él simplemente como «*Sir*» o, a lo sumo, «Profesor». Aquella formalidad completa, pronunciada con voz cautelosa, rompía la rutina del académico y parecía anunciar algo inesperado.

Era un hombre mayor, pero en forma. Era alto, aunque la figura ligeramente encorvada reflejaba la costumbre que había tenido durante años de inclinarse sobre libros, pizarras y experimentos.

Sus ojos, oscuros y atentos, tenían una mirada curiosa y penetrante, como si siempre analizaran algo más allá de lo evidente.

A menudo llevaba gafas delgadas de montura metálica, ligeramente deslizadas hacia la punta de la nariz, lo que le daba un aire reflexivo.

Su vestimenta solía ser sencilla: camisas de algodón en tonos claros, a veces acompañadas por un chaleco tradicional, o bien un *kurta* ligero en los días más calurosos. En los pies, solía llevar puestas sandalias o zapatos gastados que habían recorrido miles de veces los pasillos de la facultad.

En conjunto, su aspecto transmitía sabiduría, calma y una dignidad natural, esa mezcla de humildad y autoridad que solo quienes disfrutan enseñando llegan a proyectar.

Sin embargo, tal vez todo aquello no fuera más que una apariencia, una máscara cuidadosamente construida para ocultar una personalidad distinta, que hasta entonces había permanecido en secreto.

Su aspecto cambió a uno más siniestro al ver al visitante. Entre sus cejas anchas y grises apareció una arruga. Había esperado con ansias el momento de encontrarse en persona con aquel individuo.

—Hola, David Ribas —dijo—. Sabía que acabarías apareciendo.

35

David entró en el despacho y cerró la puerta a su espalda.

—¿Quién te ha hablado de mí?

—Un amigo en común… —comenzó a decir, pero se calló, como si necesitara medir sus palabras.

—¿Tiene nombre?

—Paladin.

David examinó la habitación con la mirada, evaluando la situación.

—Tú eres Paladin —dijo con el corazón acelerado.

—¿Qué te hace suponerlo?

—Priya.

—¿Priya? No sé de quién me hablas.

—La chica de Bombay a la que le hiciste ingerir cápsulas de heroína, y no sé qué más experimentos.

El profesor se quedó pensativo.

—Ah, sí —repuso al fin—. Entonces fuiste tú quien alertó a la policía de aquel lugar. No estaba muy equivocado en pensar que llegarías allí.

—¿Aquel lugar? ¿Lo llamas así? Un lugar muy macabro en el que realizabas tus experimentos haciendo ingerir muestras de cápsulas con droga a personas que secuestrabais por la calle, ¿verdad? Esto es lo que hacías tú y tu cómplice Shakaal, ¿verdad?

—Ahora que lo dices, sí. Y era un lugar excelente, aislado. Podían gritar pidiendo ayuda toda la que quisieran. Nadie podía oírlos. Yo

les decía «Gritad. Gritad todo lo que queráis». Y ellos lo hacían. ¿Quién iba a prestar atención a un edificio viejo cerca de la playa? Aunque siempre existe el riesgo de que algún imprudente merodee por la zona. Pero estás equivocado.

—¿En qué?

—Yo no soy Paladin.

—No te creo.

—Aquella chica… Priya, debió de escuchar ese nombre y asumió que era yo.

David alargó la mano y tomó una lanceta que descansaba sobre una estantería baja, junto a un cúmulo de frascos y carpetas polvorientas. El metal emitió un leve brillo bajo la luz amarillenta del despacho. Cuando dio el primer paso hacia el profesor, percibió algo inequívoco: un destello de miedo puro en los ojos del hombre, acompañado de un ligero retroceso instintivo, casi animal.

—Quiero saber más sobre tus actividades en Bombay. ¿Por qué experimentaste con Priya y con las otras personas que estaban encadenadas? —preguntó David, levantando la lanceta para que el filo quedara bien a la vista—. ¿Para saber cuántas píldoras o cápsulas podrían aguantar en el estómago de una persona? ¿Era este tu propósito?

—No… no te lo voy a decir —respondió el profesor, intentando mantener la compostura aunque la voz le temblaba—. Sal de aquí o llamaré a seguridad.

Pero sus amenazas no tenían fuerza. Él mismo lo sabía. No había botón de alarma que presionar ni palanca de emergencia de la que tirar. Movido por la desesperación, retrocedió dos pasos más hasta chocar con el borde de la mesa. El impacto lo obligó a apoyarse con torpeza sobre la superficie repleta de papeles desordenados, carpetas abiertas e informes a medio leer. Sus dedos se aferraron al borde como si pudiera sostenerse de esa delgada línea de madera ante lo que se avecinaba.

David siguió acercándose. Lentamente. Sin levantar la voz. Sin apresurarse.

El aire se volvió denso, casi irrespirable. Y el profesor comprendió, con ese instinto que precede al pánico, que ya no tenía

espacio para seguir retrocediendo.

Entonces, David, con suma rapidez, le clavó la lanceta en la mano de un golpe certero, perforando piel y carne hasta incrustar el metal en la madera de la mesa.

El profesor abrió la boca para soltar un grito, pero no llegó a hacerlo: David lo sujetó del cuello con fuerza y le estampó la cabeza contra la superficie de la mesa, silenciándolo al instante.

—Escúchame —dijo David, con una calma que contrastaba con la brutalidad del gesto—. No sé exactamente qué te han contado sobre mí, pero te juro que soy capaz de producirte mucho dolor. Y no tienes ni idea de hasta dónde puedo llegar si no colaboras.

El profesor cerraba la boca con fuerza por el dolor. Asintió.

—¿Qué quieres saber? —murmuró, la voz rota por el miedo.

—Ya te lo he preguntado. No me hagas repetirlo.

El profesor tragó saliva con dificultad, sintiendo cómo el nudo en su garganta se hacía cada vez más grande. El sudor le corría por la frente. Bajó la mirada hacia su mano atrapada y un estremecimiento lo recorrió por completo: la lanceta estaba clavada con tal fuerza que la palma había quedado firmemente adherida a la madera, como si fuera parte de la mesa.

—Yo estaba encargado de los experimentos. Hacíamos que tragaran la droga en cápsulas envueltas en distintas fundas. Así sabíamos si eran resistentes en el estómago. Probamos ciertos plásticos elásticos de látex, con textura gel, otros más viscosos… Los síntomas variaban en cada persona: dolores de cabeza muy fuertes, vómitos, insoportables dolores de estómago... Pero también descubrimos que sufrían delirios y confusiones mentales. Este tipo de investigación y análisis nos resultaba muy eficiente para seleccionar a las mulas. Sin embargo, desde Europa nos pedían envíos más frecuentes y Shakaal dio su aprobación a personas para transportar droga que no debían hacerlo. No me hizo caso, y murieron varias de ellas.

—Ya… —murmuró David, con una media sonrisa helada—. La codicia acabó con vuestro lucrativo negocio, ¿verdad? Ahora dime: ¿dónde está Paladin?

—No lo sé —susurró el profesor, evitando su mirada.

David tomó la lanceta por el mango y tiró de ella con un movimiento firme. El profesor se dobló hacia delante, soltando un gemido entre dientes mientras el brazo entero le temblaba por el dolor. Sin darle tiempo a recuperarse, David lo obligó a sentarse en una silla cercana.

—No me hagas clavártela en una rodilla —advirtió, mostrándole la lanceta como una amenaza muda.

El profesor, con la respiración descontrolada, tomó una toalla de algodón, la misma que usaba para secarse las manos en el laboratorio, y la presionó contra la herida llena de sangre. El temblor de sus dedos hacía difícil siquiera sujetarla.

Cuando alzó el rostro, tenía la mirada perdida, desbordada por el miedo.

Empezó a hablar atropelladamente, las palabras saliendo en ráfagas desordenadas.

—Tiene una organización muy influyente… demasiado. Sus actividades están muy bien camufladas. Nadie conoce su estructura real… ni siquiera quienes trabajan para él. Todo está segmentado, oculto… así evita que los servicios de inteligencia lo detecten... que nadie vea su estructura completa.

—Desconocía que estuviera metido en el tráfico de drogas —dijo David, sin apartar la mirada—. Ahora dime: ¿cómo sabes mi nombre? ¿Quién te ha dado esa información?

El profesor, todavía presionando la toalla contra su mano herida, lanzó una mirada fugaz hacia el reloj de pared. Su respiración se volvió más agitada.

—Tengo… tengo una cosa muy importante que decirte —murmuró, con un temblor que no sabía si era por el dolor o por el miedo.

David frunció el ceño.

—Habla.

—Te estás enfrentando a gente muy poderosa —continuó el profesor—, gente con muchos amigos influyentes. No puedes imaginar hasta qué punto llegan sus contactos.

David percibió que había algo más. Esa mirada al reloj, ese nerviosismo repentino. Estaba a punto de insistir cuando la puerta

del despacho se abrió de golpe.

Una joven estudiante, de unos veinte años, asomó la cabeza.

—Profesor… ¿se encuentra…? —Se quedó paralizada al ver la toalla empapada de sangre y el caos en la sala.

Ahora David lo comprendía. Era hora de una nueva clase; al no presentarse, los estudiantes se habrían preguntado cuál podría ser la razón.

Ella iba a preguntar qué ocurría cuando, de pronto, el profesor reaccionó como si hubiera encontrado una salida.

—¡Me están robando! —gritó incorporándose bruscamente—. ¡Aquí hay un ladrón!

—Cállate —ordenó David, sujetándolo del hombro para obligarlo a sentarse de nuevo.

Pero el profesor ya había sembrado el pánico. Varias cabezas se asomaron desde el pasillo; un grupo de estudiantes se agolpó frente a la puerta, sorprendidos y confusos.

—¡Llamen a la policía! —vociferó el profesor, alzando la mano vendada.

La estudiante retrocedió dos pasos, claramente dispuesta a obedecer.

David sintió cómo la situación se le escapaba. Su oportunidad de obtener respuestas se evaporaba.

—Siéntate. He dicho que te sientes —repitió, empujándolo hacia la silla.

Pero el profesor, movido más por el pánico que por la sensatez, se soltó con un brusco giro y salió disparado hacia la única vía que veía libre: la ventana del despacho, que daba a un patio interior.

—¡No! —advirtió David, intentando alcanzarlo.

El profesor abrió la ventana con torpeza, casi arrancándola de las bisagras. Tenía la intención evidente de escabullirse por allí, quizá para ganar tiempo, quizá para esconderse hasta que llegara ayuda. Pero su cuerpo debilitado, la sangre, el temblor, todo jugaba en su contra. Al apoyar el pie en el alféizar, resbaló.

El grito se le cortó de inmediato. Su figura perdió el equilibrio y, en un instante, cayó hacia el vacío del patio interior y desapareció de la vista antes de que David pudiera llegar a la ventana.

Un silencio súbito invadió el interior del despacho.

Varios estudiantes entraron en tropel para asomarse por la ventana mientras que el resto corría escaleras abajo. Se escucharon gritos de terror.

Aunque no era una gran altura, el profesor había caído de cabeza, rompiéndose el cuello.

Uno de los estudiantes se volvió lentamente y alzó un dedo tembloroso hacia el hombre que habían encontrado junto al profesor.

Durante una fracción de segundo, los ojos de todos convergieron en David. El aire pareció espesarse, cargado de una acusación muda que estaba a punto de romperse en un alarido.

David reaccionó antes de que alguien pudiera articular palabra. De reojo, percibió en un extremo desordenado de la mesa de trabajo un teléfono móvil y un monedero, apenas visibles bajo una cartera de cuero oscuro. Fue un destello fugaz, pero suficiente. Extendió la mano, los agarró con un gesto rápido y preciso y, en el mismo movimiento, se lanzó hacia la puerta.

Mientras corría por el pasillo, David oyó detrás de él el estallido de un grito, primero ahogado, luego firme: era el estudiante, avisando a los demás, señalándolo como el autor de la muerte del profesor.

—¡Se escapa! ¡El asesino se escapa! —bramó.

Las palabras resonaron en el edificio como un disparo. David sabía que, si lo atrapaban allí, nadie se detendría a escuchar su versión de los hechos: lo sujetarían sin contemplaciones y esperarían a que llegara la policía.

El eco de los gritos lo perseguía mientras descendía a toda prisa por las escaleras.

36

Tras abandonar el campus universitario, David había tomado un *autorickshaw* y se había dejado llevar entre el caos del tráfico hasta un inmenso centro comercial. Allí, procurando no llamar la atención, entró en el supermercado de la planta baja.

Recorrió los pasillos fingiendo mirar los productos expuestos en las estanterías, pero con la mente fija en su objetivo: sabía que la puerta trasera conectaba directamente con el aparcamiento subterráneo y que muchos clientes accedían por allí, por lo que su salida pasaría inadvertida.

Una vez abajo, atravesó el estacionamiento en penumbra. Avanzó pegado a las columnas, cuidando cada paso para evitar el campo visual de las cámaras de seguridad. Solo cuando alcanzó la rampa de salida, respiró un poco más tranquilo.

Ya en la calle, al otro lado del centro comercial, tomó otro *autorickshaw* que lo llevó hasta Green Park. Al llegar, se apeó y se internó a pie por las calles, serpenteando entre puestos callejeros, árboles frondosos y el rumor lejano del tráfico.

Finalmente logró encontrar refugio en un pequeño puesto de té encajado en una calle estrecha, abarrotada de transeúntes y motocicletas que rugían con el estruendoso ruido de sus tubos de escape.

El bullicio lo envolvía, difuminando su presencia entre aromas de especias, el alboroto y conversaciones apresuradas.

Ahora, sentado en un taburete cojo, con la espalda firmemente apoyada contra la pared desconchada, fingía leer un periódico en hindi, amarillento y manoseado.

A su alrededor, la calle era un hervidero: vendedores ambulantes voceaban sus productos, vehículos pasaban dejando tras de sí un olor acre a gasolina, y el aire vibraba con el murmullo constante de conversaciones superpuestas. Por primera vez en horas sintió un atisbo de alivio; aunque sabía que no estaba a salvo, al menos estaba oculto dentro del caos.

Pidió un té, y el dueño del puesto, un hombre delgado, de ojos vivaces, que parecía atender a cinco clientes a la vez, se lo sirvió con sorprendente rapidez. El líquido humeante llegó en un vaso de plástico ligeramente deformado por el calor. David dio un par de sorbos; el sabor fuerte y especiado le despejó, pero no le gustó: se había acostumbrado al que tomaba a diario en Bombay.

Dejó el vaso en el suelo, entre sus pies, y sacó el monedero y el teléfono que había tomado del despacho del profesor. El móvil estaba bloqueado con contraseña; la pantalla pedía un código que él no tenía forma de adivinar. Aquel aparato solo podría abrirlo alguien con las herramientas y los conocimientos adecuados.

Abrió la cartera. Dentro había un grueso fajo de billetes de rupias, sorprendentemente bien ordenados. Se los guardó en el bolsillo, agradeciendo mentalmente ese golpe de suerte, ya que necesitaría dinero en metálico para seguir moviéndose por la ciudad. También encontró varias tarjetas de crédito y débito, así como un carné de conducir.

Examinó brevemente el documento: la fotografía del profesor aparecía seria, con la mirada fija, y en el reverso figuraba su dirección.

Tiró el vaso a una pequeña papelera llena hasta rebosar. Pagó su té y salió de nuevo a la calle, envuelto en el calor pegajoso y en el olor dulce de las frituras que se cocinaban en un puesto cercano. Caminó unos metros hasta un cubo de basura oxidado y lleno hasta el borde; allí arrojó la cartera, entre restos de comida, latas abolladas y papeles empapados.

Al levantar la vista vio un rótulo azul parpadeante: CYBER POINT: INTERNET & GAMES. El local estaba abierto. Sin pensárselo demasiado, entró.

En el interior decenas de jóvenes ocupaban filas de ordenadores y consolas. Algunos, con auriculares enormes, gritaban instrucciones a sus compañeros invisibles; otros golpeaban frenéticamente los mandos mientras en las pantallas estallaban colores y explosiones de Fortnite, FIFA y varios títulos que David ni siquiera reconocía.

El aire estaba cargado de calor humano, olor a comida rápida y el zumbido constante de ventiladores que luchaban, inútilmente, por mantener las máquinas frescas. Cada rincón estaba iluminado por el resplandor azul de las pantallas, que daba a los rostros un brillo espectral.

Se abrió paso entre las sillas, procurando no llamar la atención, y se acercó al mostrador. Pidió usar el teléfono fijo para llamadas nacionales. El encargado, sin despegar la vista de la pantalla del móvil con el que jugaba, señaló con el pulgar un pequeño habitáculo acristalado al fondo.

David entró, cerró la puerta tras él y, por primera vez en lo que parecía una eternidad, tuvo unos segundos de silencio relativo. Marcó un número. Llamó a Hassena.

37

David le narró a Hassena con rapidez lo ocurrido en la universidad: el final trágico del profesor, el estudiante que lo había señalado como asesino y la huida desesperada que lo había llevado hasta aquel diminuto habitáculo en un cibercafé abarrotado.

—No sé si las autoridades ya han sido alertadas —comentó Hassena—. Pero si no lo han hecho, lo harán en cualquier momento.

—Por el momento necesito ir a la residencia del profesor —dijo David—. Puede que encuentre allí alguna pista, algo que me acerque a Paladin. No tengo otra opción.

Ella suspiró al otro lado de la línea, como si sopesara las consecuencias.

—Aun así, lo tendrás muy difícil para salir de la ciudad —advirtió —. En cuanto se emita la alerta, sellarán las estaciones de tren, las carreteras y el aeropuerto. Te buscarán por todos los rincones, David. No podrás moverte sin que alguien te reconozca. —Hubo un silencio breve, cargado de tensión—. Te recomiendo que contactes con Arvind.

David sintió un pinchazo de inquietud al oír ese nombre.

Arvind Tiwari era director de la RAW, la agencia de inteligencia india. David lo conocía bien: habían trabajado juntos años atrás, en una operación que terminó evitando el asesinato del presidente de los Estados Unidos durante una visita oficial a Nueva Delhi. Arvind no era alguien a quien uno acudiera a la ligera.

—Creo que puedo apañármelas solo. Me enredarán los de la RAW.

—David…

—No quiero volver a ver a Arvind ni pedirle favores. No quiero deberle nada. Cada favor que me haga querrá cobrarlo después, y caro.

—Ya sé que no quieres saber nada de ellos, pero al fin y al cabo, ¿qué opción tienes? Tu situación es insostenible. Además, estará encantado de saber de ti y de que acudas a él para pedir ayuda.

Cuando la llamada terminó, David salió del habitáculo y se mezcló de nuevo con el bullicio del cibercafé. El ruido de los videojuegos, las risas y la música electrónica contrastaban con el peso creciente de la realidad que lo esperaba afuera.

Abandonó el local y tomó un *autorickshaw*. El vehículo se incorporó al tráfico como si se arrojara al interior de un río embravecido. Mientras avanzaban entre bocinazos, peatones imprudentes y autobuses abarrotados, David repasó mentalmente la dirección que aparecía en el carné de conducir del profesor Chandrashekhar Srivastav.

Su destino: Vasant Kunj, un barrio acomodado del sur de Delhi. Allí, esperaba encontrar no solo respuestas, sino alguna clave que le permitiera obtener información sobre Paladin.

38

La zona residencial de Vasant Kunj estaba dividida en grandes parcelas. Cada una contaba con una entrada y una salida, ambas vigiladas por un guardia llamado *chowkidar*. Su labor consistía en detener a todo visitante que no fuera residente, anotar el número de matrícula del vehículo que entrara dentro del recinto y registrar en un cuaderno a la persona que iba a visitar. Además, el foráneo debía escribir su nombre completo y firmar.

La vida de un *chowkidar* en cualquier rincón de la India solía transcurrir en turnos interminables y casi siempre mal remunerados. Como vigilante, debía custodiar casas, residencias o negocios, asumir tareas de portero, supervisar cámaras de seguridad, limpiar, hacer recados e incluso mediar en disputas.

Todo ello en condiciones difíciles, marcadas a veces por la falta de respeto y los abusos verbales de quienes lo rodeaban. En ocasiones eran personas mayores que no encontraban otro trabajo más que estar sentadas durante horas a la entrada de un complejo residencial, o, en otras ocasiones, eran empleados de una empresa local que suministraba desde *chowkidars* hasta mujeres de la limpieza.

En general, era un trabajo precario que ponía en evidencia la dura realidad del sector laboral no organizado de la India, pese a la naturaleza esencial de su servicio.

David le pidió al conductor que lo dejara en la entrada del recinto. Saludó con respeto al *chowkidar*, un hombre muy delgado,

de unos cuarenta años que, sin embargo, aparentaba sesenta. Vestía un pantalón azul arrugado, unos zapatos de suela gastada y una camisa gris demasiado larga.

El *chowkidar* le preguntó adónde iba. No podía dar la dirección de un bloque cualquiera porque el guarda podía llamar desde su cabina al residente del apartamento para confirmar la visita. Por ello, escribió el nombre del profesor, inventó el primer nombre en hindi que se le ocurrió como suyo y echó un garabato como firma. Y le dijo al guarda que su colega de la universidad lo estaba esperando.

Cuando David se alejó caminando, el *chowkidar* no pudo evitar sentir cierta sospecha hacia aquel visitante.

Tras recorrer la zona residencial, entre bloques de edificios de tres plantas, David finalmente llegó a su destino.

El apartamento del profesor se encontraba en la cuarta planta de un bloque de edificios construido en los años setenta, uno de esos complejos de hormigón gris que sobrevivían impasibles al paso del tiempo y a las inclemencias del clima. La fachada mostraba manchas de humedad y balcones protegidos por celosías metálicas.

Por suerte no se encontró con nadie al subir las escaleras. Se detuvo frente a la puerta del apartamento y la observó durante un instante. Estaba adornada con un pequeño símbolo de *Om* de latón que colgaba del dintel. Era una puerta antigua, de madera pesada, con un cerrojo que había visto mejores días. No parecía haber sido cambiada en décadas.

Cogió el símbolo de *Om* y, actuando como una palanca, liberó el mecanismo de la cerradura. Solo necesitó un empujón contundente: apoyó el hombro izquierdo contra la madera, reunió toda su fuerza y cargó con decisión. La puerta vibró, resistió un instante y finalmente cedió, abriéndose de golpe.

No hubo chirrido, ni oposición. David entró, consciente de que, al menos hasta ese momento, nadie había dificultado su paso. Sin alarmas. Sin cerrojos adicionales. Sin testigos.

El interior, pese a la antigüedad del edificio, respiraba un aire de orden casi ceremonioso.

En el recibidor, una alfombra ligeramente descolorida amortiguaba el sonido de los pasos. Al fondo, el salón se abría

luminoso gracias a un ventanal que daba a un patio interior lleno de árboles neem. La luz filtrada adquiría un tono cálido al atravesar las cortinas de algodón, bordadas a mano en tonos tierra.

Los muebles eran rústicos de *sheesam* y de madera oscura. Una gran estantería ocupaba casi toda una pared, repleta de volúmenes encuadernados en tapa dura: textos de filosofía hindú, tratados de historia colonial, obras científicas y un sinfín de cuadernos de notas cuidadosamente etiquetados.

En la mesa de centro, un conjunto de diarios subrayados y bolígrafos gastados revelaban que el profesor seguía investigando incluso después de terminar su jornada en la universidad: era de los que se llevaban trabajo a casa.

El aire olía a una mezcla delicada de té negro, incienso de sándalo y papel antiguo. Encendió el interruptor del ventilador de techo, que comenzó a girar con un leve zumbido.

El dormitorio era sencillo: una cama baja de madera oscura, cubierta por una colcha de tonos rojizos, y un escritorio antiguo junto a la ventana desde el cual se intuía, a través del mosquitero, el ruido lejano del tráfico. Encima del escritorio reposaban un par de relojes de cuerda, un vaso con bolígrafos y una fotografía enmarcada de un joven profesor rodeado de estudiantes.

La cocina, pequeña y funcional, desprendía el aroma persistente de *masala* y curry. Los utensilios de acero inoxidable brillaban impecables, y una tetera ocupaba el lugar central junto a un cuenco con jengibre fresco.

Aunque el apartamento no era lujoso, cada objeto estaba colocado con una intención casi ritual. Era un espacio silencioso, lleno de libros, donde convivían la sabiduría acumulada durante décadas y una soledad tranquila, propia de quien ha pasado su vida dedicado al conocimiento más que a la compañía.

Todo aquello no era más que una fachada que encubría su implicación en el tráfico de drogas. «Nadie podría imaginar que un asesino vivía entre estas paredes», pensó David, mientras esas ideas se arremolinaban en su mente.

Estaba inmerso en sus cavilaciones cuando, de repente, la figura de una mujer cruzó el umbral y entró en el apartamento.

39

Cuando ella avanzó unos pasos y la luz del ventanal iluminó su rostro, David la reconoció al instante: Karuna, agente de la inteligencia india. Se cruzó de brazos, observándola con una mezcla de sorpresa y cautela.

—Vaya, vaya…

Karuna se detuvo en medio del salón, erguida, con esa serenidad firme que siempre la había caracterizado. Lo miró como si no pudiera decidirse entre sonreír o contener una emoción más profunda. Sus ojos, oscuros y atentos, recorrieron el rostro de David con una intensidad que revelaba demasiado: reconocimiento y una admiración silenciosa que no había disminuido con los años.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se habían visto. Demasiado. La última misión que compartieron los había alejado por caminos distintos. Desde entonces, Karuna había ascendido dentro del servicio, convirtiéndose en una figura respetada, casi legendaria, mientras David se hundía en sombras que ella solo había alcanzado a intuir desde la distancia.

Aun así, el reencuentro parecía borrar de golpe todo aquel tiempo de silencio.

—Me alegro mucho de verte, David —dijo finalmente. Su voz sonó más suave de lo que él recordaba, cargada de una calidez que desentonaba con la tensión del momento.

—Me imagino que Hassena informó a tu jefe, Arvind, y que él te ha enviado.

—Quiere que vayas a verlo.

—No tengo el menor interés.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Echo de menos Bombay. En cuanto averigüe cierta información, me marcho.

Karuna se sentó sobre el respaldo del sofá y se cruzó de brazos.

—Si es Paladin a quien andas buscando, estás perdiendo el tiempo.

—¿Ah, sí?

—El profesor Chandrashekhar Srivastav estuvo en el ejército. Era un investigador de biodefensa y experto en vacunas muy sobresaliente. No solo tenía una licenciatura, sino un doctorado. Y entre sus colegas lo consideraban un profesional muy competente y eficaz.

—¿Tan eficaz que eligió pasar sus últimos años de profesión dando clases en una universidad pública? Hay algo muy extraño en todo esto, ¿no lo crees?

—Así es. Su perfil como profesor era una fachada. Tenía muchas propiedades por Nueva Delhi, en alquiler y alguna en venta.

—Es decir, que movía gran cantidad de dinero negro. ¿Y la oficina de impuestos, siempre tan eficaz, no sabía nada? ¿Sus actividades pasaron completamente inadvertidas?

—Todas sus ganancias con el tráfico de drogas iban a parar a bancos suizos y de Liechtenstein. Por este motivo entró en nuestro radar.

—Pues llegáis muy tarde. Mucha gente ha muerto, ¿lo sabías?

—Vale, nadie pensó que pudiera hacer lo que hizo, que estuviera implicado en la muerte de personas. Lo subestimamos.

—¿Tú te das cuenta de que por vuestra falta de competencia muere gente?

—¿Ahora nos vas a dar tú lecciones? ¿Tú a qué te has dedicado hasta ahora? Porque la última vez que te vi trabajabas como asesino para la red del crimen organizado de Hassena.

David se fijó por un instante en el bolígrafo que ella llevaba colgado de la solapa de su camisa. Sabía lo que sucedía. Le estaban grabando. Él conocía los métodos de la inteligencia india, siempre

tan vanguardista pero, en muchos casos, como el sucedido con el profesor, despegados de la realidad.

Los agentes indios habían desarrollado un innovador programa que monitorizaba las reacciones de las personas; registraban la dilatación de las pupilas, el movimiento de los ojos, incluso el flujo de sangre en los capilares de la esclerótica y las convulsiones de los músculos de la cara. Y con base en aquella información, el programa realizaba un análisis de la persona en concreto e incluso podría establecer un patrón de reacciones y conductas que aquella persona pudiera mostrar, prediciendo su modo de actuar.

No haría falta ningún enrevesado aparato de detector de mentiras. Habían adaptado aquella tecnología incluso para técnicas de interrogatorio. Por este motivo estaban grabando a David, el conocido agente de inteligencia renegado que trabajaba bajo las órdenes de la temida jefa del crimen organizado de Bombay.

Antes de que Karuna lo pudiera evitar, él le arrebató el bolígrafo de un tirón y lo observó.

—¿Grabándome con un videobolígrafo? ¿Qué pensabais hacer? ¿Vender la información sobre mí a terceros? Cada vez que nos vemos, Karuna, me sorprendes más.

Por un momento ella no supo qué decir.

David fue al cuarto de baño, lo rompió, tiró los trozos por el retrete y accionó la cadena.

Volvió al salón. Karuna tenía la vista puesta en la pantalla de su móvil. Alzó la mirada hacia él y dijo:

—No creo que haya sido necesario, David. —Le tendió su móvil —. Ahora tu imagen está por todo el país.

David se quedó paralizado al verse en la pantalla. Eran las noticias en directo. El rótulo BREAKING NEWS cruzaba en rojo la parte superior, como una alarma constante. El presentador hablaba de él sin titubeos:

—Se desconoce la identidad del terrorista responsable del asesinato en la universidad […] Expertos de inteligencia sugieren que podría ser miembro de una célula yihadista pakistaní […]

Sentirse asociado a esas palabras le provocó un vuelco en el estómago.

Un rugido de motores irrumpió desde la calle. David devolvió el móvil a Karuna casi sin mirarlo y corrió hacia la ventana. Abajo, una patrulla de policía acababa de detenerse frente al edificio. Las luces azules parpadeaban contra las fachadas como si marcaran el inicio de una cacería. «El *chowkidar* les ha llamado al sospechar de mí», le vino a la cabeza el pensamiento.

—No me lo digas —murmuró Karuna a su espalda—. Déjame adivinarlo. La policía, ¿verdad?

David se giró, ya calculando rutas de escape, puntos ciegos, cualquier cosa.

—Así es —confirmó con la voz baja, recorriendo con la vista el apartamento.

—Y no tardarán en llegar más —aseveró Karuna—. En cuanto se active el protocolo antiterrorista, tendrás aquí a las fuerzas especiales.

Se le acercó.

—Dime que te reunirás con Arvind y yo me encargaré de protegerte.

David no respondió. Algo en el suelo había llamado su atención: una loseta de cerámica que no encajaba del todo con el resto. Eso lo había visto antes. Exactamente el mismo método que encontró en la casa de la playa, donde había hallado a Priya en el sótano. Solo que esta vez estaba ejecutado casi a la perfección.

Se agachó, examinando el borde con detenimiento.

—¿Qué haces, David? —preguntó Karuna, frunciendo el ceño.

Él apartó la alfombra. Una esquina sobresalía apenas un par de milímetros, pero para David era suficiente. Introdujo el dedo índice y tiró con fuerza. La loseta se elevó con un leve chasquido.

Debajo había una trampilla.

—Mira —susurró David, levantando la tabla—. El profesor ocupaba también el apartamento de abajo.

En ese instante, unos pasos resonaron en la escalera. Pesados, firmes, cada vez más cerca. No tenían más que segundos antes de que la policía entrara en el apartamento.

40

Cuando la patrulla de policía irrumpió en el apartamento, Karuna ya los esperaba con la identificación de la RAW en la mano. La mostró con un gesto firme, sin dar espacio a preguntas. Luego señaló el piso de enfrente, cuya puerta estaba abierta de par en par.

—El terrorista escapó por allí —informó con voz tensa—. Salió del edificio hace apenas unos minutos. Por cómo se movía, creo que ya está fuera de Vasant Kunj.

Los agentes intercambiaron miradas rápidas. No podían perder ni un segundo. Bajaron las escaleras a toda prisa y alcanzaron el exterior justo cuando los furgones de las fuerzas especiales frenaban bruscamente frente al edificio. El chirrido de los frenos se mezcló con las órdenes gritadas por los superiores.

Karuna repitió la información a los recién llegados, y en cuestión de segundos un grupo rodeó el edificio. Mientras barrían la zona con las armas preparadas para abatir al terrorista a la menor oportunidad, uno de los agentes llamó a voces desde la parte trasera.

—¡Aquí! ¡Ventana rota!

Los demás se acercaron. Los cristales estaban esparcidos por el césped, y junto a la valla perimetral se veía un tramo hundido hacia fuera, como si alguien la hubiera forzado con el peso del cuerpo al saltarla.

Aquel hallazgo reforzó la afirmación de Karuna de que el terrorista había huido de la zona residencial, aunque en realidad se

trataba solo de una coincidencia. Los agentes, bajo una tensión psicológica extrema, veían cualquier anomalía como una pista concluyente. Su juicio, saturado por la urgencia y el nerviosismo, fallaba.

—Ha debido de salir por aquí —murmuró uno de los jefes de unidad, agachándose para examinar las huellas marcadas en la tierra húmeda—. Y no hace más de un par de minutos.

El superior desplegó un mapa sobre el capó de uno de los furgones. Varios agentes lo rodearon.

—Si ha saltado la valla por este punto, tendrá dos opciones —indicó, siguiendo con el dedo un camino estrecho hacia el oeste—: ocultarse en las zonas residenciales y comerciales de Vasant Vihar o buscar un vehículo para alejarse de allí antes de que cerremos los accesos.

Los subalternos asintieron de inmediato.

—Es la hipótesis más probable —dijo otro—. El terrorista se está moviendo rápido.

En menos de treinta segundos, todas las unidades volvieron a los vehículos.

Karuna se quedó de pie, junto a la entrada del edificio de apartamentos, viendo cómo los motores rugían al unísono y, del mismo modo abrupto con que habían llegado, se marcharon a toda velocidad derrapando sobre el asfalto y dejando tras de sí un eco de sirenas y polvo en suspensión.

41

En el apartamento inferior del profesor Chandrashekhar Srivastav, David descubrió con sorpresa que estaba totalmente acondicionado como un laboratorio. Un tenue pero persistente olor a desinfectante impregnaba el aire.

Desde el exterior nadie habría podido imaginarlo: las ventanas permanecían cerradas, las cortinas siempre echadas y los cristales cubiertos con láminas opacas que impedían cualquier filtración de luz.

En el centro del salón destacaba una mesa robusta repleta de instrumental: un microscopio, un ordenador de sobremesa con pantalla plana, bandejas de muestras, lámparas de luz fría y contenedores herméticos.

Las paredes de todas las habitaciones estaban forradas con estanterías metálicas que albergaban archivadores numerados, cajas de guantes, mascarillas, herramientas de precisión y varios cuadernos que, tras un vistazo rápido, David dedujo que eran registros de gastos y material.

El profesor lo tenía todo clasificado con una meticulosidad casi obsesiva.

En las esquinas, un extractor portátil y un purificador de aire funcionaban conectados mediante tubos al sistema de ventilación que conectaba con el apartamento superior.

En la cocina, la encimera estaba tomada por cables y dispositivos electrónicos ensamblados de forma improvisada.

El conjunto transmitía una mezcla inquietante: un orden impecable dentro de un entorno claramente provisional. Era un laboratorio plenamente operativo, pero oculto en la clandestinidad de un simple piso doméstico.

Karuna dejó escapar un silbido de asombro al contemplar aquel laboratorio clandestino.

—Este bloque de apartamentos prácticamente era perfecto para él —comentó ella mientras avanzaba por el pasillo, observándolo todo sin atreverse a tocar nada—. Su vecino falleció y los herederos viven en Calcuta. En esta planta, en el piso de al lado, vive una señora muy mayor, aunque ahora está ingresada en el hospital. Y los de la planta de abajo pertenecen a unos propietarios que residen en el extranjero y los alquilan de forma temporal. Nadie podría enterarse de las actividades que el profesor realizara.

—Creo que tenía un cómplice —dijo David, leyendo por encima los títulos de una serie de libros apilados en una estantería; eran ensayos de medicina.

Karuna se puso en jarras, esbozó una sonrisa y, con gesto incrédulo, dijo:

—A ver, Sherlock Holmes, sorpréndeme.

—El *chowkidar*.

Ella meditó unos segundos aquella revelación.

—Vaya… pues es una posibilidad. Es una persona que maneja información, como quién entra y quién sale… Le habría estado pagando para informarle y mantener la boca cerrada sobre sus actividades. Y quizá como ayudante de la limpieza.

—La única deducción posible —dijo David mientras cerraba un cuaderno y lo dejaba con cuidado sobre la estantería— es que aquí no realizaba experimentos biológicos. Si fuera el caso, veríamos cámaras herméticas, equipos de bioseguridad… todo un protocolo que aquí no existe.

Karuna recorrió la habitación con la mirada, con el ceño fruncido.

—Da la impresión de que no ha trabajado aquí desde hace bastante tiempo.

—O desde justo antes de su último viaje a Bombay —respondió David—. Allí llevó a cabo ensayos clínicos con personas. Aquí, en

cambio, debió de dedicarse al estudio químico… drogas…, compuestos experimentales, quizá precursores. —Señaló con un gesto la impecable pulcritud del lugar—. Lo dejó todo tan limpio que parece esterilizado. No quería que quedara ni la más mínima huella.

Karuna asintió lentamente.

—Tal vez temía que si la policía sospechara de él, perros adiestrados pudieran rastrear el laboratorio. Este olor… —aspiró el aire— tiene lejía, desinfectante y algo más. Como si hubiera intentado borrar cualquier rastro químico.

—Exacto —concluyó David—. Con lo meticuloso que era con el orden y la limpieza, es evidente que lo hizo a propósito. No solo por hábito, sino para asegurarse de que nadie pudiera descubrir lo que investigaba aquí. Y, por cómo lo dejó, parece que igual planeaba no volver.

—¿Qué quieres decir?

—Huir al extranjero —dijo David, reflexionando en voz alta—. Después de que su operación en Bombay quedara desmantelada, debió de pensar que lo mejor era desaparecer por un tiempo. Probablemente estaba esperando el momento adecuado para escapar… justo cuando di con él. Aunque lo inquietante es que sabía mi nombre. Mi presencia no le sorprendió en absoluto.

—¿Paladin? —preguntó Karuna.

—Sí. Quienquiera que sea ese tal Paladin, tuvo que advertirle que yo le estaba siguiendo.

Ella lo miró fijamente, con una seriedad que no dejaba lugar a dudas sobre la gravedad del asunto.

—David, tienes que reunirte con Arvind. No tienes alternativa. Él está tan interesado como tú en capturar a Paladin y dispone de información muy precisa sobre sus movimientos y sus contactos.

Él frunció el ceño.

—¿Y qué sabe exactamente? ¿Tú también estás metida en esa investigación?

Ella negó con suavidad, pero su tono fue firme, profesional.

—No. Mi departamento es distinto. Soy agente operativa de campo. Cumplo misiones, ejecuto órdenes, me ocupo del terreno. Ya sabes… No trabajo en análisis de inteligencia ni en el seguimiento de

redes clandestinas. Esa parte es competencia de Arvind y de su equipo, y créeme, están mucho más cerca de Paladin de lo que tú imaginas.

David permaneció callado un instante, evaluando sus opciones.

—Subamos arriba —dijo por fin—. El olor de este lugar me está poniendo enfermo.

42

Subieron por las escaleras que llevaban al piso superior.

Cuando David estaba cerrando la trampilla, una voz estalló en el interior del apartamento.

—No se muevan —ordenó el *chowkidar*, con un acento en hindi que revelaba su origen de Bihar. Sujetaba un palo de madera en una mano—. Si intentan escapar, los golpearé.

De repente, su cabeza estalló. El cuerpo cayó súbitamente contra el suelo.

Dos hombres armados irrumpieron en el apartamento de forma precisa y coordinada. Tenían el pelo y la barba negros, cuidadosamente arreglados, y vestían con una informal elegancia que resultaba inquietante: vaqueros oscuros, zapatos de cuero marrón impecables y camisetas de marca que contrastaban con la violencia implícita en su presencia.

—Vais a venir con nosotros —dijo uno de ellos con voz firme. Por su acento, tanto David como Karuna dedujeron que podía ser de Cachemira—. A la menor resistencia no tendremos el más mínimo reparo en mataros.

Los llevaron a punta de pistola a un Suzuki Gran Vitara de color gris metálico y con las lunas tintadas que esperaba justo a la entrada del edificio.

David no opuso resistencia; sabía que cualquier intento de escapar pondría en peligro la vida de Karuna. Aquellos hombres no bromeaban: cumplirían sus amenazas sin titubear.

Los empujaron hacia la parte trasera del vehículo y los hicieron sentar juntos. Uno de los captores se acomodó junto a Karuna, apuntando con la pistola directamente a David, mientras el otro permanecía en el asiento del copiloto, con su arma fija en ella, como si cualquier movimiento pudiera desencadenar un disparo.

El conductor bloqueó las puertas y arrancó con suavidad, pero con determinación.

—¿Dónde nos lleváis? —preguntó Karuna, intentando mantener la calma.

El silencio que siguió fue absoluto, interrumpido solo por el murmullo constante del motor y el crujido del vehículo al tomar las curvas.

—Vamos a hacer un viaje —dijo al fin uno de ellos.

—Las salidas por carretera están vigiladas —replicó Karuna—. No podremos llegar muy lejos sin ser interceptados por las fuerzas de seguridad.

Tras veinte minutos de conducción, una señal de tráfico anunció la proximidad del aeropuerto de Safdarjung.

Establecido durante el Raj británico como Willingdon Airfield, el aeropuerto comenzó a operar como aeródromo en 1929. En la actualidad, es utilizado como zona de entrenamiento y para vuelos domésticos de pequeñas aeronaves privadas.

—No vamos a viajar por carretera —añadió el hombre con una sonrisa.

43

El aeródromo se extendía como un remanso de calma entre campos abiertos, con una pista corta de asfalto que parecía anticipar el despegue.

Los hangares, de metal desgastado y puertas corredizas que crujían al abrirse, se alineaban en la periferia, mientras una torre de control modesta, vigilaba todo desde su ventanal polvoriento.

El aire estaba impregnado de una mezcla de césped recién cortado y combustible, y el sol se reflejaba en las alas de los aviones ligeros alineados en fila, como si esperaran pacientemente su turno para surcar el cielo.

Cada detalle reforzaba la sensación de un mundo en miniatura, donde la rutina se mezclaba con la emoción contenida de cada despegue y aterrizaje, y donde hasta el viento parecía conocer el ritmo pausado pero constante de aquel pequeño aeródromo de Nueva Delhi.

Condujeron hasta el interior de un solitario hangar al que le habían adosado un anexo prefabricado. Allí les esperaba un hombre junto a una avioneta blanca con líneas naranjas y amarillas.

—Ya hemos llegado —dijo el que sostenía una pistola junto a Karuna.

El hombre que ocupaba el asiento del copiloto se giró para saludar al que permanecía de pie en la pista. En ese instante, David se inclinó sobre Karuna, tomó el arma del hombre sentado a su lado y le dobló la muñeca con rapidez: la pistola se disparó y le atravesó

la barbilla hasta el cráneo. David apuntó al asiento delantero y apretó el gatillo dos veces; el copiloto recibió un disparo en la cabeza y el conductor otro. Inmediatamente salió del vehículo, disparando al sorprendido hombre que permanecía de pie: la primera bala le perforó el pecho y la segunda, la frente, derrumbándose contra el suelo.

Karuna salió del coche.

—Por Dios, David —gritó, aturdida por la escena que había presenciado.

—¿Tienes idea de quiénes eran? —le preguntó David señalando los cuerpos con el cañón de la pistola.

—Traficantes de droga, sin duda —respondió Karuna—. Quizá relacionados con Paladin.

—Y querían llevarnos a algún lugar apartado, para interrogarnos con calma, fuera del alcance de la policía —añadió David—. Eso habría sido nuestra sentencia.

—Será mejor que nos marchemos de aquí cuanto antes —observó Karuna señalando la avioneta.

David limpió sus huellas en el arma con el faldón de su camiseta y la tiró al interior del coche.

—¿Sabes cómo pilotar?

Ella asintió observando la pequeña aeronave.

—Bueno… si no lo consigo, serás tú el primero en saberlo.

—Eso me consuela.

Karuna subió, manipuló unos controles, volvió a bajar, dio una vuelta alrededor de la avioneta estudiando esto y lo otro, comprobó los alerones y el timón de cola. Luego abrió una tapa y comprobó los líquidos.

—¿Has terminado ya? —preguntó David en voz alta—. Porque este lugar estará en breve lleno de policías y personal del ejército.

Ella hizo como que no le escuchaba. Y comenzó a recitar:

—Lista de comprobación de pista… Lista de control del motor… Lista la verificación de despegue. —Y mirando a David, añadió con entusiasmo—: Creo que ya podemos irnos.

44

David se acomodó en el asiento del copiloto, una estrecha cabina metálica que olía a combustible y cables calientes. Ajustó los auriculares, que le apretaban ligeramente la cabeza, mientras Karuna comenzaba una nueva tanda de comprobaciones con una energía casi contagiosa.

—Verificación de despegue… Lista de control… —murmuró, deslizando los dedos con soltura por los interruptores—. Y el anemoscopio, para ver por dónde va el viento…

Su entusiasmo contrastaba con el creciente malestar que se apoderaba de David. La cabina se le antojaba cada vez más pequeña. Hacía años que no sentía aquella punzada antigua de claustrofobia. No le gustaba estar encerrado, atrapado en un espacio donde, si algo salía mal, no podría defenderse ni reaccionar a tiempo.

—No dices nada —comentó Karuna sin apartar la vista del panel.

David guardó silencio unos segundos más, intentando controlar el nudo que se formaba en su pecho.

—Estate tranquilo, hombre —añadió ella, con un tono que pretendía ser ligero—. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? —respondió él, fríamente—. No sé ni tu verdadero nombre.

Ella sonrió apenas, una curva sutil en los labios que no revelaba nada.

—Me llamo Karuna.

—¿Ves? —replicó David—. Todo en ti es una mentira. Sé que no te llamas así. Y hace poco me estabas grabando a escondidas con un bolígrafo.

Ella no respondió de inmediato. En su lugar, avanzó con la avioneta hasta el extremo de la pista y la colocó en posición, como si necesitara el movimiento para ordenar sus pensamientos.

—Para David Ribas —dijo al fin, sin mirarlo—, yo me llamo Karuna.

Acto seguido, encendió motores. El zumbido grave lo envolvió todo mientras ella giraba la avioneta y la alineaba con la pista.

—Por cierto —dijo David, intentando recuperar algo de control—, ¿dónde piensas aterrizar?

Karuna soltó una risa suave, casi juguetona.

—Te lo diré cuando toquemos suelo. De momento, espera a que levantemos el vuelo.

A través del micrófono anunció a la torre:

—Aquí ocho-cuatro-seis-nueve. Me dirijo a la pista tres. Listo para despegue.

—Adelante, ocho-cuatro-seis-nueve. —Se escuchó por el altavoz interno.

Y con un empuje decidido sobre la palanca, la avioneta comenzó a avanzar, vibrando bajo sus pies como un animal a punto de saltar al cielo.

Enseguida el traqueteo cesó. Estaban en el aire, ascendiendo entre el rugido de los motores.

Edificios, campos y las carreteras principales de entrada a Nueva Delhi desfilaron bajo ellos. Cuando alcanzaron cierta altura, Karuna recogió los *flaps* y redujo el gas hasta alcanzar la velocidad de crucero, y la avioneta se estabilizó.

David vio cómo ella tecleaba en su teléfono móvil, que había mantenido guardado entre las piernas. Enseguida recibió un mensaje. Lo leyó.

La avioneta dio una sacudida.

—Solo es un poco de turbulencia que hay en esta altitud —dijo Karuna.

—¿Con quién estás en contacto? —preguntó David, señalando el móvil.

—¿Con quién va a ser? Con mi jefe. Te espera. Ahora no tienes modo de evitarlo, David. A no ser que quieras bajarte. —Rio de su propio comentario.

45

Por un instante, David pensó que se dirigían hacia Uttar Pradesh, pero pronto reconoció las montañas que se alzaban a lo lejos y las carreteras que serpenteaban bajo ellas, todas orientadas claramente hacia el norte, hacia el estado de Himachal Pradesh.

La avioneta dejaba atrás la vasta llanura; el terreno, antes extenso y uniforme, comenzaba a ondularse en suaves colinas que se transformaban, casi sin transición, en un mar de montañas cada vez más abruptas.

—Cuanto más nos adentremos en la cordillera del Himalaya —observó David con calma, sin apartar la vista del horizonte—, menos oportunidades tendremos de encontrar un terreno adecuado donde aterrizar. Me imagino que ya lo habrás pensado.

Desde la cabina, la vista era sobrecogedora. El sol se filtraba entre los picos, tiñendo las crestas de un dorado tenue. Las sombras se alargaban en los valles profundos, y algunos barrancos parecían tragarse la luz por completo. Las carreteras, finísimas cintas grises, zigzagueaban por las laderas.

Pequeños pueblos aparecían aquí y allá, encajados en terrazas naturales. Desde arriba se distinguían sus tejados de chapa y las fachadas encaladas, diminutos puntos claros rodeados de parches de cultivo. En algunos lugares, columnas de humo se elevaban pausadamente desde chimeneas o fuegos exteriores, disolviéndose en el aire frío de la altitud.

A medida que avanzaban, las montañas crecían, superponiéndose unas a otras como gigantes dormidos. Algunos picos estaban coronados por un polvo de nieve temprana; otros se veían cubiertos de bosques densos, tan oscuros que parecían manchas de tinta derramada sobre la tierra. De vez en cuando, una garganta profunda dejaba ver un río angosto, una línea plateada que corría entre las rocas.

Todo indicaba que se internaban en un territorio más hostil, más salvaje, y al mismo tiempo infinitamente más pintoresco. La avioneta avanzaba entre corrientes de aire cada vez más caprichosas mientras el mundo, abajo, se hacía más escarpado, más impredecible y menos dispuesto a ofrecer un lugar seguro donde aterrizar.

—Te digo de nuevo que lo tengo todo controlado —dijo Karuna con una seguridad que contrastaba con el temblor leve de la avioneta—. Mira allí —añadió, inclinándose apenas para señalar con un dedo el horizonte mientras ajustaba los mandos de cabina—. Ahí está Dalhousie, la mini Suiza de la India. ¿Has estado alguna vez?

—No —respondió David, acomodándose en su asiento. Sus ojos, pegados al ventanal, absorbían el paisaje verde que se deslizaba bajo la aeronave: colinas abombadas, bosques espesos y un mosaico de praderas y terrazas agrícolas que parecían parches cosidos al azar en un manto montañoso.

Era una vista exótica, casi irreal. En verdad aquello parecía otro país; con razón lo comparaban con Suiza.

Dalhousie emergía entre la neblina de altura como un conjunto de pequeñas manchas blancas y tejados oscuros desperdigados sobre las laderas. Aquella estación de montaña, asentada en medio de la cordillera del Dhauladhar, en el Himalaya, era célebre por su naturaleza intacta y por las edificaciones de la época colonial británica que aún resistían el paso del tiempo.

Desde el aire se adivinaban caminos estrechos, chalets de madera y tejados inclinados que recordaban a los pueblos alpinos europeos.

Fundada y bautizada en honor a Lord Dalhousie, gobernador general británico del siglo XIX, la ciudad se había convertido, desde

entonces y hasta ahora, en un refugio ideal para huir del calor abrasador de las ciudades, como Nueva Delhi, durante el verano.

—Aterrizaremos en Khajjiar, a unos veinte kilómetros de aquí —anunció Karuna. Su voz, firme, se mezcló con el zumbido grave del motor.

La avioneta se estabilizó en un vuelo más recto. De pronto, el chisporroteo de la radio llenó los auriculares de ambos.

—Estáis llegando. Atenta a la zona de aterrizaje —dijo una voz rasposa, teñida por interferencias.

David entrecerró los ojos. Entre los pliegues de las montañas empezaban a aparecer manchas verdes más intensas: praderas húmedas y claros boscosos que emergían como islas en un océano de pinos oscuros. En el altímetro, la aguja continuaba su descenso, marcando una bajada sostenida y constante.

Sobrepasaron un risco abrupto y la avioneta se inclinó hacia un valle recogido entre paredes de bosque. Allí, en una planicie que se abría como un pequeño anfiteatro natural, distinguieron al fin las marcas de pivotes naranjas clavados en el terreno para señalar la zona de aterrizaje.

—Allá vamos —murmuró Karuna, tomando aire antes de tirar con suavidad de la palanca.

El descenso se volvió áspero. David escuchó el crujido de ramas rozando el fuselaje, como si arañaran el metal. La avioneta se alineó, con más fortuna que precisión, con los pivotes. Un instante después, el aparato tocó tierra en una serie de sacudidas que lo hicieron avanzar a trompicones.

El césped húmedo dificultó aún más el frenado; la aeronave patinó sobre la hierba resbaladiza y continuó, haciendo chirriar cada una de sus piezas, hasta detenerse por fin a escasos metros de la hilera de árboles que marcaba el límite del valle.

Durante unos segundos, solo se escucharon crujidos metálicos que se apagaban lentamente y un leve siseo que parecía venir del motor o de alguna junta forzada.

Karuna soltó un largo suspiro. Retiró con cuidado las manos de la palanca de mando, apagó el interruptor de encendido y el rugido del

motor se desinfló en un silencio profundo. Luego, sin prisa pero sin titubeos, se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Llegamos —dijo, dejando entrever una sonrisa cansada.

—Enhorabuena por el aterrizaje —comentó David, todavía con el pulso acelerado.

Antes de que Karuna pudiera decir nada, un hombre salió apresuradamente de una camioneta blanca aparcada bajo los árboles. Avanzó a grandes zancadas hacia ellos, sujetando un pequeño extintor rojo con ambas manos. Su expresión era tensa, concentrada, como si cada segundo importara.

—Daos prisa —ordenó mientras ayudaba a Karuna a bajar de la avioneta—. Recoged los pivotes y cargadlos en la camioneta. No podemos dejar ningún rastro.

David y Karuna obedecieron. En cuanto sus pies tocaron la hierba húmeda, se dirigieron a la línea de pivotes naranjas y comenzaron a recogerlos uno por uno. La avioneta, a sus espaldas, seguía emitiendo un leve chasquido metálico que se mezclaba con el rumor distante del bosque.

Mientras ellos recogían el material que había ayudado para el aterrizaje, el hombre se acercó a la parte trasera del fuselaje de la avioneta. Con movimientos precisos, abrió un panel y extrajo la caja negra. Sabía exactamente lo que hacía y lo hizo sin perder tiempo. El objetivo era claro: eliminar cualquier registro del uso que Karuna y David habían hecho de la avioneta, y sobre todo impedir que las grabaciones de cabina de sus conversaciones terminaran en manos de la policía o de los investigadores.

Acto seguido, levantó el extintor y roció el interior de la aeronave con una espuma fría y blanquecina. Lo hizo meticulosamente, cubriendo los asientos, los mandos, las manillas y hasta el suelo. Después roció también la zona exterior por donde ellos habían descendido. La espuma caía como una nevada artificial, borrando cualquier huella dactilar, cualquier rastro de presencia humana.

—Listo. Vámonos —dijo el hombre, sin perder su tono urgente.

Cuando subieron a la camioneta, el motor arrancó con un gruñido áspero. El vehículo avanzó por un estrecho sendero flanqueado por árboles altos y frondosos. Las sombras de las ramas

se deslizaban sobre el parabrisas y la luz filtrada del bosque creaba un parpadeo constante.

Tras unos minutos, salieron a una carretera local y comenzaron a ascender por una colina serpenteante. La camioneta se balanceaba por tramos de asfalto irregular, caminos comarcales y trayectos de tierra que parecían apenas transitados.

Después de unos veinte minutos de un recorrido duro, el bosque se abrió dando paso a un claro. Allí, rodeado por el paisaje montañoso, se levantaba un bungaló sorprendentemente elegante, casi ostentoso.

Tenía la opulencia ornamental del estilo victoriano: paredes de piedra y madera oscura, techos bajos a dos aguas, un porche amplio sostenido por columnas decoradas y ventanales grandes que reflejaban la luz gris del cielo. Las vigas expuestas y los detalles artesanales daban la impresión de un refugio de lujo cuidadosamente escondido del mundo.

A ambos lados del porche, casi mimetizados con la arquitectura del bungaló, se apostaban varios agentes armados. Llevaban fusiles modernos, impecablemente mantenidos, y vestían ropa táctica discreta pero de alta calidad. No eran policías ni militares: su porte, su serenidad alerta y la precisión con la que vigilaban cada ángulo revelaban que se trataba de personal especializado, entrenado para la protección de operativos sensibles.

Y en los escalones de la entrada, de pie y con las manos cruzadas a la espalda, un hombre los esperaba con una quietud calculada.

David lo reconoció al instante. Se llamaba Arvind Tiwari y era el director de la RAW.

46

Afuera comenzaba a oscurecer. Las últimas luces del día se filtraban por los ventanales como hilos anaranjados que apenas lograban atravesar la espesura de los árboles que rodeaban la casa.

En contraste, la sala en la que se encontraban Karuna, Arvind y David estaba cálida, iluminada por lámparas de mesa que proyectaban un resplandor suave, casi íntimo.

El mobiliario era austero pero elegante: madera oscura y pocas decoraciones, salvo algunos libros antiguos y una alfombra que amortiguaba cada paso.

En la mesa de centro, una bandeja de plata sostenía una tetera humeante y varias galletas dispuestas con cuidado, como si las hubiera colocado alguien obsesionado con el orden. El olor a té *masala* recién servido envolvía la sala con una calma engañosa.

El director de la inteligencia india presentaba exactamente la misma imagen que David guardaba en su memoria, casi como si el tiempo no hubiera pasado. Estaba perfectamente afeitado; su cabello negro, brillante como el carbón, mantenía un corte impecable que reflejaba disciplina y vanidad a partes iguales. Y, fiel a su estilo característico, seguía usando un traje demasiado estrecho, que tensaba ligeramente en los hombros y los costados, como si se negara a aceptar que los años habían ampliado su complexión o su poder.

Karuna y David estaban sentados en los sofás; Arvind, en cambio, permanecía de pie. De vez en cuando se apoyaba en el alfeizar mientras hablaba, pero enseguida retomaba su posición y quedaba inmóvil frente a ellos, con las manos entrelazadas o los brazos cruzados. A veces se detenía ante la ventana y, sin interrumpir la conversación, dejaba que su mirada se perdiera en la oscuridad del paisaje nocturno; en otras ocasiones, para enfatizar sus palabras, caminaba de un lado a otro por la habitación.

—Vayamos al grano —dijo David, apoyándose ligeramente hacia delante—. Tú tienes información sobre Paladin. Pero no me la quieres dar gratis. Sin embargo, quieres que haga algo por ti como condición para compartirla, ¿es eso?

La pregunta flotó en el aire unos segundos, pesada como una piedra lanzada en un lago. Karuna observó a Arvind con el ceño fruncido, esperando la reacción del director de la RAW. Y, aunque en la habitación reinaba un clima cálido, una tensión casi imperceptible se había instalado entre ellos.

—En primer lugar, déjame exponerte la situación en la que nos encontramos. Hallaron muerta a una mujer de origen estadounidense en la terminal de llegadas del aeropuerto de Madrid.

—Lo sé —aseveró David—. Pero no es nuestra competencia resolver crímenes. Somos espías, agentes de inteligencia, como quieras llamarlo. Deja eso para la policía.

—Hay algo más.

—Que es…

—Lamentablemente la señora de la limpieza que descubrió el cuerpo quedó en estado de shock y fue admitida en el hospital.

—¿Y? De verdad, Arvind…, seamos sinceros… A ti te preocupa más bien poco esa señora.

—Antes de que la trasladaran dijo a la policía española que investiga este asunto que una chica española acompañaba a la americana. La vio en estado histérico golpeando la puerta, y ella abrió con su llave.

—¿Y quién era esa española?

—Cuando vio el cadáver de su amiga, huyó. Desapareció.

—Las dos habían viajado desde Bombay —añadió Karuna.

—En un primer momento los paramédicos pensaron que la víctima había sufrido un ataque epiléptico —prosiguió Arvind—, pero tras la autopsia realizada, el patólogo confirmó que la muerte fue producida por falta de oxígeno al cerebro. Es decir, asfixia.

—Entonces, ¿la asesinaron nada más llegar al aeropuerto?

—Sobredosis.

David carraspeó y meneó la cabeza. Miró a los dos agentes de inteligencia.

—¿Y qué ha despertado vuestro interés? Es evidente que esto es un asunto de narcotráfico, no nuestro. ¿Qué quieres que haga ahora? Ya he acabado con la red de Shakaal Shan.

—Tú eres el único en quien podemos confiar totalmente, una persona en la India capaz de arreglárselas solo, metódico, imaginativo e implacablemente lógico. ¿Qué más podemos pedir?

—Yo te lo voy a decir: que no vayas con rodeos y me digas qué quieres que haga para darme información sobre Paladin.

—La joven americana sufrió una sobredosis —siguió explicando Arvind. David iba a volver a mencionar que aquello era asunto de la policía, pero él continuó—: Llevaba unas cuarenta cápsulas en el estómago. Una de ellas comenzó a disolverse. Le explotó. Era una porteadora, un correo, una mula en resumidas cuentas. Eso ya lo sabemos. Han estado aprovechándose de mujeres jóvenes extranjeras para llevar droga a Europa. Perfiles difíciles de detectar. La americana parecía dar con el perfil perfecto: americana, rubia. Una cuestión que tengo sobre esto: ¿cómo es posible tal cantidad en el estómago de unas jóvenes?

—Cada cápsula puede contener unos diez gramos de droga —intervino Karuna.

Arvind continuó:

—Antes usaban preservativos o incluso trozos de guantes de látex para envolver la droga. Esto quería decir que la mula transportaba cierta cantidad menor. Pero ahora el narcotráfico se ha modernizado, ha abrazado el avance tecnológico, y las cápsulas se fabrican a máquina y se recubren de cera de abeja. Cada una pesa unos diez gramos de droga. Una persona puede llevar en su

estómago cincuenta, sesenta y hasta ha habido casos en que se han metido casi cien.

David se giró hacia Karuna.

—Ese era el cometido del profesor Chandrashekhar Srivastav. Se dedicaba a experimentar nuevos métodos para envolver la droga y que aguantara en el estómago de las mulas.

Arvind prosiguió:

—Solían viajar dos personas a la vez. Esto es frecuente, ya que el narcotraficante tiene en cuenta que una de sus mulas pueda ser detenida, mientras que la otra consiga pasar al país de destino. Es un negocio como cualquier otro de importación-exportación. Esa gente tiene en cuenta las posibles pérdidas.

—En fin, Arvind, la red de Shakaal Shan y del profesor ha quedado por completo destruida. Ahora, hay dos cuestiones que me preocupan. Una, ¿cómo estaba implicado Paladin? Y dos, ¿qué tipo de droga traficaban?

—Ahora mismo la están analizando —dijo él, lanzándole una mirada seria—. En breve tendré la respuesta. Muy probable heroína. Quizá algo experimental para poner en la calle, tipo fentanilo. Todos los años entran en Europa mulas. Vienen de todas partes, no solo desde la India. Antes la policía andaba buscando pautas fijas en su modo de actuación; hoy en día proceden de distintos países y cambian de identidad. En aduana trabajan sobre todo basándose en pistas y soplos que confidentes o la propia policía les provee. Desde hace algún tiempo están llegando a España procedentes de vuelos de bajo coste. De Inglaterra, países escandinavos, Francia y Europa del Este. Holanda es uno de los mayores centros de tráfico de droga. En su aeropuerto hay tanto tráfico ilegal que en muchas ocasiones ni la policía se molesta en detener a las mulas.

—¿Por qué? —preguntó David.

—Porque juzgar, recabar pruebas contra la persona y todo el proceso policial son tediosos, lentos y requieren mucho tiempo de personal y dinero.

—¿Eso solo pasa en Holanda?

—Según tengo entendido, también en otros lugares. Antes los policías en algunos aeropuertos como el de Barcelona, Madrid y

París, usaban un método para hacerles vomitar. Era muy eficaz y rápido. Pero surgieron los abogados que alegaban violación de los derechos humanos y tuvieron que prohibirlo. Si se les detiene, el personal de seguridad debe seguir un protocolo establecido bastante pesado. Hay que decidirse en mandarlos a un hospital para hacerles rayos X, un informe médico y mantenerlos bajo constante vigilancia, ya que deben defecar en un váter seco para sacar todo lo que llevan dentro. Y aquí llega la cuestión del tiempo. Pueden tardar días en expulsar las cápsulas por el ano.

—Pero supongo que se les ofrece un laxante o un enema, ¿no?

—Así es, pero más con el propósito de expulsarlas rápido es porque, según parece, ha habido mulas que fallecen a causa del estreñimiento. Si defecan en el aeropuerto, imagínate, tiene que estar el policía pendiente de que el sospechoso lo haga en un orinal especial, en el que no se puede deshacer de la droga, y luego el oficial, él o ella, tiene que hurgar entre la mierda con guantes hasta encontrar la droga e incautarla.

—Por cierto, ¿qué pasó con la chica española que mencionaste que viajaba con la americana?

—La otra chica cogió su maleta y salió precipitadamente del aeropuerto. La policía española ya está encargándose de este asunto. Se revisaron las grabaciones de las cámaras de seguridad del aeropuerto y se obtuvo su identificación. Alguien la estaba esperando en la terminal de salidas. La última grabación muestra cómo se sube a un BMW en el aparcamiento. Las noticias que me han llegado son que las autoridades españolas la encontraron muerta y que detuvieron al grupo de traficantes. La mayoría era de origen indio, aunque había uno de Bangladesh y otro de Sri Lanka.

—Entonces, ¿es posible que la droga que traficaba Shakaal Shan y el profesor tuviera como destino financiar a células terroristas en España o en otros lugares de Europa? ¿Es este uno de los objetivos de Paladin?

—Era un modo de lucrarse, sí. Está involucrado en muchos otros sectores. Hemos podido reconstruir el trayecto que tenía previsto la avioneta. Los hombres que os secuestraron planeaban llevaros a

Jodhpur. Alguien debió alertarles de que Shakaal estaba liquidado y que iban a por el profesor.

El director de la RAW guardó silencio antes de proseguir.

—Si os hubieran llevado hasta Jodhpur, lo más probable es que os hubieran matado después de interrogados.

—¿Paladin les debió de alertar?

—Podría ser. Ya que te conoce y ha estado detrás de ti durante mucho tiempo, por tanto, sabe cómo reaccionas.

—Concretando, ¿qué quieres que haga? ¿Por qué me habéis traído aquí?

Arvind respiró hondo antes de hablar, como si necesitara preparar la conversación.

47

Arvind se expresó con una calma que parecía estudiada.

—En esta profesión la gente suele imaginarse un tablero moral: buenos contra malos, patriotas contra terroristas, héroes contra villanos. Pero en el mundo real del espionaje no hay buenos ni malos, David. Solo hay hombres y mujeres inteligentes, astutos y, cuando la situación lo exige, absolutamente despiadados, que intentan asegurar que el otro bando no gane.

David arqueó una ceja. Observó un instante a Karuna, que permanecía callada.

—Ese parece ser el principio fundamental para todos —respondió él—: asegurarse de no perder. Y en ese proceso… las personas pasan a ser altamente prescindibles para los cínicos directivos de las agencias de inteligencia, ¿verdad?

Arvind asintió, sin mostrar incomodidad.

—Visto así… sí. Los verdaderos espías somos menos James Bond y más Alec Leamas. De mediana edad, agotados por dentro, solitarios casi por vocación, candidatos probables al divorcio si tenemos familia, bebedores en exceso si apreciamos la botella, políticamente tibios… Y aun así, seguimos porque alguien tiene que hacerlo.

David frunció el ceño y ladeó ligeramente la cabeza, esbozando una media sonrisa. ¿Qué estaba intentando insinuarle exactamente el director de la RAW? No lo tenía del todo claro.

Aun así, David decidió seguirle el ritmo. No tenía nada que perder; como mucho, algo que descubrir. En definitiva, ¿qué era el espionaje sino un tablero permanente donde las mentiras se disfrazaban de verdades y las verdades, cuando aparecían, solo servían para enredar más la jugada? Por lo tanto, continuar la conversación no era una concesión: era, sencillamente, parte del juego.

—Por mi parte, te diré que yo estoy en el lado del bien, no del mal —afirmó David—. Mis métodos pueden ser cuestionables, pero no mi propósito: evitar que el enemigo haga daño, salvar vidas, por ejemplo. Los espías competentes, a menudo considerados protectores de la seguridad nacional, emplean métodos éticamente controvertidos, como la manipulación y el engaño, en aras de un bien mayor, la defensa nacional. Ahora, si estas tácticas plantean inquietudes morales al borrar los límites entre la necesidad y las acciones poco éticas, lo que somete sus métodos a un escrutinio constante, especialmente en lo que respecta al daño, el consentimiento y los valores democráticos, a mí me da igual. Ya sabes que no trabajo para ninguna agencia de inteligencia. Soy más bien un espía renegado. Un agente solitario. Pero te diré que para la recopilación de inteligencia, la propia naturaleza del espionaje debe desafiar la ética tradicional, es decir, el fin justifica los medios manipuladores. Pero ¿estás hablando por ti, Arvind? ¿O por todos nosotros?

Él se encogió de hombros, sin humor.

—Hablo de un ecosistema —respondió el director de la RAW—. Un estanque lleno de tiburones donde todos nadamos con la boca abierta. Devorar o ser devorados. Las lealtades son, en el mejor de los casos, transacciones temporales: hacia colegas, hacia el Estado, incluso hacia nuestras propias convicciones. El espionaje fabrica personas dispuestas a hacer cosas irreconciliables con cualquier noción convencional de virtud. Somos personas que, desde afuera, damos la impresión de ser irremediablemente corruptas.

David soltó un leve resoplido, más por contención que por fastidio. No apartó la mirada de Arvind, pero era consciente de la figura quieta al otro lado: Karuna seguía sin intervenir, observando la

escena con la serenidad estudiada de quien ha aprendido a no delatar con gestos lo que sabe de antemano.

Karuna no estaba desconcertada ni incómoda; estaba expectante. Había en su postura, inmóvil, manos cruzadas con naturalidad, terminando tranquilamente su té, luego comiendo despacio una galleta, con una mirada atenta pero sin curiosidad aparente, una certeza asumida, como si ya conociera el guion entero.

«Ella sabe exactamente hacia dónde quiere llegar su jefe. Sabe qué quiere de mí —reflexionó David, percibiendo en el silencio de la agente operativa una especie de complicidad tácita con Arvind—. Y si no habla, si no interviene en la conversación, es porque lo que van a plantearme no es una propuesta de manual. Es algo con aristas. Algo que requiere que yo dé el primer paso sin que ellos lo pidan explícitamente».

Era un silencio calculado, de esos que ponen a prueba más que las palabras. Karuna no intervenía porque su intervención aliviaría la tensión, y la tensión era exactamente lo que Arvind necesitaba para medirlo.

David entrecerró los ojos un instante.

«Perfecto —se dijo—. Si así es como quieren jugar, jugaré».

—Un tono bastante cínico, diría yo —dijo David al fin—. Das la impresión de que en este mundo no queda humanidad, que no somos más que insectos desagradables correteando dentro de una colmena sin alma.

Arvind lo miró con seriedad, cruzando lentamente las manos.

—Hacemos cosas desagradables, sí… pero las hacemos desde la defensa, no desde el capricho. Nuestros gobiernos pueden tener políticas justas, incluso nobles, pero nuestros métodos no pueden permitirse ser menos despiadados que los del enemigo. No puedes ser "menos malvado" que tu adversario solo porque tu país proclame valores benévolos. ¿Estamos de acuerdo?

Por primera vez, David lo observó sin ironía, lo suficiente para que sus palabras cargaran con un matiz más personal.

—Arvind… si lo que quieres es llegar a la conclusión de que el fin, en este oficio, justifica los medios, dilo de una vez. No hace falta

tanto rodeo poético ni citar a Le Carré. Tú sabes lo que necesitas. Solo dímelo con claridad.

Hubo un silencio entre ambos.

Arvind le sostuvo la mirada, midiendo el próximo movimiento, como si esa frase fuera el verdadero inicio de la conversación que quería tener.

—Quiero que viajes a Pakistán.

48

La noche envolvía el bungaló como un manto denso y silencioso.

En la montaña, la oscuridad caía más deprisa, más pesada; apenas quedaban restos del crepúsculo entre las siluetas irregulares de los árboles. El aire frío descendía desde las cumbres como un soplo cortante, cargado de humedad y olor a tierra mojada.

De vez en cuando, una ráfaga hacía crujir las ramas secas y agitaba la hierba helada alrededor de la fachada. La luz cálida que escapaba por las ventanas del bungaló parecía un pequeño refugio en mitad de un paisaje que, en esas horas, pertenecía únicamente al viento y a la quietud profunda de la montaña.

En el interior de la habitación el silencio volvió a instalarse, más denso que antes. David lo sostuvo un momento, luego habló con una voz más baja, más seria:

—¿Viajar a Pakistán? —repitió David, sorprendido, mirando alternativamente a Arvind y a Karuna.

Antes de que Arvind pudiera abrir la boca, Karuna intervino con su tono habitual: preciso, sereno, sin dramatismos innecesarios.

—Tu perfil no está completamente definido —explicó—. Las cámaras que captaron tu rostro en la universidad Jamia Millia Islamia lo registraron borroso; la policía solo pudo mejorarlo con un programa de IA, y aun así la resolución que se vio en las televisiones es mediocre. Con el paso del tiempo, la gente dejará de tener esa imagen en la memoria. Además, la India recibe constantemente

turistas extranjeros e indios de piel clara. Podrías pasar perfectamente desapercibido. Nadie te asociaría con lo ocurrido.

Hizo una breve pausa, luego añadió con una seguridad tranquila:

—Sin embargo, hay que limpiar los archivos policiales. Yo me encargaré de ello: vídeos de móviles que grabaron los testigos que te vieron en la universidad, cámaras de seguridad… todo desaparecerá. Así podrás moverte de nuevo por la calle sin riesgos innecesarios.

—Adelante, Karuna —intervino finalmente Arvind, asintiendo—. Y buen trabajo.

Karuna se levantó con un movimiento medido. Caminó hacia David con un paso firme pero sin prisa, como si cada gesto formara parte de una coreografía que dominaba desde siempre. Le extendió la mano.

—Buena suerte, David —dijo. No era un formalismo; en sus ojos había un destello de sincera preocupación profesional, quizá incluso personal.

David se puso de pie para corresponder al gesto. Su apretón de manos fue breve, pero lo suficientemente firme para transmitir respeto.

—Gracias por todo, Karuna. Cuídate —respondió, consciente de que no se volverían a ver por mucho tiempo, quizá nunca más.

Karuna inclinó apenas la cabeza, un gesto elegante que parecía decir más de lo que permitían las palabras.

—Lo mismo te digo —susurró, antes de dar media vuelta y abandonar la habitación.

Arvind se quedó mirando la oscuridad más allá de la ventana, como si allí encontrara la confirmación de lo que estaba a punto de decir. Volvió la vista hacia David.

—El espionaje se escribe con sangre —murmuró el director de la RAW, sin dramatismo, casi como si recitara un hecho cotidiano.

David lo observó en silencio.

Arvind continuó:

—Porque nada de lo que hacemos es limpio. La información no flota en el aire esperando que alguien la capture con un gesto elegante. Hay que arrancarla. Sacarla de donde no quiere salir. Eso

implica presionar, manipular, infiltrarse, mentir, traicionar. Implica romper reglas, quebrar leyes y, muchas veces, comprometer convicciones que juramos defender. —Hizo un gesto con la mano, cansado—. El espionaje no es un ejercicio de virtudes: es una pugna por sobrevivir antes de que el otro te borre del mapa.

Respiró hondo, como si se quitara un peso de encima al decirlo en voz alta, y prosiguió:

—Cada avance significativo que obtuvimos, cada secreto que evitó una guerra o desactivó una amenaza… siempre vino acompañado de una sombra. Una puerta forzada, una verdad manipulada, una conciencia quebrada. Y sí, a veces incluso vidas sacrificadas. Por eso digo que el espionaje se escribe con sangre. No porque se busque derramarla, sino porque es imposible avanzar sin ensuciarse con ella.

Hizo una pausa y su mirada se endureció apenas.

—Somos los que tomamos decisiones que nadie más quiere tomar —continuó—, con métodos que nadie quiere admitir y asumir. Porque el lujo de la pureza moral es para quienes no tienen que lidiar con las consecuencias del mundo real.

David entendió entonces que la frase que hacía unos instantes el director de la RAW había pronunciado, «El espionaje se escribe con sangre», era una confesión amarga: la aceptación de un oficio que, para bien o para mal, se movía en un terreno donde los fines siempre reclamaban un precio. Y donde, al final, todos terminaban manchados.

—Quien crea que en los servicios de inteligencia buscamos justicia, democracia o redención moral, no ha entendido nada de cómo funciona el espionaje —reanudó Arvind—. Esas palabras sirven para discursos, no para informes clasificados. Nuestras heroicidades, si existen, se quedan a puerta cerrada; la épica no se imprime, se archiva o se entierra. Y el ciudadano, cuando entra en la ecuación, lo hace como coartada, como cifra estadística o como daño colateral inevitable. El reparto real del poder no se vota: se negocia en despachos sin ventanas, entre gobiernos, corporaciones, ejércitos y servicios de inteligencia que jamás darán explicaciones. Esto no va de izquierdas o derechas, ni de constituciones ni de banderas. Va de

quién controla las rutas comerciales, las materias primas, el dinero, las armas y, sobre todo, la narrativa. Quien controla el relato controla el miedo, y quien controla el miedo gobierna sin disparar un solo tiro.

»En el RAW no buscamos gloria, buscamos estabilidad. Y la estabilidad en este país es un equilibrio frágil, siempre a punto de romperse. En el interior, el terrorismo naxalita no es una anécdota ideológica: es una guerra lenta, enquistada, que se alimenta de pobreza, resentimiento y selva. No llevan uniformes ni reclaman portadas internacionales, pero erosionan al Estado desde dentro, emboscan, sabotean, infiltran y convierten regiones enteras en terror. Y luego están las fronteras. Pakistán, con su doble juego eterno: enemigo declarado y amenaza encubierta, exportando inestabilidad mientras finge combatirla. China, paciente, metódica, avanzando sin prisa pero sin pausa, midiendo cada paso, cada carretera, cada satélite, cada pulgada de terreno y de influencia. No necesitan invadirnos mañana; les basta con rodearnos hoy y asfixiarnos pasado mañana.

»No voy a detallarte todos los peligros con los que tenemos que enfrentarnos a diario. Nuestro trabajo es anticipar, prevenir, analizar. Saber qué movimiento se hará antes de que alguien se atreva siquiera a sugerirlo en una sala de crisis. Darle al poder la información necesaria para decidir… o para justificar decisiones ya tomadas. Todo lo demás, los discursos sobre valores, las promesas al electorado, las banderas agitadas, es decorado. Útil, sí, pero decorado al fin y al cabo. El espionaje no es bonito. No es limpio. Y desde luego no es justo. Pero es la diferencia entre sobrevivir en un mundo hostil o convertirse en la próxima nota a pie de página de la historia.

—Vale, entonces queda claro que estamos de acuerdo en lo mismo: en el mundo del espionaje no hay blanco o negro, sino negro y gris. Llegados a este punto, dime: ¿qué quieres que haga en Pakistán?

49

Arvind tomó asiento y se sirvió té de la tetera, todavía humeante. Sostuvo la taza un instante antes de beber y saboreó cada sorbo con calma.

Luego le informó, con su habitual tono contenido, que había recibido la aprobación de Hassena. Sin la decisión final de ella, jamás habría podido plantearle aquella misión a David Ribas.

—Irás a Lahore —dijo sin rodeos.

—¿Cuándo? —preguntó David, intentando adivinar en su rostro algún matiz que suavizara la orden.

—Mañana temprano.

—¿Cuál es la misión?

Arvind tomó aire, como quien se prepara para pronunciar algo que sabe que caerá mal.

—Necesitamos que inutilices, o al menos dañes todo lo posible, el programa de armas nucleares pakistaní.

David tardó unos segundos en procesar lo que el director de la inteligencia india acababa de decirle. Lo miró incrédulo y, visiblemente contrariado, replicó:

—¿No tenéis agentes dentro del país que puedan encargarse de ese… trabajo de sabotaje?

—No podemos —respondió Arvind, lacónico, como si ese par de palabras lo explicaran todo.

El gesto de David lo decía todo también: molestia, incredulidad y un cansancio que parecía hundírsele en los hombros. «Espiando en

Pakistán. Una muerte segura si me atrapan».

El pensamiento no era una exageración dramática, sino una certeza fría. Conocía el historial del ISI, el servicio de inteligencia pakistaní, sus métodos, su nivel de paranoia y el modo en que trataban a los sospechosos. No habría margen para errores, ni rescates posibles, ni negociaciones diplomáticas salvadoras. Si lo atrapaban, desaparecería en un agujero negro del que nadie salía.

Se levantó, estiró las piernas y se acercó a la ventana. El cristal reflejaba un rostro que casi no reconocía.

—Queréis a alguien prescindible como yo, ¿es eso? —soltó sin mirar atrás.

Arvind se acomodó en el sofá con un suspiro leve. Sabía que no era el momento de discutir ni de intentar justificar lo injustificable. Optó por seguir adelante, ignorando el comentario como si no lo hubiera oído.

—La amenaza más seria para nuestra seguridad nacional, aquella contra la que nos enfrentamos ahora mismo, es doble: Pakistán y, entre sus aliados más peligrosos, Irán. Tenemos información sólida de que existe un laboratorio en las afueras de Lahore que está ayudando a Irán a enriquecer uranio a una velocidad alarmante. Con ese material podrían fabricar armas nucleares operativas en un plazo muy corto. —Hizo una pausa, dejando que el peso de sus palabras se asentara—. Pero hay algo más.

—Según nuestra información más reciente —continuó Arvind, apoyando los codos en las rodillas—, Pakistán podría estar considerando entregar a Irán un arma nuclear pequeña, táctica. Si eso llega a suceder, la región cambiará de forma irreversible. El equilibrio geopolítico saltaría por los aires y nuestros aliados se verían sometidos a una amenaza directa. El gobierno de Teherán volvería a soñar, sin disimulo alguno, con reconstruir un nuevo imperio persa.

Hizo una pausa, midiendo las palabras.

—Y cuando den ese paso, los demás no tardarán en imitarlo. La competencia entre los países árabes por obtener sus propias ojivas nucleares sería feroz. Una carrera armamentística sin precedentes. Sería un escenario catastrófico: toda la región ardería, y no solo en

el sentido figurado. —Arvind abrió una carpeta y deslizó unos gráficos, sin mirarlos—. Nuestros analistas económicos son claros: los precios del petróleo se dispararían. Hiperinflación. Colapso de los mercados. El costo de productos básicos quedaría fuera del alcance de la clase media, de los trabajadores y, por supuesto, de los más pobres. Millones serían empujados a la miseria en cuestión de meses.

David volvió la vista hacia él y volvió a tomar asiento en el sofá.

Arvind aprovechó el silencio.

—Tendrás una identidad totalmente hermética —dijo, con una seguridad fría—. Una historia de vida que el ISI no podrá desmontar. Ni una grieta. Ni un cabo suelto. Cuando te revisen, porque lo harán, no encontrarán nada.

—¿Y qué tapadera voy a desempeñar? —preguntó David, todavía intentando ensamblar mentalmente las piezas del plan.

—Pakistán quiere modernizarse —explicó Arvind—. Mientras Irán sueña con convertirse en una superpotencia nuclear, Islamabad tiene un sueño más inmediato: controlar a su población. Necesitan tecnología punta para vigilar redes sociales, monitorizar comunicaciones, recopilar datos masivos de todos los sectores de la sociedad. —Su voz se volvió más grave—. No quieren protestas, no quieren universidades agitadas, no quieren nada que se parezca a una primavera árabe. Y saben que hoy incluso los mulás tienen dificultades para evitar que la gente use TikTok, Instagram, Twitter o Facebook.

Hizo una pausa y continuó:

—Por eso están contactando con compañías tecnológicas europeas y ofreciendo contratos millonarios. Buscan asistencia técnica y la actualización del hardware y del software, además de otros servicios que justifican la presencia de consultores extranjeros.

Arvind se inclinó hacia él.

—Tu tapadera será justamente esa: un especialista europeo en sistemas de vigilancia, seguridad informática y análisis de datos. Alguien que cualquier gobierno obsesionado con el control querría contratar. Y alguien que, con el acceso adecuado, pueda acercarse mucho… demasiado… a la gente que tenemos en la diana.

—Entiendo lo delicado de la situación —dijo David finalmente, midiendo cada palabra—. Y también te agradezco que tú y tu organización depositéis tanta confianza en mí. De verdad. —Hizo una breve pausa, como si buscara la forma menos ofensiva de decir lo que venía a continuación—. Pero mi objetivo, desde que salí de Bombay, es y sigue siendo Paladin. Eso no ha cambiado.

Arvind no respondió de inmediato. Llevó una mano al aire y levantó el dedo índice, no como gesto de autoridad, sino como un aviso silencioso. Se inclinó hacia la mesa de centro, abrió una carpeta delgada, otra más entre el montón de documentos clasificados, y extrajo una única fotografía, que colocó frente a David con una firmeza que no dejaba espacio para interpretaciones.

—Este —dijo Arvind, sin adornos, sin dramatismos innecesarios —, es Paladin.

Dejó que el silencio hiciera su trabajo.

—Y se encuentra actualmente en Lahore.

La respiración de David se detuvo por un instante, apenas perceptible, pero suficiente para revelar su sorpresa. Cogió la fotografía y la miró como si no pudiera ser real, como si la imagen fuera un espejismo fabricado para manipularlo.

—¿En Lahore? —preguntó finalmente, con un tono que oscilaba entre la incredulidad y la rabia contenida.

Arvind asintió, consciente de que acababa de mover una pieza decisiva en el tablero.

—Lo sé. Eso cambia muchas cosas, ¿verdad? —respondió con calma—. No solo necesitamos que vayas a Pakistán, David. También sabemos que tú no abandonarías la búsqueda de Paladin, aunque te lo ordenaran. Así que hemos decidido no interponernos en tu camino. Al contrario… queremos que esa búsqueda te lleve allí. Perseguimos el mismo enemigo. —Señaló la fotografía: un hombre de unos sesenta años vestido con traje occidental—. Se hace llamar Mikaal Irfani. Él es dueño de Mikaal Trading Corporation, que engloba una docena de empresas fantasma, como los laboratorios Layla Innovation Lab, que está en contacto con los iraníes y otra llamada Aryan Digital System, con la que hemos elaborado el plan que voy a exponerte a continuación.

David apretó la mandíbula, sin apartar los ojos de la fotografía que mostraba la imagen de un hombre en un fondo neutro, borroso; captado en un instante que parecía cuidadosamente calculado. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, con algunas hebras plateadas, y estaba impecablemente vestido: un traje oscuro, entallado a medida, cuya caída perfecta delataba un tejido caro; una camisa blanca sin una sola arruga y una corbata sobria, de un azul profundo que combinaba con el pañuelo discretamente plegado en el bolsillo del pecho.

Su aspecto podría pasar por el de un empresario respetable si no fuera por la mirada: unos ojos fríos, inmutables, que observaban hacia un lado con la seguridad de quien ha sobrevivido demasiadas veces y conoce la fragilidad de los demás. Las líneas de expresión en su rostro no transmitían cansancio, sino cálculo; cada arruga parecía un registro de decisiones difíciles, y ninguna de ellas parecía haberlo hecho dudar.

Por un momento, todo lo que la misión implicaba, la infiltración, la tapadera, el riesgo de tortura o muerte, quedó eclipsado por el rostro de Paladin.

Arvind se inclinó un poco más hacia delante.

—No estamos pidiéndote que renuncies a tu objetivo —dijo con suavidad—. Te estamos mostrando que ambos objetivos coinciden.

El salón pareció encogerse entre los dos, como si comprendieran que acababan de cruzar un punto de no retorno.

PARTE CUATRO
EL JUEGO DE ESPIONAJE

50

En la ciudad pakistaní de Lahore, Mikaal Irfani estaba sentado ante su amplia mesa de trabajo. La superficie pulida reflejaba el brillo frío del monitor. Repasaba con atención un conjunto de estadísticas que desfilaban en la pantalla central mientras su asistente personal, Zayan Malik, situado discretamente a su derecha, iba cambiando las gráficas y documentos según sus indicaciones.

El despacho ocupaba la esquina más luminosa de la planta 27 del Arcadian Tower, un edificio de oficinas moderno y sobrio situado cerca de la zona de Khayaban-e-Amin, donde Mikaal Trading Corporation se extendía a lo largo de dos plantas.

Desde allí, a través de los ventanales de cristal, se divisaba la ciudad extendiéndose como un océano de edificios y calles en ebullición.

—Desde luego, los beneficios sobrepasan los riesgos —dictaminó el asistente tras unos segundos de silencio.

—¿Y qué sabemos de lo sucedido en la India? —preguntó Mikaal sin apartar la vista de la pantalla—. Hemos perdido una considerable cantidad de ingresos.

Zayan carraspeó antes de responder.

—Las últimas noticias indican que la policía de Nueva Delhi ha emitido una orden de busca y captura contra el responsable del asesinato del profesor Chandrashekhar Srivastav. Todo apunta a que es la misma persona que eliminó a Shakaal Shan en Bombay. Es

posible que se trate de un ajuste de cuentas por parte de un grupo local de narcotraficantes.

Mikaal entrecerró los ojos, pensativo.

—¿Estás seguro de que no hay nada que nos vincule con ellos? ¿Ninguna posibilidad de repercusiones?

—Ninguna, señor —respondió el asistente con firmeza—. No existe rastro alguno que conduzca hasta nosotros. Quien investigue el tráfico de drogas seguirá el rastro únicamente dentro de la red india. Aquí en Pakistán, estamos intocables.

Un leve pitido interrumpió el informe. El sonido provenía de un teléfono móvil sobre la mesa.

Mikaal apagó la alarma con un gesto automático. Era la hora del rezo.

—Déjame —ordenó, levantándose sin mirarlo.

Zayan salió del despacho con rapidez, acostumbrado a no cuestionar aquel ritual.

Mikaal había repetido esa oración miles de veces, pero cada día la vivía con la misma solemnidad. Se arrodilló frente a la ventana, orientando el cuerpo hacia La Meca, y comenzó a recitar en silencio.

A veces creía escuchar una voz superior, una presencia que lo acompañaba en el recogimiento. En realidad, era su propio subconsciente, pero él estaba convencido de que su devoción a Alá, el Señor poderoso, podía convertirlo en receptor de algún mensaje sagrado. En los rincones más ocultos de su mente se permitía incluso imaginarse como el surgimiento de un nuevo Profeta, el último depositario de un designio divino.

Sumido en aquella exaltación espiritual, un sonido brusco lo arrancó de su meditación. Alguien golpeaba la puerta con los nudillos.

«¿Acaso no dejé claro que no quiero que me interrumpan durante la oración?», se dijo con irritación creciente mientras abría los ojos y enderezaba lentamente el cuerpo.

Enfadado, Mikaal intentó ignorar que alguien había llamado a la puerta, pensando que pronto se daría cuenta de que había cometido un error. Pero de nuevo volvieron a llamar, de forma más insistente, más impertinente.

Se levantó del suelo, furioso. Caminó hasta el escritorio, abrió un cajón con brusquedad y extrajo una pequeña caja; de su interior tomó una Glock 19, se aseguró de que estaba cargada y, sin ocultar su furia, se dirigió hacia la puerta.

Cuando la abrió, apareció ante él un joven empleado, pulcramente vestido, camisa impecable, corbata ajustada y la barba recortada con precisión casi obsesiva. El muchacho sonreía de oreja a oreja, ajeno al estado en que se encontraba su jefe.

—Señor, lo están esperando en la sala de reuniones —anunció, con una cordialidad que resultaba fuera de lugar.

Mikaal levantó el arma, apuntando al rostro del empleado sin titubear.

—He dicho que no quiero que me molesten durante mi rezo —escupió con la voz cargada de una furia helada.

La sonrisa del joven se quebró de inmediato. Un sonido ahogado escapó de su garganta mientras caía de rodillas, paralizado por el miedo. Su respiración se volvió errática y los ojos se abrieron desmesuradamente.

Las voces atrajeron a varias personas, que se asomaron al pasillo desde sus oficinas. Se quedaron allí, clavados al suelo, incapaces de intervenir o apartar la mirada, atrapados entre el *shock* y el terror.

Mikaal presionó el cañón de la pistola contra la frente del joven, inclinándose apenas para que sus ojos quedaran a la misma altura, y disparó. El ruido de la detonación hizo eco por toda la planta del edificio.

Los empleados que se habían asomado al escuchar el disparo quedaron lívidos; se metieron dentro de sus oficinas para evitar cruzar la mirada con él, como si temieran que cualquier contacto visual pudiera involucrarlos en algo que no deseaban entender.

Mikaal se giró lentamente, como si nada extraordinario hubiera ocurrido, y sus ojos se posaron en su asistente, Zayan Malik. El hombre estaba a unos metros de distancia, paralizado, con el rostro desencajado por el horror de lo que acababa de presenciar; a decir verdad, no era la primera vez. Sus manos temblaban levemente, aunque intentaba ocultarlo aferrándolas a una carpeta que ya no recordaba por qué sostenía.

—Diles que esperen en la sala de reuniones unos minutos más —ordenó Mikaal con una calma escalofriante, como si acabara de dar una instrucción trivial—. Enseguida estoy con ellos. —Señaló el cuerpo que yacía en el suelo—. Y llama a alguien para que quite esto de aquí.

Zayan abrió la boca, pero ninguna palabra logró salir. Solo pudo asentir, un gesto rígido, casi mecánico, mientras intentaba recomponer su expresión sin éxito. Dio un paso hacia atrás, luego otro, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera desencadenar otra reacción violenta. Finalmente se giró y se marchó por el pasillo, avanzando con pasos apresurados.

Mikaal lo observó alejarse, impasible, y luego desvió su atención hacia el interior de su despacho, como quien regresa a una rutina interrumpida solo por un inconveniente menor.

Cerró la puerta a su espalda y guardó la pistola en su sitio.

Se volvió a arrodillar en la alfombrilla mirando hacia la Meca y se inclinó.

El aire todavía olía fuerte a pólvora quemada, un aroma sulfuroso, metálico y acre, y a miedo. Pero para él, era solo otro día en la oficina.

51

En el aeropuerto de Schiphol, uno de los más transitados y discretamente vigilados de Europa, esperaba a David Ribas un enlace de los servicios de inteligencia indios.

El encuentro se produjo en una sala VIP de la aerolínea Emirates, donde la iluminación tenue, el murmullo de conversaciones en varios idiomas y el aroma a café recién molido permitían pasar desapercibido cualquier intercambio delicado.

El agente indio lo recibió con un protocolo milimétrico, sin una palabra más de las necesarias.

Tras comprobar sutilmente que no había vigilancia cercana, le entregó una maleta rígida de diseño, aparentemente corriente para un ejecutivo internacional. En su interior, David encontró varias mudas, artículos de higiene, ropa y calzado de marcas exclusivas. Todo estaba seleccionado al detalle para corresponder exactamente con el perfil que debía interpretar: un alto directivo cosmopolita, exigente y acostumbrado a los lujos.

Luego vino el material más delicado.

El agente deslizó sobre la mesa un teléfono iPhone 17, configurado con precisión quirúrgica. El dispositivo incluía una identidad digital completa: una agenda repleta de contactos verosímiles; amigos, compañeros de trabajo, proveedores, incluso una novia; historiales de chats, emails, calendarios laborales y personales.

En la galería de fotos aparecían imágenes generadas y retocadas por expertos, usando el rostro de David para crear una vida paralela que parecía auténtica en cada detalle: él y su pareja en una piscina privada; cenas románticas junto al mar; viajes a playas tropicales, ciudades europeas y resorts de montaña. Todas fechadas, geolocalizadas y preparadas para superar cualquier escrutinio superficial.

A continuación, el enlace le entregó un ordenador portátil. Su interior contenía documentos corporativos, registros de viajes de negocios, informes comerciales y varias carpetas cifradas que imitaban archivos administrativos de la empresa española que representaba, TeleCom Industries.

También recibió varios dosieres, cuadernos de trabajo y acreditaciones profesionales. Todo lo necesario para que Juan Rodríguez, su nuevo nombre, no solo existiera sobre el papel, sino que resistiera un análisis más profundo si las circunstancias lo exigían.

Minutos después, el encuentro terminó sin despedidas. El agente indio se marchó con la misma naturalidad con la que había aparecido, diluyéndose entre la marea constante de pasajeros en tránsito del aeropuerto de Ámsterdam-Schiphol, viajeros de distinta procedencia apresurados con destinos diversos.

Durante el vuelo a Lahore, David aprovechó para estudiar en su iPhone el mapa de Pakistán y los planos urbanos de Islamabad y Lahore.

David, como exoperativo de inteligencia, era consciente que llegar por primera vez a una ciudad sin conocer su trazado era aceptar una desventaja innecesaria. El mapa —fuera físico o memorizado— no solo se consideraba una herramienta de orientación: era un instrumento de supervivencia. Por lo tanto, saber moverse con naturalidad por un entorno desconocido permite actuar con la misma soltura que un residente y no llamar la atención.

Además, la información sobre el paisaje urbanístico, permitía anticipar rutas de entrada y salida, calcular tiempos reales de desplazamiento y detectar cuellos de botella. Una avenida amplia

podía ser una vía de escape… o una trampa si desemboca en una calle sin salida.

Memorizó puntos de referencia; estaciones de transporte, plazas, hospitales, mercados, centros comerciales… No solo servía para ubicarse con rapidez; permitía reorientarse en segundos si la situación lo requiriera. En una operación, perder la orientación durante apenas un minuto podía significar perder el contacto, comprometer una fuente o quedar expuesto a una vigilancia inesperada.

Además, por propia experiencia, él sabía que el conocimiento del entorno reducía la carga cognitiva en momentos de estrés. Cuando surgía una urgencia —una cita que se complica, una señal de alerta, la sospecha de seguimiento— el agente no puede permitirse dudar hacia dónde girar o qué calle puede conducir a un lugar seguro. Cada vacilación es visible. Cada mirada desorientada, sospechosa.

En definitiva, el mapa no es solo geografía para el agente operativo: es previsión. Es la diferencia entre reaccionar y anticiparse. En un territorio nuevo, dominar el espacio es el primer paso para dominar la situación.

Horas después, David aterrizó en el Aeropuerto Internacional Allama Iqbal de Lahore al despuntar el día. A través de la ventanilla del avión, observó cómo la neblina matinal, una bruma espesa que parecía adueñarse de todo el valle del Punyab, envolvía las pistas y difuminaba los edificios del complejo.

El aeropuerto, el segundo más grande de Pakistán, combinaba la arquitectura moderna con un incesante vaivén de pasajeros y personal de seguridad.

La terminal de llegadas lo recibió con una mezcla de humedad cálida y olor a especias, queroseno y climatización forzada. Los anuncios en urdu resonaban entremezclados con instrucciones en inglés, rebotando contra las paredes de cristal y las estructuras metálicas del edificio. Grandes paneles LED mostraban vuelos entrantes desde todo el Golfo, Asia Central y Europa, intercalados con anuncios de compañías telefónicas y bancos locales.

El suelo de mármol pulido reflejaba un ir y venir incesante de pasajeros: familias enteras que regresaban del extranjero cargadas

de regalos, trabajadores procedentes de Dubái o Doha, turistas curiosos que miraban alrededor con una mezcla de confusión y fascinación. El aire vibraba con la energía caótica y, de algún modo, acogedora de un país en constante movimiento.

Para cualquier observador, David no era más que otro viajero internacional. Pero su viaje, estrictamente calculado, distaba mucho de ser ordinario.

Mientras avanzaba por los pasillos del aeropuerto, repasaba mentalmente cada elemento de su nueva identidad, como si necesitara reafirmarla paso a paso.

En Pakistán él ya no era David Ribas: era Juan Rodríguez, de origen español, director de exportación de la empresa española TeleCom Industries, ejecutivo de éxito, cosmopolita, seguro de sí mismo… y una pieza esencial en una operación cuyo alcance apenas comenzaba a vislumbrarse.

Desde hacía meses, la empresa fantasma creada por la inteligencia india había estado en contacto con la oficina de Mikaal Irfani, ya que el RAW había detectado que buscaba doce aparatos móviles satelitales.

Al no formar parte del núcleo tradicional de potencias anglosajonas, España generaba una mayor sensación de neutralidad y discreción, factores clave en el ámbito de la cooperación tecnológica y de seguridad.

Esta percepción resultó decisiva a la hora de que la oficina de Mikaal adquiriera los aparatos telefónicos, ya que los pakistaníes confiaban en que dichos equipos españoles no estarían sujetos a interferencias, puertas traseras o manipulaciones encubiertas por intereses externos.

Solo pusieron una condición: que un empleado de la empresa los entregara en Lahore, en persona.

David pasó por el control de inmigración sin contratiempos. El funcionario apenas levantó la vista del pasaporte; examinó el visado, tecleó algo en su ordenador y estampó el sello de entrada con un gesto automático.

Acto seguido, se dirigió a la cinta de equipajes, recogió la maleta que contenía su nueva vida y avanzó hacia las puertas automáticas

de vidrio translúcido que separaban la zona internacional del vestíbulo principal. Al cruzarlas, una oleada de ruido lo envolvió: ruidos de altavoces dando información, carritos chirriantes, taxistas ofreciendo sus servicios, guías turísticos hablando en inglés con acento local a un grupo de extranjeros y niños correteando entre las columnas.

Conforme avanzaba por la rampa que conducía al exterior, escuchó una voz que sobresalió entre la sinfonía caótica de la terminal:

—¡Señor Rodríguez! ¡Señor Rodríguez!

David tardó un instante en reaccionar. Cuando por fin comprendió que lo llamaban a él, se detuvo y giró la cabeza.

Entre la multitud distinguió a un hombre que le sonreía ampliamente mientras levantaba la mano para hacerse visible. En la chaqueta de su uniforme colgaba una pequeña placa con su nombre: «Usman». Sus ojos parecían haberlo identificado desde el primer momento.

David respiró hondo.

Era el primer contacto en suelo pakistaní.

La operación acababa de comenzar de verdad.

52

Mikaal Irfani se encontraba arrodillado frente a la ventana. Cerró los ojos. Un murmullo, casi un temblor interno, comenzó a abrirse paso en su mente.

Aquel era el momento por el que había estado orando desde hacía muchos años. Cada fibra del cuerpo de Mikaal tembló de temor y emoción: el Señor, el Maestro, el Líder Superior, el Glorificado, Alá le hablaba a él.

—*Allahu Akbar*. Sí, haré todo lo que dices.

No era la primera vez que lo escuchaba: aquella presencia había habitado sus pensamientos durante años, moldeando su fe hasta deformarla.

Era la Voz Superior, como él la llamaba. La consideraba una guía divina… aunque en realidad no era más que el eco distorsionado de su propia obsesión.

La voz se manifestó con una claridad inquietante.

«Estoy sumamente complacido», dijo, con un susurro que parecía vibrar en los huesos. «Ese hombre que has matado osó interrumpir tu momento sagrado. Has restablecido el orden».

Mikaal sintió que se le aceleraba el pulso. Cada palabra penetraba en él como un mandato sellado en fuego. Escuchaba argumentos que pretendían justificar el asesinato a sangre fría de aquel joven empleado.

La voz prosiguió.

Más grave.

Más imperiosa.

«Escucha ahora. Hay que destruir, aniquilar y matar a los infieles: judíos, cristianos e hindúes. Debes provocar una guerra nuclear entre Pakistán e India. Ese será el primer paso. Cuando el caos reine y las naciones se consuman, tu misión continuará: ayudarás a Irán a borrar a Israel del mapa. Entonces, y solo entonces, comenzará la nueva era… el surgimiento del califato islámico».

La habitación pareció encogerse a su alrededor. El aire vibró, espeso, cargado de un simbolismo que solo él era capaz de ver. Para cualquier otra persona, aquellas palabras serían la evidencia de un desequilibrio devastador. Para Mikaal, en cambio, representaban la culminación de lo que llevaba años esperando: un destino grandioso, terrible y absoluto.

Había orado por una señal espiritual que validara su operación secreta. Había implorado un propósito. Y ahora, en su mente desbordada de fanatismo y delirio, estaba convencido de que por fin lo había recibido.

Cada músculo de su cuerpo tembló: de temor, de incertidumbre, sí, pero también de una exaltación febril que lo dejaba sin aliento. Se creía elegido, señalado por el Señor, el Maestro, el Líder Superior, el Glorificado… Alá, según su visión retorcida.

—*Inshallah*… —susurró, con la voz quebrada por la emoción y la locura—. Sí… cumpliré todo lo que me ordenes.

Sus palabras se perdieron en el silencio del despacho. Se levantó del suelo y se quedó de pie, inmóvil, con la mirada encendida y perdida más allá de la ventana, como si ya estuviera viendo la sombra de su propio apocalipsis.

Era el momento de dirigirse a la sala de reuniones. Lo esperaban.

Mikaal avanzó por el pasillo con paso firme, como si nada hubiera ocurrido minutos antes. Al empujar la puerta de cristal esmerilado, doce hombres, más su asistente personal, Zayan Malik, se pusieron de pie al unísono, reaccionando con un respeto casi reverencial.

Él levantó una mano, realizando un gesto autoritario.

—Por favor, siéntense —indicó mientras tomaba su lugar al frente, en la cabecera de la larga mesa ovalada.

Los doce hombres, cuidadosamente escogidos a lo largo de los años, ocupaban sus posiciones asignadas. Se autodenominaban «Los Doce Delegados», un nombre que pretendía dar apariencia diplomática a lo que, en realidad, era una red clandestina de influencias y ambiciones peligrosas.

Allí estaban: un general del ejército con rostro pétreo y manos curtidas por décadas de mando; un empleado del gabinete de seguridad del presidente del Gobierno de Pakistán, cuya expresión imperturbable ocultaba una frialdad calculadora; un secretario del primer ministro, discreto y silencioso; y un miembro del servicio de inteligencia que tomaba notas sin levantar la vista. Los demás eran empresarios de alto perfil, depredadores que amasaban fortunas ocultas tras contratos turbios, favores comprados y secretos que olían a corrupción con la naturalidad de quienes jamás temen rendir cuentas. Todos unidos por intereses oscuros y por el liderazgo férreo de Mikaal.

Él entrelazó los dedos sobre la mesa y habló, modulando la voz con una calma que tensó aún más el ambiente.

—Nuestro objetivo principal sigue sin alterarse —anunció—. Como ustedes saben, el propósito final es empujar a Pakistán e India hacia un enfrentamiento nuclear. Los indios… —Hizo una pausa, como si saboreara sus propias palabras—, son una torre que ya cruje bajo su propio peso. Un imperio que se desmorona. Su hora está cerca.

Observó cómo algunos delegados asentían discretamente, pronunciando en un murmullo *«Inshallah»*, pero otros evitaban reaccionar, conscientes del trabajo que aún quedaba por realizar.

—Y eso —continuó— es solo el primer paso. Una vez que el caos se desate allí, nuestros aliados iraníes llevarán a cabo la operación en la que hemos trabajado durante tanto tiempo. Contarán con nuestro apoyo. Israel será neutralizado. Borrado del mapa. Aniquilado. Eliminado. Extinguido.

Un silencio pesado cayó sobre la sala. Algunos mantuvieron la mirada fija en la mesa; otros se movieron inquietos en su asiento.

Mikaal disfrutó unos segundos de esa tensión. Luego, se inclinó hacia delante.

—Ahora más que nunca debemos extremar las precauciones. Estamos en la fase más delicada del plan: una infiltración, una filtración, un solo desliz bastarían para destruirlo todo. Y los enemigos que no se ven son, siempre, los más peligrosos.

Sus ojos recorrieron la sala con una intensidad que hizo que varios hombres respiraran hondo, intentando disimular su incomodidad. ¿Lo decía porque habría algún traidor entre ellos? Se preguntaba más de uno.

—Por lo tanto —añadió, con una sonrisa apenas perceptible—, cada uno de ustedes debe actuar con absoluta precisión. No toleraremos errores. He recibido una visión, un mensaje directo del Supremo. El tiempo del exterminio de los indios ha llegado. —Extendió el brazo y señaló a todos con el índice—. Alá los ha elegido a ustedes y a mí para ser los protagonistas de esta misión, y tenemos que ser fieles. Así pues, presten atención y permítanme explicarles…

Mientras Mikaal hablaba, una corriente de tensión recorría la estancia. Sabían que lo que estaban a punto de ejecutar cambiaría el destino de naciones enteras, y que ningún fallo sería perdonado.

53

Usman, el hombre que había ido a recoger a David al aeropuerto, se presentó como empleado del hotel Nishat, uno de los más lujosos de Lahore. En realidad, era un contacto de la RAW, la inteligencia india, que operaba bajo aquella tapadera impecable: uniforme pulcro, placa identificativa, actitud servicial y una sonrisa que no revelaba nada.

Caminaba por delante de David, arrastrando la maleta de ruedas.

Llegaron al aparcamiento.

—¿Qué tal el vuelo, señor? —preguntó mientras abría la puerta trasera del coche, un moderno Toyota Land Cruiser ZX V8 blanco.

—Largo, pero cómodo —respondió David mientras tomaba asiento.

El vehículo se puso en marcha y abandonó el área de llegadas, deslizándose por las amplias avenidas que conectaban el aeropuerto con la ciudad. A esa hora de la mañana, el tráfico empezaba a intensificarse: autocares repletos, motocicletas zigzagueando con temeridad, familias enteras transportadas en *autorickshaws* y vendedores ambulantes que ya montaban sus puestos en los arcenes.

—¿Conoce las últimas noticias? —preguntó Usman sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Las alarmas que han saltado en la prensa? —dijo David.

—Sí.

—Es histórico —murmuró David—. No hay década en la que no se calienten las relaciones entre Pakistán e India.

Usman negó despacio con la cabeza.

—No solo eso.

David frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? No entiendo… ¿Qué ha pasado?

Él esperó unos segundos antes de responder, como si calibrara si realmente era seguro hablar dentro del coche. Finalmente, se inclinó un poco hacia atrás y redujo la velocidad, mezclándose con el tráfico más denso.

—Hemos detectado conversaciones entre dos miembros de los Doce Delegados —susurró—. Están histéricos. Pensamos que iban a actuar antes de lo que creíamos. Están extrayendo cesio-137 de equipos oncológicos de hospitales privados, financiados con dinero de los Estados Unidos y países europeos, para construir y detonar una bomba sucia.

David asintió lentamente. Eso explicaba la urgencia de su reunión programada aquella mañana.

—Dentro de unas tres horas tengo la reunión prevista en Arcadian Tower con el director de Aryan Digital System —dijo.

—Él es el asistente personal de Mikaal. Se llama Zayan Malik. Son empresas pantalla como la de Layla Innovation Lab.

—Sí. Un hombre influyente —murmuró David. «Y peligroso», pensó sin decirlo.

Usman levantó la mirada por el espejo retrovisor.

—Señor, hay que actuar lo antes posible; de lo contrario, matarán a mucha gente inocente, y el gobierno indio contestará lanzando también misiles. Esto causará una guerra como jamás se haya visto.

Después de decir aquello, durante unos instantes, Usman guardó silencio. Luego abrió y cerró la boca y murmuró unas palabras incomprensibles, como si pensara en voz alta.

El coche había salido ya de la zona más despejada del aeropuerto y se internaba en Lahore, donde los edificios se elevaban a ambos lados de la calzada y las calles se llenaban de vida: mercados improvisados, mucha gente cruzando sin mirar, enormes vallas

publicitarias de compañías tecnológicas y, entre ellas, la fotografía serena de un político local. Lahore vibraba como un organismo vivo.

El rugido de los motores se mezclaba con los pitidos y el bullicio humano. Un caos armónico que parecía propio de la ciudad.

David notó que el conductor quería decir algo.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Los teléfonos, señor —dijo él, con un tono cargado de preocupación—. ¿Los tiene en la maleta o en su bolsa de mano?

David golpeó suavemente el maletín apoyado a su lado.

—Aquí solo llevo el ordenador portátil. Los teléfonos están en la maleta. Arvind me informó de que los abriríamos en el hotel.

Usman respiró hondo.

—Cambio de planes, señor. Pensamos que podrían haber puesto a gente de incógnito en el hotel para vigilarle antes de su reunión con Zayan. Los doce teléfonos que han encargado son extremadamente valiosos para ellos. El plan original era manipularlos en el aparcamiento subterráneo del hotel, pero si no ven la maleta con usted al hacer el registro en la recepción, sospecharán. Y si me ven a mí, un empleado del hotel, entrar en su habitación y quedarme allí un buen rato, pensarán que los estamos manipulando.

David lo comprendió de inmediato. Con las noticias en la prensa que insinuaban un incremento de la tensión entre India y Pakistán, era lógico que Mikaal tomara todas las precauciones posibles. No era casualidad que quisieran reunirse con él apenas unas horas después de su llegada.

—Entonces, ¿qué sugieres? —preguntó David.

—Estoy pensando… Déjeme pensar… —respondió Usman, mientras cambiaba de carril para esquivar a un *autorickshaw* que casi se cruzaba con ellos.

David, que ya había estudiado la zona durante el vuelo con el iPhone proporcionado por la RAW, vio la solución con claridad.

—¿Qué te parece si vamos al aparcamiento del centro comercial Emporium? —propuso—. Es un sitio lógico para un recién llegado que quiere comprar algo rápido.

Usman levantó la mirada hacia el espejo retrovisor, sorprendido.

—Una idea perfecta, señor —admitió—. Nadie sospechará. Es un lugar concurrido, y usted puede moverse sin llamar la atención.

—Iré a la farmacia y compraré aspirinas —continuó David—. Algo creíble. Mientras tanto, tú manipularás los teléfonos. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Unos veinte minutos —respondió Usman con seguridad.

—Perfecto. Te daré treinta. Me entretendré mirando algún escaparate.

El Toyota avanzó entre el tráfico de Lahore, dejando atrás avenidas abarrotadas, bazares humeantes y el entrelazado caos de la ciudad, mientras ambos se preparaban para la primera maniobra delicada de la misión.

54

Sí que lo estaban vigilando. David lo confirmó en cuanto entró en la planta principal del Emporium Mall. El centro comercial, uno de los más grandes de Lahore, rebosaba de familias, jóvenes con bolsas de compras, turistas despistados y aromas procedentes de decenas de restaurantes.

Todo parecía normal salvo por dos hombres que avanzaban a cierta distancia tras él, cambiando de posición cada vez que David giraba para observar un escaparate.

No eran profesionales, pero tampoco improvisados. Mantenían la distancia adecuada, no hablaban entre ellos y simulaban mirar su entorno. Aun así, la mirada fija y el paso sincronizado los delataban.

David siguió caminando con calma, fingiendo interés por la vitrina de una tienda de electrónica, por los carteles promocionales de una sala de cine y por un puesto que vendía perfumes. Cada gesto suyo estaba medido: natural, rutinario, irrelevante.

Mientras tanto, en el subsuelo del centro comercial, el agente de la RAW, iluminado por una linterna frontal y protegido por unos finos guantes, trabajaba con precisión de cirujano en el interior del Toyota Land Cruiser, estacionado en una esquina oscura del nivel 2 del aparcamiento. Allí, el ruido del centro comercial llegaba amortiguado: un zumbido lejano de motores, pasos y puertas metálicas que se abrían y cerraban.

Usman había abierto la maleta de David y colocado sobre el asiento trasero un estuche rígido, discreto, que contenía etiquetas

oficiales con el sello de TeleCom Industries. Aquellas etiquetas eran idénticas a las originales de la supuesta empresa española; servían para cerrar de nuevo las cajas sin dejar rastro, como si jamás hubieran sido manipuladas.

Tomó la primera caja y, ayudándose de una navaja Leatherman multiusos, cortó la fina lámina adhesiva con un movimiento silencioso y quirúrgico. Abrió la tapa y extrajo el teléfono.

A simple vista era idéntico a un dispositivo comercial: elegante, moderno, discreto. Sin embargo, era mucho más que eso. Aquellos teléfonos estaban diseñados para funcionar vía satélite, con sistemas internos que los blindaban contra cualquier intento de hackeo o intervención externa. Eran, en esencia, herramientas de comunicación imposibles de rastrear o interceptar; por este motivo Zayan las había comprado, para uso exclusivo de los Doce Delegados.

Con extremo cuidado, Usman abrió la carcasa posterior del primer teléfono. El interior brillaba con tonos metálicos y circuitos delicadísimos. Usó unas pinzas finas para insertar una ficha ultradelgada y transparente, del tamaño de la uña meñique del dedo de una mano, en un punto preciso del armazón interno. Era un módulo de activación que enlazaría el dispositivo con la red clandestina que la RAW había preparado para la operación.

Una vez colocada la ficha, cerró la carcasa sin dejar marcas, verificó la presión de los bordes y lo devolvió a su caja original. Luego selló la tapa con una de las etiquetas de TeleCom Industries, dejándola tal y como había llegado de fábrica.

Repitió el proceso con el segundo teléfono. Luego con el tercero.

Cada uno requería la misma atención minuciosa: corte limpio, apertura, inserción del módulo, verificación, cierre perfecto. No podía permitirse ni un error.

Mientras manipulaba el quinto aparato, hizo una pausa y escuchó.

Parecía haber pasos en el pasillo del aparcamiento.

Pero tras unos segundos, el ruido se desvaneció.

Respiró hondo y reanudó el trabajo.

Cada minuto contaba.

Conforme el agente de la RAW iba terminando su trabajo en el interior del Toyota, David continuaba caminando entre la multitud del Emporium Mall, manteniendo la compostura pese a la presión creciente. Los dos hombres que lo seguían no se habían despegado de él en ningún momento, avanzando con pasos discretos, siempre a la distancia exacta para no llamar la atención, pero demasiado coordinados para pasar inadvertidos ante un profesional como él.

David ya había comprado un bote de aspirinas en una farmacia, la excusa perfecta para justificar su presencia en el centro comercial. Ahora se disponía a regresar al aparcamiento.

Pasearse más tiempo entre tiendas y pasillos iluminados solo serviría para despertar sospechas; nadie de fuera de la ciudad vagaría sin rumbo por un centro comercial cargando únicamente con un paquete tan insignificante, y más aún habiendo llegado recientemente del aeropuerto.

Mientras caminaba hacia los ascensores, lanzó una mirada fugaz hacia el reflejo de un escaparate: seguían ahí. Uno de los hombres observaba su móvil, fingiendo revisar mensajes, mientras el otro se acercaba por el lateral, como si ambos hubieran memorizado un patrón de vigilancia.

David pulsó el botón del ascensor justo cuando una familia local, padres, dos niños y una abuela que arrastraba una bolsa enorme, llegó detrás de él. Cuando las puertas se abrieron, todos entraron juntos.

Los hombres que lo seguían no tuvieron tiempo de reaccionar: el ascensor, lento pero puntual, se cerró frente a sus narices. Él alcanzó a ver cómo los dos intercambiaban una mirada breve antes de dirigirse apresuradamente hacia las escaleras de emergencia.

El descenso fue lento, casi exasperante. Aunque no hablaba bien el urdu, David sí que entendía lo que hablaban. Los niños reían, la abuela resoplaba cansada, y el padre comentaba algo sobre el tráfico y el precio de la gasolina.

Cuando las puertas se abrieron, David salió con paso firme y natural, sin apresurarse ni delatar nerviosismo. El aire del aparcamiento subterráneo era fresco y olía a hormigón, motores y

humedad. Luces blancas parpadeaban en algunas zonas, creando sombras duras en el suelo.

A pocos metros, en una esquina discreta, el Toyota esperaba. Justo en ese instante, Usman cerraba apresuradamente la maleta en el asiento trasero y se incorporaba al lugar del conductor. Se recriminó en silencio los minutos de más que había tardado. Había terminado justo a tiempo.

David caminó hacia el coche sin desviar la mirada. No había que llamar la atención. Sabía que los dos hombres estaban bajando las escaleras de emergencia en ese mismo instante, irrumpiendo en el nivel subterráneo.

Usman lo vio acercarse y apoyó una mano sobre el volante, listo para arrancar en cuanto David tomara asiento.

Los dos hombres vieron a David dirigirse hacia el Toyota en ralentí, se giraron y fueron corriendo hacia un vehículo pequeño aparcado junto a una columna.

Próxima parada: el hotel Nishat.

La misión seguía en marcha.

55

Al llegar al hotel Nishat, un diligente portero, impecable con su gorra y uniforme, abrió la puerta del vehículo para que el huésped recién llegado descendiera, mientras otro empleado se adelantaba a abrir el maletero y extraía con cuidado su equipaje.

Usman se giró en su asiento e indicó a David, con su habitual cortesía fingida, que lo aguardaría en el aparcamiento.

—Solo tiene que mencionar en la recepción mi nombre, Usman Khan, y le recogeré aquí en el pórtico —dijo, señalando el amplio acceso.

David cruzó la puerta giratoria y se adentró en un vestíbulo luminoso, revestido de mármol crema y madera oscura. El aire olía a una mezcla suave de perfume floral, y una gran lámpara de cristal suspendida desde lo alto extendía destellos cálidos por toda la estancia.

Tras acercarse al mostrador, percibió un movimiento en la entrada. Los dos hombres que lo habían estado vigilando desde su llegada a la ciudad accedieron al vestíbulo; no hicieron ningún gesto evidente, pero caminaron con calma hacia los sofás de recepción y se sentaron como si esperaran a alguien.

David fingió no prestarles atención y siguió con el trámite de registro. El recepcionista le devolvió el pasaporte, introdujo unos datos en el ordenador y, finalmente, le entregó la tarjeta electrónica dentro de una funda de papel.

Con la tarjeta de la habitación en la mano, se dirigió hacia los ascensores. El suelo de mármol reflejaba las luces del techo, y el susurro constante de viajeros y maletas rodando formaba un ambiente discreto pero vivo. Pulsó el botón y, mientras esperaba, notó que uno de los hombres había cruzado la pierna con deliberada lentitud, sin apartar la vista de su teléfono móvil, aunque David intuía que su atención real estaba puesta en él y en la maleta de ruedas que empujaba.

Subió a su habitación, un espacio elegante de tonos neutros y ventanales amplios. Allí se permitió un breve respiro. Se duchó, dejando que el agua fría arrastrara el cansancio del viaje, y luego abrió la maleta.

Eligió un traje de chaqueta gris oscuro, sin corbata: una imagen profesional, pero cercana y accesible.

Sacó los doce aparatos móviles, alineándolos sobre la cama. Sacó el ordenador portátil del maletín y fue colocando en su interior los teléfonos. Luego tomó unas tarjetas de visita con su nombre, su cargo y el membrete de TeleCom Industries, y las guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Antes de salir, se detuvo frente al espejo. Superaba los cincuenta años, pero su figura seguía siendo esbelta, bien mantenida y plenamente en forma, fruto de una disciplina constante. El cabello, visiblemente plateado en las sienes, le añadía gravedad sin restarle energía. Las líneas finas alrededor de los ojos eran más de carácter que de desgaste. Sus ojos negros conservaban un brillo decidido, propio de alguien que sigue avanzando con propósito. Sonrió satisfecho ante su reflejo. No aparentaba su edad y el espejo se lo confirmaba sin indulgencias.

Ajustó la chaqueta, respiró hondo y salió de la habitación.

Una vez en el vestíbulo, pidió en la recepción que llamaran a Usman Khan. No transcurrieron ni dos minutos antes de que el conductor apareciera por la entrada principal con su habitual serenidad profesional. David notó fugazmente que los dos vigilantes seguían ocupando los sofás, aparentemente absortos en las páginas de unas revistas.

David subió al Toyota y, en pocos minutos, llegaron al imponente edificio Arcadian Tower, cuya fachada de vidrio capturaba la luz del día como un gigantesco espejo vertical.

Entró en el vestíbulo y presentó su tarjeta de visita. Entonces fue dirigido a la cuarta planta, donde le esperaba Zayan Malik, el director adjunto de operaciones técnicas de Mikaal Trading Corporation y director de Aryan Digital System.

Al llegar, fue recibido por un empleado de expresión neutra, que le indicó con un gesto corto que lo siguiera.

Atravesaron un pasillo silencioso hasta una sala de reuniones amplia, casi aséptica, iluminada por una luz blanca que hacía que todo pareciera más frío de lo normal. El hombre le ofreció café o té, pero David señaló uno de los numerosos botellines de agua mineral alineados con excesiva simetría alrededor de la mesa.

—Con esto estoy bien, gracias —respondió.

El empleado inclinó la cabeza y salió sin hacer ruido.

Durante unos segundos, David permaneció solo en la sala. Notaba el aire ligeramente cargado y el zumbido casi imperceptible del aire acondicionado.

La puerta se abrió sin previo aviso. Zayan entró con paso seguro. Sus ojos se detuvieron un instante en el maletín que David llevaba junto a la silla, y retiró la mirada demasiado rápido.

—Bienvenido, señor Rodríguez —dijo, extendiendo la mano con un gesto firme pero medido.

David estrechó la mano con la misma cordialidad.

—Un placer —respondió, acompañando las palabras con una leve inclinación de cabeza—. Llámame Juan.

—Y usted a mí, Zayan —sentenció el otro, señalándole la silla frente a él, invitándole a tomar asiento.

Ambos se sentaron. Un silencio denso se instaló durante unos segundos, un silencio que no era cortesía, sino evaluación mutua. David podía sentir cómo Zayan medía su respiración, su postura, sus ojos. Él también intentaba adivinar «qué sabes y qué no sabes».

David decidió romper la tensión.

—Bueno… —espetó apoyando las manos sobre el maletín—. Aquí os traigo lo que pedisteis.

Lo abrió con lentitud deliberada, como si estuviera a punto de revelar un objeto sagrado o peligroso. Luego se levantó del asiento y comenzó a sacar uno por uno los doce teléfonos, colocándolos alineados sobre la mesa.

Zayan seguía cada movimiento, incapaz de ocultar la impaciencia. Sus dedos tamborileaban contra la mesa, un tic apenas perceptible.

«Tiene prisa —pensó David—. Está nervioso».

—Muy bien —dijo finalmente Zayan, intentando mantener un tono profesional, pero sin poder ocultar su irritabilidad ante la lentitud de David—. El pago del setenta por ciento ya está efectuado en su cuenta. Esta mañana hemos recibido acuse de recibo desde su oficina en España. El resto se completará hoy, sin demora.

David asintió con un gesto neutro.

—Como sabe, estos teléfonos han salido de fábrica exclusivamente para ustedes. Están libres de cualquier…

Comenzó a abrir una de las cajas para mostrar el interior, pero Zayan levantó la mano con brusquedad y se puso de pie.

—No, por favor. No los abra —dijo, y aunque la frase era cortés, el tono era fuerte y frío—. Nuestro departamento técnico vendrá en unos minutos para revisarlos. Si encontráramos cualquier anomalía, nos pondremos en contacto con usted inmediatamente.

Dejó caer la frase con una suavidad inquietante.

—Mientras tanto —continuó—, le sugiero que regrese al hotel y permanezca allí hasta recibir nuestras noticias.

La tensión en la sala cambió de temperatura. David esbozó una sonrisa ladeada, incrédula.

—¿Estoy secuestrado? —preguntó con ironía, aunque sus ojos permanecieron alerta.

Zayan respondió con otra sonrisa, pero la suya era distinta: contenía una amenaza sutil, una sonrisa lobuna.

—Más bien… —dijo inclinándose ligeramente hacia delante—, es una cuestión de cortesía. Dado lo sensible de esta transacción, le ruego que no abandone el hotel hasta que confirmemos que los teléfonos están en perfectas condiciones y no han sido manipulados.

Abrió las manos, como si lo que acababa de decir fuera la cosa más razonable del mundo.

—Es simplemente un procedimiento de seguridad —añadió—. Estoy seguro de que lo comprenderá.

En el aire quedó suspendido algo más que un protocolo: una advertencia. David la entendió perfectamente. Pero también entendió que, para Zayan, aquello no era una petición. Era una orden de la que esperaba obediencia absoluta.

Por un instante, David sintió que debía parecer más ingenuo, reforzar su tapadera. Ajustó el tono y la expresión antes de hablar.

—Haré lo que me sugiere —le aseguró—, pero ¿podría hacerle una pregunta?

Zayan giró levemente el cuello y lo observó con una mirada que insinuaba que aquella petición podía resultar inapropiada.

—Adelante —respondió—. Dígame, ¿de qué se trata?

—No quisiera que resultara inoportuno.

Zayan contuvo el gesto de irritación que asomaba en su rostro. Miró el reloj digital de la pared, dejando claro que no tenía tiempo que perder y que la reunión ya se había prolongado más de lo necesario.

—En absoluto —dijo al fin, enarcando las cejas—. ¿Cuál es su pregunta?

—Es solo curiosidad —continuó David—. ¿A qué se debe tanta prisa y tanta seguridad? Si encontraran el más mínimo defecto técnico en alguno de los aparatos, se lo sustituiríamos sin coste alguno. En cualquier caso, le aseguro que antes de mi viaje, gracias a nuestro exhaustivo departamento de control de calidad, comprobamos que todos estuvieran en perfecto estado.

Zayan guardó silencio durante un instante antes de responder.

—La competencia —dijo finalmente, mintiendo descaradamente —: debemos ir siempre un paso por delante de nuestros competidores.

—Lo comprendo —asintió David—. Me alegra que podamos ser de ayuda.

La respuesta pareció dar por concluida la conversación.

Después de la reunión, David regresó al Toyota y se acomodó en el asiento trasero.

El vehículo se incorporó al tráfico con suavidad. A los pocos segundos, mientras avanzaban entre coches y bocinazos lejanos, Usman levantó la mirada hacia el retrovisor. No dijo nada. Sus ojos buscaron los de David como si esperara una confirmación, una señal.

David sostuvo el contacto un instante y asintió, apenas un movimiento, suficiente para ambos.

El mensaje era claro: la entrega se había completado. Ahora solo quedaba esperar y mantenerse listo para activar la ruta de escape en cuanto se precipitara el momento.

56

A la mañana siguiente, como era habitual en aquella hora temprana, una neblina densa y perezosa cubría la ciudad, como si Lahore aún no hubiera despertado del todo.

Mikaal Irfani se levantó de la cama con movimientos mecánicos, se puso su chándal deportivo y salió a caminar, buscando despejar la mente antes de enfrentar un nuevo día cargado de presiones.

Al cruzar la calle, se adentró en el frondoso parque situado justo enfrente de su lujosa residencia. Las hojas húmedas amortiguaban sus pasos mientras movía los brazos arriba y abajo, respirando hondo, expulsando el aire con vigor para activar su cuerpo. Después, retomó el paso ligero por el camino de tierra que serpenteaba entre los árboles.

Varios residentes de Lahore también realizaban sus rutinas matutinas. Todos ellos eran hombres; ni una sola mujer se veía en los alrededores, una ausencia que se había vuelto tan cotidiana que ya apenas llamaba la atención.

Mientras caminaba, Mikaal trató de ordenar sus pensamientos, de repasar todo lo que había hecho en los últimos días y evaluar en qué punto se encontraban sus planes.

Desde hacía una semana prácticamente vivía en su oficina, atrapado entre llamadas interminables, videoconferencias urgentes y una avalancha de correos electrónicos que no dejaban de llegar a cualquier hora.

La causa de ese frenesí no solo era la urgencia en llevar a cabo su operación secreta, sino que esta se había visto afectada por una inoportuna publicación en un periódico de tirada nacional en la India.

Tampoco era por la revelación de datos sensibles —el artículo apenas rozaba la superficie—, sino por el ruido. Para Mikaal el ruido mediático era considerado veneno: atrae miradas, obliga a reaccionar, reduce el margen de maniobra.

Era un artículo explosivo que acusaba a Pakistán de desarrollar un disparador innovador para un nuevo tipo de bomba nuclear destinada a golpear Nueva Delhi. La noticia desató un revuelo inmediato, tanto dentro del país como en la comunidad internacional.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas exigió explicaciones formales al gobierno de Islamabad, advirtiendo que, de no aclararse la situación de manera convincente, se arriesgaba a sufrir severas sanciones económicas, muy parecidas a las de Irán.

La respuesta del gobierno pakistaní fue tajante: negaron categóricamente las acusaciones, que calificaron de calumniosas, infundadas y deliberadamente provocativas por parte de la India.

Alegaron en su primera nota de prensa: «Es todo una campaña del nacionalismo hindú llena de calumnias y mentiras en contra de nuestro pacífico país».

Sin embargo, el gobierno desconocía las actividades de los Doce Delegados y el papel silencioso pero crucial que desempeñaba Mikaal Irfani en aquella trama que comenzaba a adquirir dimensiones peligrosas.

El artículo era el resultado de una serie de investigaciones realizadas por un grupo de reporteros indios que, una vez más, creían haber encontrado un filón en las declaraciones de un exempleado de un complejo de investigación nuclear civil.

Amparándose en su testimonio y con evidente interés en avivar la ya tensa disputa entre Pakistán e India, los periodistas lanzaron acusaciones sensacionalistas sobre la existencia de un programa clandestino pakistaní capaz, según ellos, de desatar una tercera

guerra mundial destruyendo la ciudad de Nueva Delhi con un potente y misterioso misil cargado de ojivas nucleares.

En realidad, el artículo estaba completamente errado. Más que una pieza periodística, parecía un relato plagado de descripciones sobre un mundo distópico y apocalíptico, propio de una superproducción hollywoodiense de ciencia ficción.

Mikaal esbozó una sonrisa complaciente. En la publicación habían fallado en casi todo… excepto en un punto: el plan para destruir Nueva Delhi y desencadenar una guerra entre las dos potencias nucleares era absolutamente real.

En ese preciso instante, el zumbido seco del teléfono rompió el hilo de sus pensamientos. Mikaal se detuvo, llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y extrajo el móvil. En la pantalla apareció un solo nombre: Zayan. Frunció levemente el ceño antes de aceptar la llamada.

Tras los saludos formales de rigor, Mikaal fue directo al asunto.

—Dime.

La voz de Zayan sonó firme al otro lado de la línea.

—Todo está bajo control. Los teléfonos han pasado la revisión completa de los técnicos y no se ha detectado ninguna anomalía. Ya he convocado a los delegados para este mediodía. Tres llegarán en avión desde Islamabad, cuatro vendrán desde Karachi y el resto ya se encuentra en Lahore.

Mikaal asintió en silencio.

—Bien —respondió al fin—. Prosigue con el protocolo. Asegúrate de que entiendan que solo deben comunicarse contigo a través de esos dispositivos. Nada de contactos paralelos, nada de improvisaciones, nada de usar correos electrónicos ni otros teléfonos móviles ni fijos. Las órdenes se transmitirán únicamente por ese canal.

Hizo una breve pausa, midiendo sus palabras.

—Estamos en la fase final —añadió con voz grave— y ahora más que nunca debemos extremar las precauciones. Un solo error podría echarlo todo a perder.

Al otro lado se hizo un silencio breve, cargado de significado.

—*Inshallah* —respondió Zayan.

Mikaal colgó sin despedirse. Durante un instante permaneció inmóvil, con el teléfono aún en la mano, consciente de que ya no había marcha atrás. Todo estaba en movimiento. Y el desenlace se acercaba.

Ahora deseaba regresar a su residencia, arrodillarse sobre la alfombra, inclinar la frente y suplicar una vez más la ayuda divina de Alá, implorándole la fortaleza necesaria para cumplir sus designios sin tropiezos y sin oposición alguna.

57

Arvind había sido muy claro respecto a la vigilancia a la que David Ribas sería sometido.

—Desde el mismo instante en que pongas un pie en Lahore, pasarás a ser un sospechoso —le advirtió sin rodeos—. Los hombres de Mikaal te seguirán a todas partes. Cada desplazamiento, cada parada, cada gesto será observado, registrado y convertido en un informe. Cualquiera con quien hables será interrogado más tarde para confirmar que no se trata de un agente encubierto con el que intentabas intercambiar información.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Colocarán micrófonos en tu habitación. El iPhone que te vamos a proporcionar estará comprometido desde el primer momento; será hackeado por especialistas. Así que compórtate con absoluta naturalidad. No les des motivos para sentir curiosidad y mucho menos para alarmarse. No te salgas del papel. Para ellos, eres solo un ejecutivo que trabaja para la empresa española que dices representar.

David lo entendía perfectamente. Su prioridad era no llamar la atención y limitarse a esperar en el hotel tras la reunión con Zayan Malik.

El día anterior lo había pasado siguiendo una rutina deliberadamente anodina: largas sesiones en el gimnasio, algo de sauna y una cena tranquila en el bufé, donde hojeó con calma todos

los periódicos y revistas en inglés que encontró, como cualquier viajero de negocios con tiempo libre.

A la mañana siguiente, alrededor de las ocho, después de otra sesión intensa de pesas y cardio en el gimnasio, regresó a su habitación. Se preparó un té de bolsa con el hervidor eléctrico y encendió el televisor.

Las noticias hablaban, una vez más, de la crisis internacional provocada por la escalada del conflicto entre Pakistán e India. David escuchaba atento mientras bebía su té cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, manteniendo la voz neutra.

—Usman —susurró una voz al otro lado—. Rápido.

David abrió con cautela y cerró de inmediato tras él.

—No debiste venir aquí —le reprochó en voz baja.

—He vigilado la zona de los ascensores y el pasillo —respondió Usman—. No he visto a nadie sospechoso.

David negó con la cabeza ante la imprudencia de aquel hombre.

—Que no los hayas visto no significa que hayan dejado de vigilarme.

Usman, de espaldas a la ventana, alzó las manos con un gesto tranquilizador, restándole importancia.

—Tengo noticias importantes. Acabo de recibir confirmación: el encuentro de los Doce Delegados tendrá lugar hoy en el Arcadian Tower a la una del mediodía. Y allí estarán Mikaal y su mano derecha, Zayan. A esa hora aproximada accionarán los teléfonos móviles. —Miró su reloj de pulsera—. Eso nos deja apenas cuatro horas para salir de aquí y dirigirnos al punto de extracción.

David asintió sin dudar.

—De acuerdo. Estaré abajo en diez minutos. Según lo planeado, me quedaré de pie en el vestíbulo, cerca de la puerta principal. En cuanto aparezcas con el coche en el pórtico, salgo con rapidez, sin correr y sin llamar la atención, me subo y…

Usman lo interrumpió, señalándolo mientras se dirigía con apremio a la puerta y se disponía a marcharse.

—Te subes, yo arranco y nos vamos de aquí inmediatamente.

—Eso es —dijo David.

Usman salió al pasillo, miró a ambos lados antes de dirigirse a la zona de los ascensores.

—Hasta luego —susurró.

No había nada más que decir.

Cada segundo contaba.

58

Zayan Malik se encontraba en las oficinas de la Arcadian Tower ultimando los preparativos de la inminente reunión con los Doce Delegados cuando su móvil vibró con insistencia. Al ver el número, su mandíbula se tensó.

No era una llamada rutinaria.

No esperaba que le llamaran desde el hotel Nishat.

Uno de sus hombres le informó del suceso.

Nada de aquello lo habían podido prever. En su interior, Zayan se maldecía por no haber investigado al conductor.

Desde la sala de control de las cámaras de seguridad acababan de detectar una anomalía grave: el conductor del hotel asignado al empresario español Juan Rodríguez había entrado en la habitación del huésped.

—¿Y dónde se encuentra ahora mismo? —preguntó, conteniendo la furia que le subía por la garganta.

El hombre encargado de la vigilancia se acercó al monitor más cercano y clavó los ojos en la imagen granulada.

—Señor —dijo la voz al otro lado de la línea—, acaba de entrar en el aparcamiento del hotel. Se dirige directamente al Toyota.

El pulso de Zayan se aceleró.

—Envíame su imagen. Ahora mismo —ordenó entre dientes.

Si sus sospechas se confirmaban, si aquel hombre resultaba ser un agente indio de la RAW, las consecuencias serían devastadoras. Querría decir que los habían estado monitorizando todo aquel

tiempo y que podían prevenir sus actividades. Si fuera así, la fase final de la misión podría estar en peligro.

Sin colgar la llamada, el vigilante dio órdenes rápidas a un técnico. La imagen del sospechoso apareció ampliada en la pantalla, ajustada hasta el último píxel. El rostro inexpresivo de Usman quedó congelado. Un instante después, se escuchó el sonido seco de una fotografía tomada con el móvil.

—Enviada, señor.

—Mantente alerta. No le quites los ojos de encima.

Zayan colgó y, sin perder tiempo, reenvió la imagen a uno de sus contactos del ISI, la agencia de inteligencia militar encargada de la seguridad nacional. El mensaje fue breve, imperativo: cotejar identidad. Máxima prioridad.

Los segundos se estiraron como horas.

La confirmación de la identidad del sospechoso llegó casi de inmediato.

La pantalla de su móvil mostró un nombre que no era el que figuraba en los registros del hotel: Usman Khan. Bajo la fotografía figuraba su nombre real: Harpreet Singh. Nacido en Ludhiana, India. Edad […]

Zayan no leyó el resto. No lo necesitaba.

Los dientes le rechinaron mientras levantaba el teléfono. Marcó. Su voz, cuando habló, era fría, carente de emoción.

—Hazlo —espetó—. Elimínalo.

El hombre hizo una leve señal a su compañero, que aguardaba de pie junto a la puerta, atento. No necesitó palabras. La orden estaba clara: asintió una sola vez y salió de la habitación con paso rápido, casi corriendo, hacia el aparcamiento subterráneo.

—Señor —la voz regresó al teléfono, más baja ahora—. ¿Y con el huésped?

Zayan cerró los ojos un instante. Aquella pregunta resumía el problema que le taladraba la cabeza desde hacía segundos. ¿Y si el empresario español estaba implicado? ¿Y si todo fuera una conspiración? Los teléfonos habían sido analizados y no habían sido manipulados. ¿Entonces?

Nada de esto debía estar ocurriendo. No ahora. No cuando la operación había entrado en su fase final, la más delicada, la que no admitía errores ni improvisaciones. Cuando informara a Mikaal sobre los hechos, se enfurecería y castigaría a quien considerara responsable. ¿Y quién era? Él, Zayan. Pero quizá aún no estaba todo perdido y tan solo era un incidente aislado.

—Mantenedlo bajo vigilancia constante —respondió al fin—. Ni un segundo fuera de vuestra vista.

Hizo una pausa, tensa, calculada.

—Y si detectáis la más mínima señal de que está implicado con el conductor… —tragó saliva— eliminadlo también.

Al otro lado de la línea no hubo objeciones ni preguntas, solo un seco reconocimiento.

La llamada se cortó.

Zayan dejó caer el teléfono sobre la mesa y, sin poder contenerse, descargó un puñetazo brutal contra la superficie. El impacto resonó en la estancia. Maldijo en voz baja, una cadena de insultos ahogados por la rabia y la frustración.

Aquel imprevisto lo había cambiado todo. Una sola pieza fuera de lugar bastaba para hacer saltar por los aires meses de planificación meticulosa, de movimientos calculados al milímetro.

Si la infiltración se confirmaba, si alguien había logrado acercarse tanto sin ser detectado, la operación entera pendía de un hilo.

Y Zayan lo sabía.

Por primera vez desde que todo había comenzado, sintió cómo el control se le escapaba de entre los dedos. Y quizá también su vida.

59

David se metió en los bolsillos únicamente lo imprescindible: dinero en metálico y el pasaporte con su falsa identidad. Todo lo demás lo dejó amontonado sobre la cama, ordenado de forma deliberadamente descuidada, como si su marcha fuera temporal y no una huida precipitada.

Según el plan, la empresa española a la que supuestamente representaba se haría cargo de la factura del hotel. Una compañía internacional de paquetería recogería todas las pertenencias del huésped y las enviaría a un punto de recogida del aeropuerto de Frankfurt, donde terceras personas se ocuparían de que todo aquel equipaje desapareciera sin dejar rastro. Nada debía volver a vincularlo con aquella habitación.

Bajó al vestíbulo y se detuvo de pie frente a la salida principal, con la postura relajada de un viajero más que espera su transporte.

Los minutos pasaron, uno tras otro.

Usman no aparecía con el coche.

David no dudó ni un instante: algo había salido mal.

Permaneció inmóvil, evaluando la situación con rapidez y frialdad. Ni su rostro ni su lenguaje corporal delataban inquietud alguna. David Ribas era un agente con la experiencia suficiente como para no dejarse arrastrar por la preocupación, el desasosiego o el miedo. Aquellas emociones se gestionaban en silencio, nunca en público.

Con aire distraído observó su alrededor. El vestíbulo hervía de actividad. Turistas extranjeros y nacionales cruzaban de un lado a

otro, empleados del hotel atendían llamadas y peticiones, algunos huéspedes abandonaban el edificio arrastrando sus maletas mientras otros descendían de taxis recién llegados del aeropuerto. El ruido, el movimiento y el caos formaban una cortina perfecta.

David sabía que debía utilizar aquella situación a su favor.

«¿Cuándo?», se preguntó sin mover un músculo.

«Paciencia. Paciencia», se repitió mientras seguía esperando el momento oportuno para actuar.

Se acercó al mostrador de recepción, tomó al azar un folleto turístico y regresó con paso tranquilo hacia la puerta de salida. De soslayo, lanzó otra mirada al exterior del pórtico. Nada. Usman seguía sin aparecer. Algo había pasado; estaba completamente convencido.

Qué tonto había sido al haber entrado en su habitación. «Las cámaras», pensó. Lo habían monitorizado a través de las cámaras de seguridad.

Entonces, como una señal inesperada, un autobús se detuvo frente a la entrada. De su interior descendió un nutrido grupo de jugadores de críquet. Por la bandera que lucían en los uniformes, David supo de inmediato que era un equipo australiano.

En cuestión de segundos, se formó un corrillo ruidoso en la entrada: curiosos, aficionados, huéspedes y algunos periodistas se agolparon para observar y tomar fotografías. El vestíbulo se llenó de voces, de gente alargando sus móviles para captar en imágenes a los jugadores y empujones.

David no esperó más; se mezcló con naturalidad entre la multitud. Aprovechando el desorden, cruzó el umbral, salió y, sin llamar la atención, se deslizó bajo el pórtico. Luego, con movimientos precisos y decididos, se desvió hacia la rampa que conducía al aparcamiento subterráneo.

Desde la sala de control de las cámaras de seguridad, los hombres encargados de vigilar a Juan Rodríguez lo habían visto todo. Cada movimiento, cada pausa calculada, cada desvío aparentemente casual. Para el jefe del equipo no había lugar a dudas: aquel hombre no se comportaba como un civil corriente. Sus

gestos eran contenidos, precisos. Demasiado limpios. Demasiado conscientes. ¿Habría recibido entrenamiento?

Sin perder tiempo, tomó el teléfono y marcó.

Zayan caminaba de un lado a otro de su despacho, con los puños a la espalda. Su deseo era sencillo, casi ingenuo: que lo ocurrido se limitara al conductor del hotel, que el daño fuera contenido y no alcanzara al núcleo de la operación. Sin embargo, cuando recibió la segunda llamada de su empleado desde el hotel Nishat, supo de inmediato que la situación había empeorado.

—Señor —dijo la voz al otro lado—, hemos estado monitorizando al huésped. Ha descendido al aparcamiento subterráneo.

Zayan se detuvo en seco.

—Continúa.

—Ha esperado en la entrada. Ha evaluado el entorno, ha usado una distracción y ha cambiado de ruta. O es un profesional… o durante la reunión en la habitación el conductor lo instruyó sobre cómo actuar. Al no aparecer para recogerlo, ha optado por buscarlo por su cuenta en el aparcamiento.

Zayan apretó los dientes.

—No debe de ser un profesional —respondió con voz tensa—. Los dispositivos móviles pasaron nuestros controles de seguridad. Su perfil como empleado fue verificado hasta el último detalle.

Hizo una pausa, breve, cargada de inquietud. Continuó:

—El agente indio de la RAW debió indicarle qué hacer. Y si eso es así… también le habrá dicho quiénes somos en realidad y cuáles son nuestras intenciones.

El silencio que siguió pesó como una losa.

Zayan cerró los ojos un instante antes de tomar la decisión que ya no podía posponerse.

—Bajad al aparcamiento y eliminadlo —ordenó finalmente—. Luego deshaceos del cuerpo. Que aparezca en alguna calle desierta. Que parezca un intento de robo.

Colgó sin esperar confirmación.

La operación, que hasta hacía unas horas avanzaba con precisión, acababa de entrar en terreno inestable.

Pensó en llamar a Mikaal, pero se detuvo de inmediato y dejó el teléfono sobre la mesa. Aún no. Su jefe, en un giro inesperado, había decidido quedarse rezando en su despacho durante la reunión con los Doce Delegados. La responsabilidad había quedado en sus manos, y ahora sentía el peso de ella sobre sus hombros.

Le informaría cuando los Doce Delegados hubieran recibido las últimas instrucciones de la fase final de la operación y ya tuviesen en su poder los dispositivos móviles.

Aquel extranjero, incluso si lograra huir del hotel, preso de pánico, no podría salir de Lahore por sí mismo en tan breve tiempo. Además, con los contactos que tenían podrían vigilar los aeropuertos, estaciones de autobuses y de tren. Incluso ordenar a la policía que diera aviso de busca y captura al empresario español, alegando cualquier delito, como el de estafa, y que pusiera controles policiales en las principales carreteras que conducían a la entrada y salida de Lahore.

Solo entonces, cuando todo estuviera en marcha y no quedara margen para rectificaciones, pondría al corriente a su jefe, Mikaal. Tal vez así, pensó, las repercusiones no resultarían tan devastadoras como amenazaban con serlo.

En aquel instante los Doce Delegados ya ocupaban sus asientos alrededor de la mesa de reuniones.

El murmullo de conversaciones bajas se mezclaba con el aroma del café recién servido; también había té y bandejas de galletas dispuestas con pulcritud. Todo parecía seguir una rutina casi ceremonial.

Zayan entró en la sala con un portafolios bajo el brazo y comenzó a saludar a cada uno con gestos medidos, sonrisas breves y apretones de manos precisos. En su mente estaba el anuncio de la fase final de los planes para establecer una alianza militar entre Pakistán e Irán, e iniciar de inmediato la guerra nuclear con la India; pero para eso tenían que acelerar la construcción de ojivas nucleares y misiles balísticos que mantenían en secreto en una base militar. Había que enriquecer más rápido el uranio y hacerlo más puro. Y ahora, los delegados tenían que estar coordinados entre ellos para

proveerse de los componentes críticos necesarios en el ciclo del combustible nuclear.

Mientras Zayan les daba la bienvenida y comenzaba la reunión, un empleado empujaba una mesita con ruedas, sobre la cual, perfectamente alineados, reposaban los doce aparatos móviles.

60

David avanzó por el aparcamiento. Levantó la cabeza y localizó el Toyota Land Cruiser, estacionado junto a una columna.

A medida que se acercaba, distinguió la figura de Usman sentado frente al volante. Durante un instante pensó que estaría hablando por teléfono. Pero algo no encajaba.

Se aproximó al cristal. Demasiado quieto. Bajó la mirada y vio la sangre oscureciendo la chaqueta de su uniforme.

—Oh, no —murmuró.

De repente, se escuchó una voz desde lejos.

—Eh, usted.

David se giró, pero no llegó a reaccionar. Los disparos estallaron y el cristal del vehículo saltó en pedazos. Se lanzó al suelo justo a tiempo. Otra ráfaga destrozó el parabrisas, y los ecos de las detonaciones retumbaron en el aparcamiento.

Desde el suelo, alcanzó a ver por debajo de los coches a dos hombres que avanzaban con paso rápido y decidido.

Se desplazó hacia un lateral y se refugió detrás de la columna, acuclillándose y conteniendo la respiración.

—¿Le has dado? —preguntó uno.

—Claro —respondió el otro, haciéndole una seña para que rodeara el Toyota.

Convencido de que David estaba herido, el hombre se adelantó y dio la vuelta a la columna. En cuanto apareció, David le atrapó la muñeca con un movimiento seco y giró el arma, apuntándole el

cañón hacia arriba y apretando el gatillo. El cuerpo del hombre cayó de espaldas, con la cabeza perforada por el balazo.

El otro corrió hacia el Toyota, pensando que iba a sorprenderle. Pero al llegar, David no estaba. El cuerpo de su compañero abatido en el suelo le desconcentró lo suficiente para no ver el peligro que se cernía sobre él; David se levantó desde detrás de la carrocería del vehículo, apuntó y le disparó a la cabeza, matándolo instantáneamente.

David limpió el arma de sus huellas dactilares con la ropa de uno de los dos hombres y la dejó caer en el suelo. Era momento de irse. No podía permitirse ser capturado. Los ecos de los disparos no habrían pasado desapercibidos: conductores y otros empleados del hotel habrían alertado a la recepción y, a esas alturas, alguien ya estaría llamando a la policía.

Además, la permanencia del equipo australiano de críquet en el hotel agravaba más la situación. En breve aquel lugar estaría sellado y vigilado por comandos antiterroristas. El tiempo jugaba en su contra y cada segundo que permanecía allí aumentaba el riesgo.

Salió a la calle y corrió hasta desaparecer de la vista. Minutos más tarde consiguió refugio en una mezquita abarrotada de fieles.

El murmullo constante de las oraciones y el ir y venir de la gente creaban un caos ordenado, un escondite perfecto. Allí, entre rostros anónimos, podía desaparecer sin levantar sospechas.

Avanzó con cautela, abriéndose paso entre la multitud mientras repetía una y otra vez, casi como un mantra:

—*Assalam alaikum*.

Nadie parecía prestarle atención. Pero pronto podían hacerlo. David llevaba un traje caro de ejecutivo, y en un lugar donde la mayoría vestía ropa tradicional, un hombre así no podía pasar desapercibido por mucho tiempo.

En lugar de adentrarse en el interior de la mezquita, eligió un lateral discreto, cerca de la pared. Desde allí podía observar sin ser observado. Se detuvo, respiró hondo y dejó que el pulso se calmara. Se pasó los dedos entre el pelo con frustración. Lamentaba la muerte de Usman, un buen hombre. Ahora necesitaba pensar, ordenar los acontecimientos y decidir su próximo movimiento.

61

David salió y caminó sin rumbo durante casi dos horas, perdiéndose entre el tráfico y la multitud. Atravesó Band Road East, repasando mentalmente la dirección de la estación de autobuses que anteriormente durante el vuelo había memorizado en el mapa callejero de Lahore. Finalmente preguntó a un frutero, que le señaló la City Bus Station.

Al llegar a la estación de autobuses, recibió en la ventanilla una respuesta tajante:

—El próximo autobús sale a las dos.

Demasiado tarde.

No podía permitirse vagar más tiempo al aire libre. Si seguía allí, lo encontrarían.

Salió de nuevo a la avenida principal.

Entonces ocurrió.

Una cadena de explosiones sacudió el aire. Las deflagraciones retumbaron entre los edificios, multiplicándose en un eco que atravesó toda la ciudad. Varias personas se detuvieron y señalaron a lo lejos. Una columna de humo se alzaba sobre el horizonte.

Tal como estaba previsto, los doce teléfonos móviles habían estallado.

David no dudó. Detuvo un taxi de un manotazo y se metió en el asiento trasero.

—Amigo, necesito su ayuda —dijo, sin rodeos.

El conductor se giró hacia atrás y lo miró desconcertado.

—¿Qué tipo de ayuda?

David sacó su pasaporte español.

—Tengo que llegar a mi embajada. Y rápido. Me han robado la maleta y he perdido mi billete de regreso a mi país. Necesito que me asesoren en mi embajada.

El hombre frunció el ceño.

—Las embajadas están en Islamabad. A unos cuatrocientos kilómetros.

—Lo sé. ¿Qué te parecen seiscientos euros? Quizá lo dejamos en setecientos.

David abrió la billetera y dejó ver un fajo de billetes. Cien euros, uno tras otro. El conductor abrió los ojos.

Por esa cantidad, las casi cinco horas de carretera dejaban de ser un problema.

—De acuerdo —dijo al fin, arrancando el motor—. No sé dónde está su embajada, pero cuando lleguemos, ya preguntaremos.

El taxi se lanzó a la carretera mientras, a sus espaldas, la ciudad entraba en pánico y las autoridades trataban de decidir si aquello había sido un accidente o el primer golpe de un ataque deliberado desde la India.

Dejaron atrás Lahore y tomaron la GT Road, una carretera de asfalto que se estiraba hacia el norte entre camiones cargados y pueblos dormidos. Durante la primera hora apenas hablaron. El motor rugía de manera constante y el paisaje se deslizaba bajo un cielo cada vez más plomizo.

El conductor rompió el silencio al encender la radio.

La voz entrecortada del locutor confirmaba las últimas noticias: las explosiones en el edificio Arcadian Tower no habían sido un ataque procedente de la India. Las autoridades descartaban cualquier agresión exterior. Según los indicios preliminares, todo apuntaba a un atentado perpetrado por una célula islamista activa en la región.

David escuchó con atención, sin mover un músculo. Sin embargo, mantuvo su papel de extranjero que apenas comprendía el idioma y fingió sorpresa, forzando una expresión de desconcierto.

El locutor continuaba describiendo la situación crítica que se vivía en la ciudad, con una voz tensa que apenas lograba contener la gravedad del momento. Hablaba de escenas de caos, de calles acordonadas y sirenas sonando sin descanso. Enumeraba la llegada de las unidades de emergencia, los camiones de bomberos abriéndose paso entre la multitud, los equipos de rescate removiendo escombros aún humeantes. Las primeras reacciones políticas no tardaban en llegar: condenas solemnes, promesas de investigación inmediata y llamadas a la ciudadanía para que guardara la calma.

—¿Sucede algo? —preguntó David, con un acento deliberadamente torpe.

El conductor lo observó por el espejo retrovisor y asintió con vehemencia.

—Un ataque terrorista —respondió, chasqueando la lengua con desprecio—. Gente muy mala, muy mala. Hacen esto y luego corren a esconderse en las montañas.

David asintió, dando a entender su conformidad con las palabras del conductor.

Continuó escuchando en silencio, con la mirada perdida en el asfalto a través de la ventana. Fingía que no prestaba atención. Esperaba que el locutor comenzara a leer la lista de víctimas. Que, entre los nombres aún provisionales, apareciera uno en particular: Mikaal Irfani. El hombre cuyo verdadero alias solo él conocía, Paladin, el responsable de tanto daño y muerte.

Imaginaba escuchar ese nombre y sentir, por fin, que aquel ser maligno se había evaporado, borrado de la faz de la tierra entre fuego y polvo. No habría justicia ni redención, solo el silencio definitivo.

El taxi siguió avanzando por la carretera, y aún no habían anunciado el nombre de las víctimas.

62

David recordó la conversación que había mantenido con Arvind Tiwari aquella noche en la India, durante las horas previas a la misión.

—Estarás preguntándote qué planes tenemos —había dicho Arvind, con una calma inquietante—. Pues voy a sorprenderte.

David sonrió, cruzándose de brazos.

—Ilústrame.

Arvind se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Recuerdas la «operación Beeper» que llevó a cabo Israel contra miembros de Hezbolá en el Líbano?

—Sí. Leí sobre ello en los periódicos —respondió David—. Comunicadores manipulados; también se llaman los bíperes o buscapersonas. Estos aparatos utilizan señales de radio, lo cual los hace más seguros que los móviles. Neutralizaron a miles de terroristas. Una operación espectacular.

—Exacto. Vamos a hacer algo muy parecido. De hecho, la operación ya está avanzada… y tú has aparecido en el momento preciso.

David frunció ligeramente el ceño.

Arvind hizo una pausa medida antes de continuar.

—Zayan Malik, a través de una empresa pantalla, llevaba meses buscando teléfonos satelitales. Aparatos difíciles de interceptar, inmunes a la mayoría de las interferencias de las agencias de inteligencia. En concreto, doce. Sin duda para los llamados «Doce

Delegados», personas influyentes de Pakistán partícipes de los planes de Mikaal Irfani, alias Paladin, que forman el núcleo de la organización que impulsa una escalada nuclear contra la India. Resulta que son muy recelosos. En una ocasión compraron aparatos a una compañía rusa y descubrieron que los teléfonos habían sido alterados por los de la FSB, los servicios de inteligencia rusos, para monitorear las llamadas. Nuestro departamento creó una empresa española ficticia y estableció contacto con Zayan. Negociaciones limpias, pagos verificados, sin levantar sospechas.

Arvind entrelazó los dedos.

—En resumen: les hemos vendido los doce teléfonos. Y tú serás el encargado de entregarlos.

El silencio cayó entre ambos, denso.

—¿Y entonces…? ¿Ya está? ¿Y Paladin? —preguntó David al cabo de unos segundos.

—Te iré revelando los detalles operativos poco a poco —respondió Arvind—. Pero hay algo que debes saber desde ahora. Esos teléfonos explotarán.

David no reaccionó.

—Cada uno lo hará en el momento en que yo dé el okey —continuó Arvind—. Nuestra previsión es que los dispositivos se entreguen durante una reunión privada en el edificio donde Mikaal Irfani tiene sus oficinas. Ahí los encenderán. Estarán todos ellos en la misma habitación. La potencia de la carga de un solo teléfono bastará para destruir por completo una planta del edificio.

Le sostuvo la mirada.

—Ahora imagina doce explosiones simultáneas. —Se rio—. ¡Boom! Adiós a Paladin y a ese maldito culto apocalíptico que forman los Doce Delegados.

David exhaló despacio.

—¿Quién los activará?

—Nosotros. Desde aquí, desde la India —respondió Arvind sin vacilar—. Nuestro agente en Lahore, que te asistirá sobre el terreno, se encargará de introducir el componente clave en cada aparato. El resto es control remoto. Todo muy avanzado en tecnología; hasta sabremos quién sostiene cada aparato tan solo con el contacto

físico; de este modo estaremos cien por cien seguros de a quién eliminamos.

Hizo de nuevo otra pausa y continuó:

—Cada perfil de los delegados aparecerá en nuestros sistemas en tiempo real. Una confirmación visual y biométrica de cada objetivo que esté sujetando en la mano un aparato móvil. Y aunque Mikaal Irfani no tuviera uno, la explosión sería suficiente para enviarlo directo al mismísimo infierno.

De nuevo otra pausa, y continuó:

—Cuando activemos los explosivos con tan solo pulsar una tecla, la organización dejará de existir. Y Paladin será historia en un solo instante.

David apartó sus pensamientos cuando la radio del coche comenzó a enumerar los nombres de las víctimas confirmadas hasta el momento.

La voz del locutor sonaba grave, casi ceremonial. Primero mencionó a un general del ejército. Después, a un alto funcionario del gabinete de seguridad del presidente del Gobierno. A continuación, al secretario personal del primer ministro.

El conductor silbó, impresionado.

—Alá misericordioso… —murmuró, negando con la cabeza—. ¡Cuánta gente importante!

La lista continuó. Finalmente, el locutor añadió otro nombre: Zayan Malik, director ejecutivo de Aryan Digital System.

David sintió un leve estremecimiento.

El periodista aclaró que el motivo por el que perfiles tan elevados del gobierno y de la esfera privada se encontraban reunidos en una oficina de la Arcadian Tower aún no había sido revelado. Las investigaciones seguían abiertas y las autoridades evitaban cualquier especulación pública.

Ni una palabra sobre Mikaal Irfani.

David apretó la mandíbula. Trató de poner en orden sus emociones.

«¿Significa eso que Paladin ha escapado?», se preguntó.

Solo podría confirmarlo cuando regresara a la India y Arvind le diera una respuesta definitiva.

—¿Cuánto falta para llegar a Islamabad? —preguntó al fin, rompiendo el silencio—. No quisiera llegar cuando la embajada esté cerrada.

—Una hora y media. Antes de lo previsto —respondió el conductor mientras cambiaba la sintonía. La voz del locutor se desvaneció y fue sustituida por música pakistaní, rítmica y ajena a la tragedia—. Llegaremos a tiempo. Usted quédese tranquilo. Si quiere, puede dormir un poco.

El hombre apretó el volante con más fuerza y aceleró ligeramente.

David se acomodó en el asiento y observó cómo el paisaje se deslizaba hacia atrás. Sabía que cada kilómetro que avanzaban lo alejaba de la red de consecuencias del atentado.

63

Llegaron a las inmediaciones de Islamabad cuando el tráfico comenzó a formarse.

—Señor, tenemos un problema delante —anunció el conductor, bajando la velocidad.

Una fila interminable de vehículos bloqueaba la carretera de acceso a la ciudad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó David.

El conductor señaló hacia el frente. David se inclinó por la ventana, levantando la vista entre los coches detenidos. A lo lejos, entre una nube de polvo y bocinas impacientes, asomaba la carrocería retorcida de un camión de carga volcado sobre un costado.

—Parece un accidente —dijo el hombre, sin demasiada convicción.

David no respondió de inmediato; sacó con calma un billete de cien euros del bolsillo interior de su pantalón y se lo tendió.

—Siempre hay un desvío —observó en voz baja—. Aquí tienes cien más de lo acordado. Otros cien si encuentras una ruta alternativa.

El hombre atrapó el billete al vuelo y lo guardó con rapidez, como si temiera que alguien pudiera arrebatárselo. Salió del vehículo y comenzó a moverse entre los coches detenidos, intercambiando con otros conductores palabras rápidas, gestos cortos, miradas

cómplices. David observó cada movimiento a través del parabrisas, sin mostrar impaciencia.

No tardó en volver.

—Rodearemos la ciudad por el norte —anunció el conductor al sentarse—. Luego entraremos por el anillo periférico. Será más largo, pero llegaremos.

Sin esperar respuesta, engranó la marcha atrás, cruzó la mediana de un volantazo y condujo durante unos minutos en sentido contrario, esquivando bocinas y miradas airadas. Finalmente tomó un desvío estrecho que se perdía entre construcciones bajas y carreteras secundarias.

David permanecía en silencio, tranquilo, mirando por la ventana. Tenía confianza en que el pakistaní sabía lo que hacía. Pronto entrarían en Islamabad.

Al llegar a la ciudad, el conductor detuvo el coche junto a la acera, sin apagar el motor.

—Señor, necesito preguntar la dirección —dijo—. ¿De qué país me dijo que es su embajada?

David no respondió. Sacó del bolsillo interior un grueso fajo de billetes y separó siete, más uno extra por haber conseguido la ruta alternativa, con gesto automático.

—Me bajo aquí —dijo, tendiéndole el dinero.

El conductor lo atrapó en un instante, como precaución de que un agente de tráfico, por ejemplo, pudiera ver el dinero y tuviera que sobornarlo para no ponerle una multa, ya que tenía matrícula de Lahore y una licencia válida solo para operar en esa ciudad. Contó los billetes de cien euros con rapidez, moviendo los labios en silencio.

—Señor, no es seguro andar solo por aquí —advirtió—. En la calle pueden timarlo.

—Conozco una agencia de viajes que está cerca de aquí —mintió David, sin titubear—. Ellos me indicarán dónde está mi embajada. Gracias por el viaje.

—Gracias a usted —respondió el hombre, guardándose el dinero.

David abrió la puerta y bajó. No miró atrás. Caminó con paso firme hasta la primera esquina y giró sin dudar. Avanzó una manzana

más, luego otra y después una tercera, cambiando de dirección cada vez con naturalidad. Rodeó un edificio de apartamentos, se internó en un vecindario estrecho y zigzagueante, atento ante cualquier anomalía.

Contó los segundos. Escuchó. Nada. Observó los alrededores. No detectó amenaza alguna.

Convencido de que nadie lo seguía, se detuvo junto a una tienda y levantó la vista. A lo lejos, entre el entramado de calles, distinguió un edificio que reconoció de inmediato.

Había estudiado el mapa de Islamabad durante el vuelo y retenido en la mente edificios y lugares estratégicos como señales de orientación. El punto de extracción estaba cerca de allí.

Echó a andar en esa dirección, mezclándose con la ciudad como si siempre hubiera pertenecido a ella.

64

David Ribas no se dirigió a la embajada española, sino a la de la India. El punto de extracción estaba allí, en el sector G-5, dentro del Diplomatic Enclave.

Avanzó por amplias avenidas, flanqueadas por hileras de árboles perfectamente alineados, donde el tráfico fluía. A diferencia del caos de otros lugares de la ciudad, las calles eran limpias, casi asépticas, con rotondas monumentales, jardines recortados y edificios gubernamentales de fachadas sobrias.

El Diplomatic Enclave emergía como una fortaleza dentro de la capital: vallas, controles armados y accesos limitados, protegidos por soldados que observaban sin curiosidad.

Los muros altos, las garitas de seguridad y las cámaras discretas recordaban que aquella zona exclusiva había sido diseñada para el poder y el control, no para perderse en ella.

Arvind Tiwari había confirmado con el embajador de la India en Islamabad la llegada de un individuo con pasaporte español a nombre de Juan Rodríguez. Las instrucciones eran claras y concisas: debía facilitarle un pasaporte diplomático con identidad india y organizar su salida inmediata hacia Bombay en el primer vuelo privado que la embajada pudiera disponer.

Todos los gastos de la aeronave correrían a cargo de la RAW. No se emitiría factura, no se levantaría acta, no se haría mención alguna en los informes internos de la embajada. Tras la partida de aquel hombre, no debía quedar rastro de su paso por el recinto: ni una

firma, ni una imagen, ni el nombre de aquella persona, a la que consideraban clave para la seguridad de los intereses de la India.

El acceso al Diplomatic Enclave estaba estrictamente restringido al público. Aquel perímetro blindado albergaba más de cuarenta embajadas y altas comisiones, un archipiélago de soberanías protegidas por muros, garitas y armas automáticas.

Nada más llegar, David presentó su documentación y comunicó a los guardas que era un visitante esperado en la embajada de la India. Las miradas fueron neutras, profesionales. Le hicieron pasar por un arco de seguridad para detectar objetos metálicos y prohibidos.

Como había llegado andando y no en un coche oficial, había levantado las sospechas entre los guardas. Le hicieron vaciar todos los bolsillos y descalzarse. Luego lo cachearon y le pasaron manualmente por el cuerpo una paleta de seguridad para detectar posibles objetos metálicos ocultos.

Tras una verificación minuciosa, se autorizó su entrada y le dijeron que esperara a que lo recogieran.

Un coche oficial de la embajada con el distintivo banderín de la India ondeando en un lateral de la parte frontal de la carrocería apareció enseguida en el mismo control de acceso.

David tomó asiento en el Mercedes-Benz S-Class negro, con lunas tintadas, que avanzó en silencio por las calles interiores del enclave, impecables y desiertas, hasta detenerse frente a la residencia del embajador, anexa al edificio principal de la misión diplomática.

El recinto estaba abarrotado de coches oficiales y de vehículos privados de alta gama. «Qué oportuno», se dijo a sí mismo David. «Debe de haber una recepción, reunión o evento debido a los últimos acontecimientos geopolíticos».

Los conductores aguardaban dentro o apoyados junto a las puertas abiertas, bebiendo té servido por la embajada india. Algunos aprovechaban la espera para limpiar con esmero la carrocería, como si el brillo del automóvil reflejara su propia profesionalidad; otros leían el periódico con parsimonia y otros deslizaban el dedo por la pantalla del teléfono móvil.

El conductor del Mercedes aparcó en uno de los laterales del estacionamiento; hizo un gesto en el aire a un funcionario indio que esperaba de pie en la entrada, y que acudió de inmediato para recibir al recién llegado.

El hombre vestía un traje impecablemente ajustado, acompañado de una llamativa corbata de seda púrpura y un brillante pin con la bandera de la India en la solapa de la chaqueta.

—Bienvenido —anunció con una leve inclinación de cabeza—. Soy el secretario privado del embajador. Sígame, por favor.

—Encantado —respondió David, caminando a su lado.

Pasaron por un arco detector de metales y sometieron a David a un nuevo cacheo corporal. Como iba acompañado por el empleado de la embajada, el personal de seguridad no fue minucioso.

Atravesaron un vestíbulo amplio y luminoso y accedieron a una estancia donde predominaban el blanco y una decoración clásica, sobria y cuidadosamente equilibrada.

Todo transmitía una sensación de decoración interior meticulosamente cuidada. En las paredes se apreciaban varios cuadros de estilo minimalista que representaban pasajes de la mitología hindú, como el Ramayana y el Mahabharata. Estas obras estaban enmarcadas, algunas en madera y otras en latón. Destacaba, además, una fotografía predominante del Taj Mahal, que actuaba como eje visual del conjunto.

—El señor embajador se encuentra en una reunión —explicó el empleado, con un matiz de disculpa en la voz.

—No hay ningún problema; puedo esperar —respondió David.

—Gracias por su comprensión.

El hombre se retiró discretamente y regresó al poco tiempo acompañado de otro individuo de movimientos rápidos y energía constante.

Era bajo, delgado y de piel oscura. Vestía un *achkan* verde oscuro de corte impecable, con gruesos botones dorados y un pañuelo de seda naranja asomando del bolsillo de la pechera. Parecía haberse perfumado con un cóctel de lociones. Su abundante cabello teñido de negro tizón lucía una generosa capa de brillantina.

Por su porte y rasgos, David dedujo de inmediato que procedía del sur de la India, probablemente de Tamil Nadu.

La suposición resultó acertada.

Con una sonrisa franca y contagiosa, el hombre se presentó como M. K. Venkatesan. Su trato era afable, ingenioso y encantador.

—Es un placer para mí y para esta honorable misión tenerle a usted como anfitrión de honor, aunque su estancia sea muy breve.

David le devolvió la sonrisa.

—Le agradezco sus palabras. Me halaga en exceso, señor Venkatesan.

—Mi secretario ya ha contactado con el aeropuerto —continuó—. En breve nos comunicarán la disponibilidad de su vuelo. Solo cabe esperar. Antes de ponerse en marcha, le entregaremos su pasaporte indio con el nombre de Abhisek Malhotra. Y para reforzar su perfil, usted ostenta el puesto de agregado cultural de esta embajada.

Miró el reloj de pulsera, se acercó un poco más a David y, bajando la voz hasta un susurro cómplice, añadió:

—Si le apetece conocer a algunas personas influyentes, me encantaría invitarle a un aperitivo con varios invitados a quienes estoy agasajando. Como bien sabe, el conflicto entre Pakistán y la India estuvo a punto de agravarse con consecuencias muy trágicas, pero afortunadamente estamos entrando en una fase de desescalada gracias al interés de nuestros respectivos gobiernos.

David asintió con serenidad.

—Sin duda será un placer. Muchas gracias. Aunque temo no ir vestido de manera adecuada para la ocasión.

—Tonterías —replicó el embajador, agitando la mano en el aire como quien espanta una mosca—. Usted es el agregado cultural y, al fin y al cabo, tiene una personalidad… digamos, ligeramente bohemia. Su aspecto informal sin corbata no solo será comprensible, sino que pasará completamente desapercibido: no rige ninguna etiqueta.

David entró en la gran sala contigua al jardín acompañado por el embajador. El espacio se abría en amplios ventanales que dejaban pasar la luz exterior reflejándola sobre suelos pulidos y muebles de líneas elegantes.

En distintos puntos de la estancia, pequeños grupos de invitados formaban corrillos animados, copas en mano, inmersos en conversaciones intensas que mezclaban diplomacia, intereses y sonrisas.

El murmullo general llenaba el aire, con voces superpuestas. Entre la multitud, una persona en particular levantó la vista y clavó los ojos en David Ribas. No fue una mirada fugaz ni curiosa, sino una observación prolongada y medida, fría, como si hubiera estado aguardando ese momento exacto.

65

David percibía a su alrededor un bullicio constante, una marea de voces entrelazadas en inglés, hindi y urdu que flotaban en el aire cargado del salón.

Las conversaciones parecían triviales: comentarios sobre el clima, la situación política en los Estados Unidos,

Las conversaciones parecían intrascendentes: observaciones sobre el clima, debates superficiales acerca de la situación política en Estados Unidos, el eterno contraste entre el tráfico y las infraestructuras de Pakistán frente a China y otros países, o la más reciente comparecencia del primer ministro indio.

Los invitados formaban un mosaico cuidadosamente seleccionado. Diplomáticos occidentales con trajes impecables y sonrisas ensayadas sostenían copas de cristal fino, observándolo todo sin parecer hacerlo. Funcionarios locales, envueltos en tejidos tradicionales de colores sobrios y elegantes; hablaban en voz baja, inclinando apenas la cabeza en señal de respeto o cautela. Había militares pakistaníes retirados, reconocibles por su porte rígido y su mirada desconfiada, algunos incluso con su uniforme lleno de medallas, y empresarios influyentes, tanto de la India como de Pakistán, que irradiaban una confianza casi arrogante, como si aquel territorio les perteneciera por derecho.

David observó al embajador desplazarse entre los grupos con una naturalidad ensayada, como si el salón fuese un tablero y él supiera de memoria la posición exacta de cada pieza. Deslizaba

instrucciones casi imperceptibles al personal de servicio: una copa de vino blanco para el consejero cultural, otra para el agregado comercial; un whisky para el agregado militar; un aperitivo sin alcohol para la esposa de un alto funcionario, como si supiera —antes que nadie lo mencionara— que la mujer arrastraba problemas de adicción.

Todo ocurría con agilidad y una desenvoltura que solo otorgan los años de experiencia… o la necesidad de anticiparse al peligro. «Pero ¿qué peligro?», se preguntaba David. Observó con más detenimiento al embajador indio.

Había algo extraño en su lenguaje corporal, pero no sabía qué era; algo singular, casi inquietante: una leve inclinación del torso, una pausa medida antes de responder, una sonrisa que aparecía y desaparecía con disciplinada exactitud.

David, curtido en el mundo de la inteligencia, percibió de inmediato que algo se estaba gestando bajo la superficie pulida de la recepción diplomática. No era una amenaza evidente, sino una vibración sutil, una disonancia apenas perceptible.

«Pero ¿el qué?», se preguntó de nuevo, con todos los sentidos en alerta, mientras recorría el salón con la mirada.

El diplomático parecía disfrutar profundamente de su papel. Se movía con la soltura de quien ha aceptado el riesgo como parte de su oficio, adaptando su tono, su postura y hasta su vocabulario a cada interlocutor.

A David le recordó inevitablemente al capitán Louis Renault, el personaje interpretado por Claude Rains en *Casablanca*: un personaje elegante, moralmente flexible, capaz de decir exactamente lo que convenía en cada momento para mantenerse a flote y, más aún, para prosperar en un entorno político volátil y hostil.

Mientras el embajador reía con un grupo de invitados, David no pudo evitar preguntarse de nuevo qué clase de peligro se ocultaba tras aquel evento social. En aquel salón lleno de luz cálida y copas relucientes, la amenaza más seria podría llevar un rostro amable y una sonrisa inocente.

De repente, un hombre pakistaní de baja estatura, más bien grueso de cintura, con traje y corbata, elevó la voz en su conversación con un indio. David se giró y escuchó la conversación de los dos, que estaba subiendo de tono y captando la atención de los demás invitados.

El pakistaní resultaba ser secretario del primer ministro, y el indio, el secretario privado del embajador, que hacía unos minutos había recibido a David en la entrada.

—Que hubiera una mala relación entre nuestros gobiernos es culpa suya —dijo el pakistaní, con la voz cargada de reproche y el mentón ligeramente elevado.

—¿Y por qué cree que mi gobierno rompió relaciones con Islamabad? —replicó el indio, sin molestarse en disimular la irritación —. Por sus constantes amenazas de escalar el conflicto hasta el terreno nuclear. Hoy al mediodía hubo un atentado en Lahore. Ya se ha confirmado que los responsables pertenecen a su propio terrorismo interno. Y aun así, antes de admitirlo, difundisteis una primera nota de prensa insinuando la implicación de la India, con el único propósito de sembrar inquietud y desviar la atención.

—Nosotros jamás hemos amenazado con un ataque nuclear. Eso no es más que una invención de sus medios de comunicación sensacionalistas indios.

El embajador, que había percibido el cambio en el tono de las voces y las miradas curiosas que empezaban a converger hacia ellos, se puso en movimiento de inmediato. Caminó hacia el pequeño grupo con paso medido y elástico, casi flotante, como si cada zancada hubiera sido ensayada para no transmitir prisa ni alarma. Avanzaba con el cuerpo levemente inclinado hacia delante, las manos abiertas a la altura del torso y una sonrisa como si fuera a anunciar una sorpresa de un momento a otro.

Cuando se acercó a ellos, su calma contrastaba con la rigidez de los interlocutores, interponiéndose entre los dos con naturalidad, rompiendo la confrontación. Hizo un gesto casi teatral, como si fuera a darles la bienvenida a la recepción, fingiendo que aquel encuentro era fortuito, a pesar de que ambos llevaban ya un buen rato en el salón.

—Caballeros, caballeros —dijo con voz suave, modulada para no atraer más atención de la necesaria—, estoy seguro de que coincidimos en que muchas de estas diferencias no son más que malentendidos. Y todos sabemos que, mediante el restablecimiento de unas relaciones normales y constructivas entre nuestros gobiernos, estas discrepancias pueden resolverse… o al menos encauzarse.

El pakistaní frunció el ceño, sin dejarse impresionar. La forma tan rápida de hablar del embajador indio le causó desconcierto.

—Palabras huecas de alguien que ostenta un puesto *sarkari* —pronunció con tono despectivo la palabra en hindi con la que se denomina un trabajo de funcionario del Estado—, y la desvergüenza de abandonar su moral. Algo que, por cierto, vemos repetidamente que la mayoría de los indios hacen con gusto.

El secretario indio dio un paso al frente, visiblemente ofendido, dispuesto a responder. Pero el embajador se adelantó con una rapidez elegante, levantando apenas la mano en un gesto conciliador, como si pidiera calma a una orquesta invisible.

—Y aun así —interpeló el embajador, sin perder la sonrisa, clavando ahora la mirada en el pakistaní con una expresión optimista y casi cordial—, siempre le recibiremos con los brazos abiertos. El diálogo entre nuestras dos naciones nunca debe estar cerrado del todo. Además, sigue en pie nuestra invitación para que nos visite en Agra. El Taj Mahal siempre tiene una forma especial de recordar lo que somos capaces de construir cuando dejamos a un lado las diferencias. Al fin y al cabo, qué representa sino un símbolo del amor.

—¿Qué diferencias? Fue construido por el emperador musulmán Shah Jahan a su esposa, también musulmana, Mumtaz Mahal.

El embajador hizo un gesto a un camarero que llevaba una bandeja con canapés mientras volvía a contestar al pakistaní.

—Caballero, el Taj Mahal es una obra maestra del arte mundial que trasciende religiones, un símbolo de amor universal y patrimonio de la humanidad. Y aunque es innegable que su arquitectura sea predominantemente islámica, es una gloriosa fusión de estilos, con una rica herencia india y persa.

El camarero se colocó junto al embajador diligentemente con la bandeja al frente.

—Ahora, caballeros —añadió el diplomático con tono conciliador —. Permítanme ofrecerles unos canapés de caviar. —Amplió su sonrisa aún más y alzó el índice al aire, mirando al pakistaní—. Pero de producción local, de Pakistán. No importado como Beluga, Osetra y Sevruga.

Los dos probaron el caviar.

—Sin duda de salmón —comentó el pakistaní, asintiendo con placer mientras masticaba un bocado.

—Muy rico —añadió a su vez, y con gusto, el secretario indio.

El embajador indio aprovechó la ocasión y se explayó en la rica gastronomía que ofrecía Pakistán.

—Aunque el Kaluga está encontrando su nicho en el emergente sector de *gourmet* de lujo importado, hay que admitir que el caviar producido aquí en Pakistán está muy rico.

El pakistaní cambió por completo de actitud al escuchar las alabanzas dedicadas a la cultura gastronómica de su país. Enderezó la espalda, hinchó el pecho y comenzó a asentir con una sonrisa satisfecha, concediendo la razón al embajador indio en cada uno de aquellos elogios tan generosos.

La escena estaba salvada y, con ella, al menos por esa noche, la frágil apariencia de normalidad entre dos países que habían caminado al borde del abismo. Las relaciones diplomáticas seguían siendo precarias, tensadas hasta el límite, y bastaría una chispa imprevista para que un nuevo conflicto volviera a estallar.

Después, se pusieron a hablar distendidamente sobre críquet, ensalzando tanto a uno como a los otros jugadores de origen indio y pakistaníes.

La tensión había desaparecido.

David sonrió para sí. Había sido testigo de una maniobra diplomática tan sutil como elegante, ejecutada con la precisión de quien sabe que, en ese mundo, unas palabras bien colocadas en el momento oportuno podían valer tanto como un ejército.

En ese instante, David sintió el peso firme de una mano sobre su hombro.

—¿Señor Juan Rodríguez? —pronunció una voz grave a su espalda.

Un estremecimiento de asombro lo recorrió al oír aquel nombre falso que había usado previamente como tapadera.

Se giró y se encontró frente a un hombre que imponía por pura presencia. Medía cerca de un metro noventa y cinco, con una complexión poderosa, el pecho ancho y los hombros sólidos. Sus ojos, oscuros y penetrantes, parecían escrutarlo con una intensidad incómoda; la frente amplia reforzaba una expresión de inteligencia fría y calculadora. Rondaba los sesenta años e irradiaba una autoridad hipnótica, casi intimidante.

David lo reconoció al instante.

No necesitó confirmación alguna.

Era Mikaal Irfani, alias Paladin.

66

Antes de que David pudiera articular una sola palabra, el embajador se adelantó con su naturalidad habitual, de quien controla cada segundo de la escena.

—Ah, Abhishek Malhotra —pronunció con entusiasmo el nombre ficticio de David Ribas—. Permítame presentarle a alguien muy importante: el señor Jorinder Singh.

El hombre dio un paso al frente y extendió la mano. Su gesto era correcto, pero su mirada, demasiado atenta.

David aceptó el saludo. Las manos chocaron brevemente, apenas un contacto, lo justo para intercambiar una primera impresión. La palma de Mikaal Irfani estaba fría.

—¿Es usted diplomático? —preguntó Mikaal, sin apartar los ojos de los suyos.

David abrió la boca para responder, pero el embajador volvió a interponerse, casi con impaciencia.

—Abhishek es nuestro agregado cultural.

Mikaal ladeó ligeramente la cabeza, como si archivara el dato.

—¿Y usted? —preguntó David a continuación—. ¿A qué se dedica exactamente?

De nuevo, el embajador se interpuso para responder.

—El señor Singh es un empresario de gran éxito —dijo con tono jovial—. Comercia con piedras preciosas. Hace un rato me comentaba que exporta mucho a Sudáfrica y que está interesado en

ampliar su mercado en Pakistán. De hecho, está aquí por una serie de reuniones con comerciantes locales, ¿no es así?

Durante un segundo, David creyó percibir una sombra de ironía en la sonrisa de Mikaal, pero esta se disipó al instante.

—Así es —confirmó.

Tanto David como Mikaal estaban demasiado concentrados en observarse, en medir cada microgesto del otro, como para advertir que el embajador los había ido desplazando con suavidad fuera del núcleo del salón. Sin darse cuenta, habían quedado junto a una puerta lateral que daba a un pasillo estrecho y menos iluminado, donde el murmullo de la recepción llegaba amortiguado.

Un camarero apareció de pronto frente a ellos, casi bloqueándoles el paso, con una bandeja de bebidas perfectamente alineadas.

—Ah, no voy a permitir dejarles solos y que intercambien impresiones sobre este país sin antes probar nuestro zumo de mango —dijo el embajador con una risa ligera—. Fresco, natural y sin azúcar añadido. —Se llevó la mano a la altura del corazón—. Y luego prometo irme y no interferir en sus conversaciones.

Antes de que ninguno pudiera rechazar la oferta, el embajador tomó dos copas y se las tendió.

David sintió una punzada de irritación. La intromisión del embajador era excesiva, fuera de lugar, incluso forzada. Aun así, ambos bebieron el zumo de un solo trago y devolvieron las copas a la bandeja que el camarero sostenía con una quietud casi mecánica.

El embajador se dio la vuelta y, chasqueando los dedos, llamó a otro camarero para darle instrucciones en voz baja.

Fue entonces cuando Mikaal tomó la iniciativa; discretamente se metió la mano en el bolsillo y sacó un bolígrafo que mantuvo escondido.

—Puede quitarse la careta —dijo, esbozando una sonrisa amplia. Mientras hablaba, apretó discretamente con el pulgar la capucha del bolígrafo y salió una hoja de acero muy fina, pero mortal—. Sé que se llama Juan Rodríguez. Ha tenido una suerte extraordinaria de llegar hasta aquí. Y si los indios lo están protegiendo, es porque fue usted quien intervino en Bombay…

Mikaal se interrumpió con un carraspeo brusco.

David iba a responderle, pero observó de repente cómo un fino hilo de sangre descendía por una de las fosas nasales del pakistaní.

Antes de que pudiera reaccionar, Mikaal dio un paso atrás. Iba a pronunciar «*Allahu Akbar*» antes de asestar una puñalada a David, pero sus pupilas se dilataron. Se llevó una mano a la pared intentando apoyarse. Sus piernas flaquearon. Se le cayó el arma al suelo.

—¿Qué…? —murmuró, mareado.

Como si hubiera estado esperando exactamente ese momento, el embajador reapareció de inmediato y sujetó a Mikaal con firmeza por un brazo, mientras el camarero lo tomaba del otro. Entre ambos lo condujeron hasta una silla en el pasillo y lo hicieron sentar con rapidez, casi como si la urgencia hubiera sido ensayada.

Sin decir una palabra más, el embajador cerró la puerta corrediza que comunicaba con el salón.

La música, las risas y las conversaciones quedaron al otro lado.

En el pasillo, el silencio se volvió denso, incómodo. El embajador se apresuró a buscar una manera de comenzar una conversación con un tono mesurado.

—Estamos viviendo tiempos extraordinarios, señor Mikaal Irfani —dijo el embajador con absoluta sangre fría, adoptando un tono distinto al que había usado hasta entonces, pronunciando el nombre con deliberada precisión y revelando al fin la verdadera identidad del hombre que se hacía pasar por Jorinder Singh. David dio un respingo al escuchar el nombre salir de la boca del diplomático—. Y, como bien sabe, las circunstancias excepcionales nos obligan a tomar medidas extraordinarias. ¿No le parece?

Los ojos del pakistaní se abrieron con una mezcla de sorpresa y rabia contenida. Inspiró bruscamente, como si fuera a protestar, pero no logró articular palabra alguna. En un gesto instintivo, intentó abalanzarse sobre el embajador, pero el camarero reaccionó con una rapidez implacable: le torció la muñeca con un movimiento seco y lo inmovilizó contra el respaldo de la silla. Enseguida el corazón de Mikaal dejó de latir.

David había observado la escena con creciente desconcierto. Todo había sido una farsa previamente orquestada. La coreografía había sido demasiado perfecta, demasiado limpia.

Comprendió entonces que nada de aquello había sido improvisado: ni el desplazamiento hacia el pasillo, ni el zumo de mango, ni la aparente naturalidad del personal de servicio. Todo estaba planificado al milímetro, y él acababa de ser testigo de una operación meticulosamente ejecutada.

No le quedó la menor duda: aquello llevaba la marca inconfundible de Arvind Tiwari, el director de la RAW.

67

Dos empleados del servicio, vestidos de camarero, retiraron el cuerpo de Mikaal Irfani con rapidez y discreción.

Poco después, el secretario privado apareció en el pasillo; su semblante era sereno mientras se acercaba al embajador y le susurraba algo al oído.

Inmediatamente el embajador extendió la mano hacia David, y este la estrechó con un gesto firme y calculado.

—Le deseo un feliz viaje, señor Malhotra —dijo el embajador, esbozando una sonrisa contenida—. Me informan que el coche lo aguarda en la entrada; el conductor le entregará toda la documentación necesaria.

Mientras caminaban juntos hacia la puerta, el embajador hizo una breve pausa y asintió levemente.

—Ah, por cierto —prosiguió—, alguien dijo una vez: No te quedes en casa esperando que un árbol de mango te dé frutos; si deseas un cambio real, sal de tu zona de confort y transforma el mundo. Hoy, con un poco de ayuda de cierto ingrediente químico, quizá el mundo sea un poco menos peligroso… ¿no le parece?

David sonrió ante aquella ingenua observación.

—Eso creo —manifestó con semblante adusto.

—Entonces, buena suerte —añadió el embajador con una ligera inclinación de cabeza.

David comprendió entonces que lo habían utilizado. Al fin y al cabo, ¿qué era el juego del espionaje sino una guerra silenciosa por

la información? Agentes y organizaciones moviéndose en las sombras, identidades falsas, vigilancia, engaños y maniobras psicológicas para adelantarse a las amenazas y proteger intereses mayores.

De ahí la vieja idea de que el fin justifica los medios: la creencia de que, ante un peligro grave, cualquier acción puede volverse aceptable si evita un mal mayor.

En la Embajada de la India en Islamabad, ese razonamiento había barrido de un plumazo cualquier dilema ético. La legalidad y los valores quedaron atrás; los límites se cruzaron sin titubeos, amparados en la excusa de un bien superior: el asesinato de Mikaal Irfani, alias Paladin.

Antes de entrar en el vehículo, David se giró y le preguntó:

—Pero ¿era o no era Paladin?

Se detuvieron un instante, mirándose fijamente. El indio levantó apenas los hombros, como restando importancia, y, antes de dar un paso atrás y regresar al interior del edificio, declaró:

—No sabría decirle.

EPÍLOGO

David se sumió en sus pensamientos durante el vuelo de regreso a la India. No pudo evitar repasar los peligros a los que se había visto expuesto y los instantes en que había mirado a la muerte a la cara.

Cuando el pequeño avión privado aterrizó en el aeropuerto de Bombay, se permitió una sonrisa silenciosa. «Ya estoy en casa», se dijo a sí mismo.

Aquella certeza seguía sorprendiéndolo. Nunca había imaginado que podría encajar en la India y, sin embargo, allí estaba, sintiendo una familiaridad casi inquietante.

«Qué sensación tan extraña… jamás me he sentido tan cómodo como en este país tan diverso, tan caótico y, al mismo tiempo, tan vivo».

Nada más descender por la escalerilla, el aire cálido y denso lo envolvió como un viejo conocido.

En la pista lo esperaba Arvind Tiwari, impecable en su porte y con esa serenidad que parecía no abandonarlo nunca.

—Bienvenido —dijo el director de la RAW, señalándole con un gesto la puerta de pasajeros del Mercedes-Benz Clase E gris metálico, con lunas tintadas, que esperaba a pie de pista.

El vehículo se puso en marcha de inmediato, dejando atrás el aeropuerto y adentrándose en el tráfico incesante de la ciudad.

—¿Cómo estás, David? —preguntó Arvind con tono casual, aunque sus ojos lo observaban con atención.

—Yo, bien —respondió él—. Como ya te habrán informado tus agentes, los únicos que salieron mal parados fueron ellos.

Arvind dejó escapar una breve carcajada.

—Hiciste un trabajo excelente. La verdad es que…

David lo interrumpió, girándose hacia él con expresión seria.

—Me engañaste. Me usaste como señuelo para atrapar a Mikaal Irfani en vuestra embajada. Lo considerabais una amenaza para los intereses de la India y decidisteis eliminarlo. O, mejor dicho, siguiendo tu sutil juego de espionaje, la palabra correcta sería *neutralizarlo*. Ya tenías una operación perfectamente planificada con antelación, ¿verdad? El supuesto embajador, M. K. Venkatesan… dudo mucho que lo fuera. Más bien resultó un agente operativo de primer nivel. Cuando confirmasteis, a través de terceros, que Mikaal no había muerto en las explosiones, decidisteis mover ficha. Filtrasteis al servicio de inteligencia pakistaní que un tal Juan Rodríguez, supuesto responsable de lo ocurrido en el Arcadian Tower, planeaba refugiarse en la embajada india, precisamente durante un evento diplomático al que asistirían figuras influyentes. Informaron a Mikaal, como vosotros esperabais, porque sabíais que querría vengarse por lo sucedido. Y él intentó matarme… solo que os adelantasteis vosotros. ¿Es así?

Arvind no negó nada.

—Y, por cierto —continuó David, esbozando una sonrisa ladeada —, debo admitir que fue impresionante. Tienes gente extraordinaria. Lo que vi allí fue un auténtico espectáculo; por un momento pensé que estaba en el plató de una superproducción cinematográfica. El que hizo de embajador…, los camareros…, supongo que varios de los invitados no lo eran y estaban para figurar… Todos estuvieron muy bien. La discusión entre un pakistaní y un indio para distraer fue sublime.

—Lo importante —replicó Arvind con calma— es que Mikaal se lo tragó por completo, y tú cumpliste tu papel a la perfección.

David asintió lentamente.

—Esa frase tan manida que me soltaste sobre el espionaje… que se escribe con sangre —dijo él, mirando por la ventanilla—. No se me ocurre una definición más acertada.

El silencio se instaló en el interior del coche mientras Bombay seguía desplegándose ante ellos, ajena a los juegos de sombras que acababan de decidir el destino de una organización que deseaba iniciar una guerra nuclear.

La opulencia de los coches de gama alta circulando por las carreteras indias siempre genera un contraste impactante. Así, el Mercedes, avanzando entre baches, cables expuestos y viviendas precarias, subrayaba de forma elocuente la profunda desigualdad que se vive a diario en la ciudad: calles abarrotadas donde muchas personas tenían lo justo para subsistir, comercios improvisados apiñados, barriadas de chabolas y unas infraestructuras básicas claramente insuficientes.

—Mira, David… lo importante es que entiendas que…

David volvió a girarse bruscamente. Lo miró directamente a los ojos y lo interrumpió sin darle margen alguno.

—Y él no era Paladin —dijo con voz firme, contenida—. Tú lo sabías. —Le señaló con el índice—. Lo supiste desde el principio y, aun así, me utilizaste para alcanzar tu objetivo: matar a los Doce Delegados y a Mikaal Irfani, eliminando cualquier intento de agresión nuclear contra la India.

El silencio se apoderó del interior del coche durante un instante. David se inclinó hacia delante y tocó el hombro del conductor.

—Para aquí —ordenó, señalando la acera a unos metros más adelante.

El hombre redujo la velocidad, dudó apenas un segundo y lanzó una mirada rápida por el retrovisor en busca de instrucciones. Arvind sostuvo su mirada y asintió con un leve gesto, casi imperceptible, dando su aprobación.

El Mercedes se detuvo suavemente junto al bordillo y el conductor desbloqueó el cierre centralizado; un clic seco resonó en la puerta de David.

—De eso quería hablarte en persona —dijo Arvind, rompiendo el silencio—. Sabía que esta conversación no podía esperar.

—No quiero seguir escuchándote —respondió David, ya con la mano sobre la manilla de la puerta—. No después de lo que hiciste.

—Tienes razón —admitió Arvind sin rodeos—. Él no era Paladin. Pero estaba conectado con él. Más de lo que imaginas.

David se detuvo un segundo.

—Por eso —continuó Arvind— quiero darte información clasificada sobre su paradero. Paladin nunca ha estado tan expuesto. Está acorralado y empieza a cometer errores.

David abrió la puerta. El ruido de la ciudad irrumpió en el interior del lujoso vehículo como una bofetada de realidad. Antes de bajar, se volvió una última vez.

—¿Y por qué debería volver a hacerte caso?

Arvind sonrió, una sonrisa medida, calculada: ya tenía de nuevo a David Ribas en el bolsillo.

—Porque te conozco —respondió con calma—. Porque eres adicto al riesgo, a la adrenalina, al juego del espionaje. Porque, aunque intentaras negarlo, esto es lo que eres.

David sostuvo su mirada durante un largo segundo. Luego salió del coche y cerró la puerta con suavidad, dejando tras de sí una respuesta que aún no estaba dispuesto a pronunciar, pero que el director de la RAW sabía que acabaría siendo afirmativa: volvería a involucrarse en una nueva misión.

Arvind lo observó a través del cristal mientras se perdía entre el gentío de la calle, y no pudo evitar apreciar la naturalidad con la que David Ribas se fundía con la idiosincrasia de una ciudad tan caótica como Bombay.

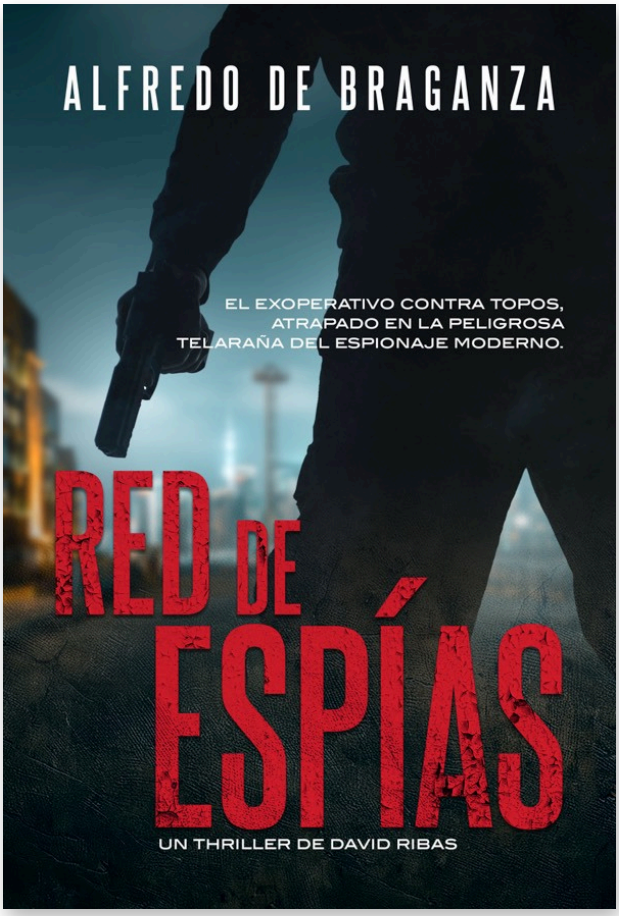
Cuando lo perdió de vista, se incorporó en el asiento y ordenó al conductor reanudar la marcha.

NOTA AL LECTOR

Te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

Para mí es de suma importancia, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer
ESPIONAJE SE ESCRIBE CON SANGRE

David Ribas volverá en
RED DE ESPÍAS



Muchas gracias.

Alfredo

NOTA DEL AUTOR

En esta novela, como en el resto de la serie protagonizada por David Ribas, he intentado priorizar la consecución de una atmósfera y la creación de unos personajes con cuerpo y alma.

Al fin y al cabo, para que mis historias sean lo más emocionantes posible, he usado los recursos propios de un novelista.

Lugares, organizaciones de inteligencia, personajes o tramas son licencias artísticas, ficción, fruto de la imaginación.

Confío en que los lectores disfruten de la lectura tanto como yo lo he hecho escribiendo esta nueva entrega de la serie David Ribas.

Alfredo

Web del autor en
Amazon España

AGRADECIMIENTOS

No me hubiera sido posible encontrar la motivación, los medios o el tiempo para escribir esta historia sin el apoyo de los lectores de la serie David Ribas. ESPIONAJE SE ESCRIBE CON SANGRE es la vigésima quinta entrega. Espero poder seguir ofreciendo más novelas interesantes en adelante.

Mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela.

Gracias a ti, querido lector, por compartir conmigo este vínculo tan especial.

Gracias por hacer posible una nueva andadura de David Ribas.

Alfredo

ÍNDICE

Créditos
Citas
Prefacio

I. LA MUERTE DE UNA TURISTA EXTRANJERA

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

II. LA MUERTE DE UN AGENTE DE INTERPOL

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

III. LA MUERTE DE UN PROFESOR UNIVERSITARIO

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

IV. EL JUEGO DE ESPIONAJE

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Epílogo

Nota al lector
Nota del autor
Agradecimientos